



FUNDA 
 **MENTOS**
DE LA 
SOCIEDAD
LIBRE 



Eamonn Butler 

cient
estudio 

f p p .

La **Fundación para el Progreso** (FPP) publica por primera vez esta traducción al español del libro de Eamonn Butler –editado originalmente en inglés por el Institute of Economic Affairs (IEA)- con el fin de contribuir a la difusión de ideas fundamentales para las sociedades democráticas del siglo XXI y de estimular el debate informado.



FUNDA MENTOS DE LA SOCIEDAD LIBRE



Eamonn Butler



f p p.

fpp.

@Fundamentos de la Sociedad Libre
Registro de Propiedad Intelectual N° 244397
ISBN 978-956-9225-10-9

Impreso en Santiago de Chile por Ograma Impresores
Diseño y diagramación: Draft Diseño | www.draft.cl

iea
Institute of
Economic Affairs

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2013 por
The Institute of Economic Affairs
2 Lord North Street
Westminster
London SW1P 3LB
en colaboración con Profile Books Ltd.

La misión del *Institute of Economic Affairs* es mejorar la comprensión del público en general respecto de las instituciones fundamentales de una sociedad libre, con particular énfasis en el papel de los mercados en la solución de problemas económicos y sociales.

Copyright © The Institute of Economic Affairs 2013
Derecho moral del autor reservado

Todos los derechos reservados. Sin menoscabo de los derechos de autor arriba reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en forma alguna por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, etc.) sin previa autorización escrita, tanto del titular de los derechos de autor como del editor de este libro.

////////////////////////////////////
ÍNDICE
////////////////////////////////////

El autor | 8

Prólogo de Ali Salman | 9

Agradecimientos | 12

Resumen | 13

1 | Introducción | 16
El propósito de este libro
Cómo se organiza el libro

2 | Los beneficios morales y económicos de la libertad | 20
La sociedad libre
La libertad y el rol del gobierno
El argumento moral de la libertad
El argumento económico de la libertad

3 | Las instituciones de una sociedad libre | 46
Sociedad sin Estado
Por qué el gobierno debe ser limitado
Maneras de limitar el gobierno
Estableciendo las reglas

4 | **Igualdad y desigualdad | 70**
La igualdad en una sociedad libre
Tipos de igualdad
Igualdad de resultados
Igualdad y justicia
Otros daños del igualitarismo

5 | **Libre empresa y comercio | 94**
La economía de libre mercado
Cómo hacerse rico
Cómo funcionan los mercados
El comercio internacional

6 | **Propiedad y justicia | 116**
Propiedad privada
Las reglas de la justicia
El estado de derecho
Derechos humanos

7 | **La sociedad espontánea | 138**
Orden sin órdenes
Tolerancia
El problema del altruismo

8 | **Privatización y globalización | 158**
Migración y tecnología
La construcción de una sociedad libre
Los derechos de propiedad en acción
Servicios humanos sin el Estado
Globalización y comercio
La importancia de la paz

9 | **El argumento en breve | 184**
El argumento por la libertad
Gobierno limitado
Mayor igualdad
Una economía libre
La justicia y el estado de derecho
La sociedad espontánea
Un mundo de libertad

Bibliografía seleccionada | 192

////////////////////

EL AUTOR

////////////////////

Eamonn Butler es director del Adam Smith Institute, un *think tank* líder en materia de políticas. Posee títulos en economía, filosofía y psicología y obtuvo su grado de doctor (PhD) en 1978 por la Universidad de St. Andrews. Durante los años setenta trabajó para la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y enseñó filosofía en el Hillsdale College de Michigan, antes de volver al Reino Unido para contribuir con la fundación del Adam Smith Institute. En 2012 fue reconocido con el Doctorado Honorario en Letras (Hon. D. Litt., Honorary Doctor of Letters) de la Edinburgh Business School. Actualmente es secretario de la Mont Pelerin Society.

Butler es autor de libros sobre los economistas pioneros Milton Friedman, F. A. Hayek y Ludwig von Mises, así como de un documento sobre la Escuela Austriaca de Economía. Para el IEA, ha escrito textos sobre Adam Smith, Ludwig von Mises y la teoría de la elección pública (*public choice theory*). Es coautor de una historia de los controles de precios y salarios y de una serie de libros sobre el cociente intelectual (IQ). Sus publicaciones recientes, *The Best Book on the Market*, *The Rotten State of Britain* y *The Alternative Manifesto*, han atraído gran atención y es un colaborador frecuente de medios de comunicación audiovisuales e impresos.

////////////////////

PRÓLOGO

////////////////////

Las crisis económicas y políticas han conducido frecuentemente a atentados contra la libertad. Durante la Gran Depresión, todas las grandes economías restringieron el comercio mediante el aumento de aranceles. Esta reacción precipitada solo consiguió agravar las tensiones geopolíticas y empeorar aún más las dificultades económicas. El surgimiento de regímenes socialistas radicales condujo a una opresión total de las libertades civiles, políticas y económicas en la mitad del mundo.

Más recientemente, los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, y la reacción de los Estados Unidos, han puesto en marcha políticas que han sacrificado la libertad en un intento por aumentar la seguridad. Asimismo, la crisis financiera global que comenzó en 2008, y que también se originó en suelo estadounidense, ha sido seguida por un incremento de controles, regulaciones y protecciones. En lugar de confiar en el principio de destrucción creativa de los mercados libres, los gobiernos en ambos lados del Atlántico han usado grandes cantidades de dinero de los contribuyentes para rescatar empresas en quiebra.

Las amenazas a la libertad abundan. Hace un cuarto de siglo, el mundo acogió *la glasnost* en la Unión Soviética y celebró la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, han surgido nuevos desafíos, bajo la forma de neonacionalismo en Europa y de radicalismo en el Oriente Medio. Si no se las controla, ambas tendencias reducirán la libertad. En Europa, este retroceso al nacionalismo –e incluso

al racismo— está sucediendo, aun cuando la región disfruta de un grado de libertad política relativamente alto: existe una democracia en funcionamiento. En el Oriente Medio, el auge del radicalismo religioso es menos sorprendente: ni el mercado ni la democracia se encuentran en buenas condiciones.

Pese a estos problemas, los individuos en el siglo XXI son, en muchos aspectos, más libres que sus predecesores en el siglo anterior. La revolución de la tecnología de la información y las comunicaciones ha derribado toda clase de barreras. En China, por ejemplo, Li Chengpeng es un destacado escritor y crítico social. Su *blog* Sina Weibo tiene casi seis millones de seguidores. Y, durante la Primavera Árabe, las redes sociales ayudaron a generar un progreso político y social generalizado. Si la información es poder, la tecnología de la información ha empoderado al individuo. Las fronteras geográficas se mantienen, pero son cada vez más irrelevantes.

En este contexto, la publicación de la monografía de Eamonn Butler no podría ser más oportuna. *Fundamentos de la sociedad libre* es una buena contribución a la familia de ensayos modernos sobre la libertad. La habilidad especial de Butler consiste en su capacidad de expresar ideas muy complejas e influyentes en un lenguaje llano. También socava con éxito los argumentos de críticos y opositores con ejemplos del mundo real que ilustran sus ideas y respaldan los argumentos teóricos.

Por consiguiente, esta monografía es un excelente texto introductorio para quienes deseen entender los principios fundamentales de una sociedad libre. Será especialmente útil para quienes promueven la libertad en países donde estos principios siguen siendo, en gran medida, desconocidos, así como para aquellos que la protegen en lugares donde las libertades tradicionales están bajo ataque.

ALI SALMAN

Fundador y director ejecutivo del Policy Research Institute of Market Economy (PRIME)

Islamabad, Pakistán

Septiembre de 2013

////////////////////////////////////
AGRADECIMIENTOS
 //////////////////////////////////////

Un agradecimiento especial para Nigel Ashford, que ha permitido al autor usar muchas ideas de su libro *Principles for a Free Society*. Otras fuentes de gran ayuda han sido *The Morals of Markets*, de H. B. Acton; *On Liberty*, de J. S. Mill; *Freedom 101*, de Madsen Pirie; *A Beginner's Guide to Liberty*, de Richard Welling; *Why Freedom Works*, de Ernest Benn; y *The Morality of Capitalism*, de Tom Palmer.

////////////////////////////////////
RESUMEN
 //////////////////////////////////////

- La libertad genera prosperidad. Desata el talento, la inventiva y la innovación humana, creando riqueza donde antes no existía. Las sociedades que han adoptado la libertad se han enriquecido. Aquellas que no, han permanecido pobres.
- Las personas en una sociedad libre no se enriquecen explotando a otras, tal como hacen las élites en países menos libres. No pueden enriquecerse empobreciendo a los demás. Solo lo logran proporcionando a otros lo que desean y mejorando las vidas de otras personas.
- Los principales beneficiarios del dinamismo económico que caracteriza a las sociedades libres son los pobres. Las sociedades libres son económicamente más igualitarias que las sociedades no libres. Los pobres en las sociedades más libres gozan de lujos que eran impensables apenas unos años atrás, lujos solo disponibles para las élites dirigentes de los países no libres.
- El comercio internacional ofrece a los emprendedores nuevas oportunidades de mercado y ha ayudado a sacar a más de mil millones de personas de la pobreza extrema durante los últimos veinte años. La libertad es, realmente, una de las fuerzas más benignas y productivas en la historia de la humanidad.

- Los intentos de los gobiernos de igualar la riqueza o el ingreso son contraproducentes. Destruyen los incentivos que animan el esfuerzo y el emprendimiento, a la vez que desalientan a las personas a acumular el capital que impulsa la productividad de la sociedad en general.
- Una sociedad libre es espontánea. Está construida a partir de las acciones de los individuos, siguiendo las reglas que promueven la cooperación pacífica. No es impuesta desde arriba por las autoridades políticas.
- En una sociedad libre, el gobierno tiene un papel muy limitado. Existe con el fin de prevenir daños a sus ciudadanos mediante el mantenimiento y la aplicación de la justicia. No trata de imponer la igualdad material y no prohíbe actividades solo porque algunas personas las consideren desagradables u ofensivas. Los líderes no pueden explotar a los ciudadanos para su propio beneficio, otorgar favores a sus amigos, o ejercer su poder contra sus enemigos.
- El gobierno de una sociedad libre está limitado por el estado de derecho. Sus leyes se aplican a todos por igual. En todos los casos debe existir un debido proceso, con juicios imparciales y sin detenciones prolongadas que no hayan sido el producto de los juicios correspondientes. Las personas acusadas de delitos deben ser presumidas inocentes hasta tanto no se demuestre su culpabilidad y los individuos no deben ser hostigados con sucesivos procesos por el mismo delito.
- Tolerar las ideas y los estilos de vida de otras personas beneficia a la sociedad. La verdad no siempre resulta evidente; surge de la batalla de ideas. No podemos confiar en que los censores solo supriman las ideas equivocadas. Podrían suprimir equivocadamente ideas y formas de actuar que beneficiarían enormemente a la sociedad en el futuro.
- Las tecnologías de comunicación están haciendo que sea más difícil que los gobiernos autoritarios oculten sus acciones al resto del mundo. En consecuencia, cada vez más países se han abierto al comercio y al turismo y las nuevas ideas se están difundiendo. Hay más personas que ven los beneficios de la libertad económica y social y los están exigiendo.



INTRODUCCIÓN

EL PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

Este libro presenta los principios centrales que definen una sociedad libre. La razón por la cual es necesario es porque la auténtica libertad personal, social, política y económica es poco común, incluso en países que se consideran a sí mismos libres. Hay, sin duda, grandes diferencias entre los países más libres y los menos libres, aunque en todos, en mayor o menor medida, las vidas sociales y económicas de las personas están restringidas o controladas por funcionarios y políticos. Tales restricciones y controles han existido desde hace mucho tiempo y limitan tanto de nuestras vidas cotidianas, que ya forman parte de la propia cultura. Las personas simplemente las consideran parte natural e inevitable de la vida.

El resultado es que una gran parte de la población mundial, aun cuando cree vivir en una sociedad libre, difícilmente puede imaginar lo que es la verdadera libertad. Menos aún puede entender cómo debería ser una sociedad libre y cómo podría funcionar.

Sin embargo, la mayoría de las personas desean la libertad. Quieren poder comerciar sin verse obligadas a solicitar innumerables permisos. Quieren tener la seguridad de que sus hogares, granjas y talleres les pertenecen y no correr el riesgo de que los políticos las desalojen y arruinen. Quieren decidir lo que es mejor para sus

familias en vez de hacer lo que dictan las autoridades. Quieren seguir adelante en la vida sin tener que sobornar a la policía o a burócratas para que los dejen en paz.

Por esto es tan importante esbozar los principios centrales de la libertad social y económica. Una visión clara de lo que es la libertad, y de cómo funciona, es la base sobre la cual las personas pueden construir una sociedad realmente libre.

CÓMO SE ORGANIZA EL LIBRO

El capítulo dos explica no solamente las ventajas económicas de tener una sociedad libre, sino también el argumento moral a favor de la libertad. Una economía y una sociedad libres están fundadas sobre valores profundos; no valores que desafían otros sistemas morales, sino valores que los apoyan, fortalecen y realzan. La libertad es para todos.

El capítulo tres trata de cómo una sociedad libre puede satisfacer las necesidades de las personas de manera fluida y eficiente, sin que sea necesario que poderosos gobernantes le digan a todo el mundo qué hacer. De hecho, explica por qué el gobierno deber ser limitado en su alcance y poder y cómo debería ser y funcionar una sociedad libre.

El capítulo cuatro analiza la aparente tensión entre libertad e igualdad. Argumenta que una mayor libertad, de hecho, produce mayor igualdad en todo aquello que es importante. Por el contrario, los esfuerzos por imponer la igualdad de resultados en una sociedad socavan los principios de la libertad y ocasionan daños duraderos.

En el capítulo cinco se esboza el marco económico de una sociedad libre, mostrando cómo los mercados, cuando están libres de control estatal, generan y extienden la prosperidad. Explica las reglas que seguimos para mantener este proceso en fluida marcha, así como la importancia crucial del libre comercio para promover la cooperación humana.

El capítulo seis estudia los principios de propiedad y justicia. Argumenta cómo, si se quiere minimizar la coerción y la explotación, las leyes de una sociedad libre deben ser generales, aplicables tanto a las personas en posiciones de autoridad como a los ciudadanos comunes. Además, muestra cómo una sociedad libre respeta los derechos humanos básicos.

El capítulo siete explica con más detalle cómo opera una sociedad libre sin la necesidad de que esté dirigida por quienes ejercen cargos de autoridad. Describe las normas básicas *morales y de comportamiento* que establecen un orden social que funciona bien, pero que también es libre. Asimismo, subraya la necesidad de la tolerancia y advierte sobre los problemas de basar una sociedad en el altruismo.

El capítulo ocho trata de cómo establecer una sociedad libre donde no existe. Allí se muestra la importancia de mejorar los *incentivos* en la vida cotidiana y el desatino que supone el intento de imponer decisiones desde arriba. Explica cómo incluso se puede proveer servicios vitales sin el gobierno y destaca la importancia del *libre comercio y de la paz*.

//////////



**LOS BENEFICIOS
MORALES Y ECONÓMICOS
DE LA LIBERTAD**

////////////////////////////////////

**LOS BENEFICIOS
MORALES Y ECONÓMICOS
DE LA LIBERTAD**

////////////////////////////////////

LA SOCIEDAD LIBRE

Lo que significa la libertad

La libertad es más que simplemente no estar encarcelado o esclavizado. Es tener el derecho de actuar, hablar y pensar como uno quiere, sin que otras personas, incluso aquellas que tienen cargos oficiales de autoridad, nos impongan restricciones opresivas. Esto es aplicable a nuestra vida personal, familiar y social, así como a nuestras opiniones políticas y a nuestras transacciones económicas con otras personas.

Una sociedad libre es la que busca defender estos ideales. Históricamente, y hasta hoy, la libertad ha demostrado ser notablemente exitosa en generar riqueza y repartirla entre los ciudadanos y constituir una de las fuerzas más creativas y productivas de la humanidad. Ha mejorado las vidas de las personas —especialmente de los más pobres— en todo el mundo.

La libertad implica que no se pongan obstáculos en nuestro camino y que no haya limitaciones que nos impidan actuar como lo decidamos. Implica no ser coaccionados, dirigidos, amenazados, intimidados o presionados por otros, ni que se nos someta a imposiciones, se interfiera con nosotros o se nos manipule. Es poder vivir sin que nos ataquen, estafen, roben o per-

judiquen, porque el principio de la libertad se aplica por igual a todos en una sociedad libre. Nadie tiene derecho a interferir en la vida de otros, impedir que otros hagan algo o perjudicarlos, ya que esto constituiría una negación de la libertad que ellos también tienen.

Por consiguiente, la libertad existe solo en la medida en que otras personas no sean perjudicadas. El derecho de otros a agitar sus brazos termina donde empieza mi nariz. No se ejerce la libertad si se amenaza, coacciona, roba, ataca o mata a otros. Al contrario, se les está restringiendo a otros la libertad para vivir sin ser molestados. Esto es lo que se conoce como el “principio de no agresión”: *se es libre de hacer lo que se quiera, con la condición de no perjudicar a los demás.*

De igual forma, no se está restringiendo la libertad de alguien si oponemos resistencia a su agresión. La libertad y el principio de no agresión nos permiten impedir que otros nos hagan daño o dañen a nuestros seres queridos. También hay justificación para intervenir a fin de impedir que se haga daño a cualquier otra persona, incluso a desconocidos, si bien esta función de proteger a otros ciudadanos se deja habitualmente en manos de la policía y de las autoridades legales.

Sin embargo, el “principio de no agresión” solo se aplica a daños causados a *otras personas*. Nos permite hacer lo queramos con nuestro propio cuerpo y con nuestra propiedad, siempre que no violemos la libertad de los demás. Por ejemplo, podemos regalar toda nuestra propiedad, correr el riesgo de lesionarnos haciendo algo peligroso o lesionar nuestro propio cuerpo, siempre y cuando nada de eso ocasione daños y perjuicios a otros. Y si bien otras personas podrían tratar de disuadirnos de que no nos hagamos daño, nadie puede detenernos físicamente, si es que nuestra acción responde a una elección deliberada de nuestra parte.

LA LIBERTAD Y EL ROL DEL GOBIERNO

Puede parecer duro decir que no tenemos la libertad para interferir en las acciones de los demás, incluso si es por su propio bien. Pero ninguno de nosotros puede saber de verdad qué es realmente lo mejor para los otros. Cada individuo es el mejor juez de su propio bienestar ya que tiene, más que nadie, una comprensión mucho más cercana de sus propios valores, circunstancias, necesidades, deseos, temores, esperanzas, objetivos y aspiraciones. Cada uno es el mejor juez de sus propios objetivos y acciones.

Un tercero podría tener sesgos al juzgar a otros. Si dejamos que otros interfieran en las libertades de los demás, pueden hacerlo de modo que (conscientemente o inconscientemente) los beneficie a ellos mismos en lugar de beneficiar a la otra persona. Es por esto que las decisiones que implican restringir el accionar de otros se dejan en manos de la policía y del poder judicial, quienes –al menos en una sociedad realmente libre– pueden ser más objetivos en el asunto.

Nuestros fines individuales, quienesquiera que seamos, son mejor atendidos en una sociedad en la que somos libres. El rol del gobierno en este tipo de sociedades es proteger nuestra libertad contra violaciones efectuadas por otros, así como hacerla extensiva hacia donde no existe plenamente y ampliarla allí donde es incompleta. Cuando las personas se reúnen para formar un gobierno o cualquier otra autoridad por sobre ellas mismas, es esto lo que tienen en mente: proteger y expandir sus libertades, no restringirlas.

Con demasiada frecuencia, sin embargo, los gobiernos no se constituyen así. Son impuestos a la población por grupos dispuestos a usar el poder en beneficio de sus propios intereses, y no para ampliar la libertad de todos. Tal depredación ocurre frecuentemente con el pleno consentimiento de la mayoría, que, a cambio, saca provecho de explotar a la minoría. Pero la libertad no se trata de números; para que tenga algún sentido debe aplicarse por igual a toda la población.

Incluso los gobiernos que tienen en mente el interés general a menudo reducen la libertad porque no llegan a comprender o respetar completamente el principio de no agresión ni ven el daño que causan sus intervenciones. Los censores oficiales, por ejemplo, pueden prohibir la expresión o difusión de ciertos pensamientos, palabras o imágenes creyendo que pueden suponer alguna ofensa pública. Pero al hacerlo perjudican a talentosos autores, artistas, cineastas, periodistas y otras personas al restringir su libertad de pensamiento y expresión, frustrando sus carreras y negándoles los frutos de su trabajo, creatividad e inteligencia. Y una vez que el principio de censura por parte del Estado es aceptado, se hace muy fácil para quienes están en el poder ampliarlo, prohibiendo todo tipo de crítica contra su gobierno, por ejemplo, o suprimiendo cualquier idea que consideren amenazante.

Cabe recalcar, también, que algunas autoridades bienintencionadas pueden establecer impuestos con el propósito de igualar ingresos, pasando por alto cómo esto les quita a los contribuyentes la libertad de disfrutar de su propiedad, tal como lo hace el robo ordinario. Y al igual que este, la amenaza de tal confiscación provoca que las personas eviten ahorrar e invertir, algo que a su vez tendrá efectos perjudiciales sobre la seguridad y la prosperidad de toda la población.

Estos gobiernos podrían alegar que están actuando en aras del interés público, pero ¿quién puede saber cuál es el interés público? Las distintas personas tienen intereses diferentes, muchas veces contrapuestos. Equilibrar esos intereses contrapuestos es una tarea imposible. Sin embargo, cada individuo conoce mucho mejor sus intereses –y también actúa mejor al servicio de ellos– que las autoridades lejanas que usan el poder del Estado para actuar en su nombre.

La coerción es un mal. Y si bien ciertas formas de coerción –la restricción a los agresores– pueden ser un mal necesario, deberíamos en todo caso tratar de reducir las al mínimo. Muchos defensores de la libertad dicen que todos los seres humanos tienen “derechos

naturales” –como el derecho a la vida y a la propiedad privada– que determinan los límites del poder del gobierno sobre nosotros. Si no permitimos que otros ciudadanos nos roben o restrinjan, entonces, ¿por qué habríamos de permitir que lo hagan los gobiernos?

Durante la mayor parte de la historia humana, sin embargo, las personas no han sido libres. Los gobiernos no han sido establecidos por acuerdos voluntarios de los individuos, sino que han sido impuestos por aquellos con voluntad de usar la fuerza. Pero ningún individuo cuya vida sea dirigida a la fuerza por alguna autoridad es una persona íntegra. Las personas solo son moralmente completas si toman decisiones por sí mismas. Tienen poco valor moral si otros eligen por ellos. En ese caso son simples números y no seres humanos íntegros.

EL ARGUMENTO MORAL DE LA LIBERTAD

La libertad permite a las personas convertirse en seres humanos íntegros utilizando sus talentos y capacidades como estimen conveniente, no solo en beneficio propio, sino también para sus familiares y otras personas cercanas. Una sociedad libre no es una masa de individuos aislados que buscan el interés personal; es una red de personas humanas y sociales íntegras. La capacidad de dicha red de ayudar a toda la humanidad subraya la dimensión moral de una sociedad libre.

Las raíces espirituales y culturales de la libertad

Cómo señalara el economista y premio nobel Amartya Sen, la libertad es una idea universal¹. Tiene fuertes raíces en casi todas las religiones y culturas, desde el islam hasta el budismo, desde Asia hasta

el Occidente. El emperador indio Ashoka se manifestó a favor de la libertad y la tolerancia políticas hace más de veinte siglos. En el siglo XVI, el emperador mongol Akbar hizo observaciones clásicas sobre la tolerancia, incluso mientras la Inquisición estaba persiguiendo a disidentes religiosos en Europa. El islam, en sus orígenes más tempranos, estaba abierto a la libertad económica y la empresa mucho antes de que fueran respetadas en Occidente. Los emperadores turcos a menudo eran más tolerantes que los monarcas europeos.

La libertad, en otras palabras, es perfectamente compatible con todas las grandes culturas y religiones del mundo. No es una idea particularmente occidental o materialista ni tampoco está en conflicto con una sociedad basada en fuertes valores sociales. De hecho, una sociedad libre depende de que la gente esté dispuesta a aceptar normas y reglas compartidas que prohíban el daño, fraude, explotación y abuso de poder –reglas que ayuden a crear un orden social armonioso en el cual las personas puedan convivir y colaborar–. Dentro de ese amplio marco, la libertad deja que las personas decidan sus propios valores, mantengan sus propias culturas y sigan sus propias prácticas religiosas. No están forzadas a aceptar los valores, la cultura y las prácticas de alguna autoridad del Estado.

Una cultura de confianza y cooperación

Una sociedad libre no opera basada en el poder y la autoridad, sino sobre la base de la confianza y la cooperación. La riqueza en una sociedad libre se produce gracias al intercambio voluntario, gracias a personas que crean productos útiles y los intercambian con otros. No proviene del saqueo por parte de élites depredadoras, que usan su poder para esquilmar a la gente con impuestos o para otorgar monopolios o privilegios para sí mismas, para sus familias y para sus amigos. Es posible que así se haya creado gran parte de la riqueza en muchos países a lo largo de la historia humana, a través de la explotación basada en la fuerza coercitiva. Por el contrario, una sociedad libre depende de la mucho más sana motivación de la cooperación y el intercambio voluntarios.

¹ | Amartya Sen, “Universal truths: human rights and the Westernizing illusion”, *Harvard International Review*, 20(3), 1998, pp. 40–43.

Para funcionar, la cooperación y el intercambio voluntarios requieren confianza. Nadie comerciará con aquellos a quienes se les tenga por estafadores codiciosos, salvo que se esté forzado a hacerlo o que no se tenga otra alternativa (por ejemplo, donde los gobiernos o sus amigos controlan la producción). En una sociedad libre, las personas pueden elegir y son libres de hacer negocios con otros. Por lo tanto, los productores deben convencer a los clientes –tanto a los actuales como a potenciales futuros clientes– de que son honestos. Deben cumplir con sus promesas o perderán su reputación y quedarán fuera del negocio. Y para la mayoría de la gente, una pérdida potencial de su reputación y medio de subsistencia supone un serio problema.

Una sociedad libre no está dirigida desde arriba por élites que hacen uso de la fuerza. Funciona de manera bastante natural y espontánea mediante las interacciones voluntarias de la gente común, reforzadas por una cultura de confiabilidad y honestidad. Las reglas y normas que impulsan esta cooperación espontánea se hacen tan naturales en una sociedad libre, que incluso las personas no tienen siquiera que pensar en ellas. No se requiere de autoridad alguna para decirle a la gente que sea honesta y eficiente, o que trabaje duro y coopere con los demás. Lo hace de forma natural cada día.

La necesidad de confianza y cooperación en una sociedad libre hace que las relaciones entre los individuos y los grupos sean mucho más importantes de lo que lo son en sociedades dirigidas por el poder. Los lazos de valores espirituales, así como los de familia, amistades, comunidad, herencia, vecindad y asociaciones de personas con intereses compartidos, resultan más significativos. Muchos gobiernos en sociedades no libres consideran dichas asociaciones como una amenaza a su propia autoridad y han buscado maneras de debilitarlas, subvertirlas o abolirlas. Suelen tener éxito solo en empujar a estos grupos a la clandestinidad. La asociación voluntaria es tan importante para las personas que resulta más fuerte que la lealtad hacia las autoridades de gobierno.

Interés personal y reglas

Una sociedad libre no necesita órdenes desde arriba. Funciona por medio de personas corrientes que ajustan sus propios planes y acciones a los planes y acciones de otras. Lo que les permite hacer eso es un simple conjunto de reglas y valores compartidos –tales como la honestidad y la no violencia– que evita el conflicto entre distintas personas con diferentes intereses personales.

Tales reglas básicas y valores compartidos hacen más que permitir a los individuos vivir en paz. También dejan a las personas en libertad de cooperar para favorecer sus intereses mutuos. Por ejemplo, una sociedad libre deja a las personas en libertad para comerciar entre ellas, haciendo negocios que ambas partes consideran beneficiosos. No corresponde a ninguna autoridad decidir qué puede beneficiar a las personas ni cómo sus distintos intereses deben ser equilibrados. No le corresponde decidir qué habría que hacer para satisfacer sus intereses ni tampoco obligar a las personas a seguir ese plan. En una sociedad libre, son las propias personas las que deciden cuáles son sus intereses y eligen el método para satisfacerlos cooperando con otras personas. Además, están en libertad de participar en cualquier negocio siempre y cuando no perjudiquen a otros con ello.

Algunos críticos no conciben cómo una sociedad puede funcionar y prosperar sin elegir objetivos comunes ni obligar a todos sus ciudadanos a trabajar para conseguirlos. Temen que una sociedad libre involucre un constante e improductivo conflicto de ambiciones privadas que deberían suprimirse para que el interés público prevalezca.

Esto es un error. Una sociedad libre acepta que las personas tengan sus intereses propios. Pero también acepta que el interés personal es una motivación tan fuerte que no puede ser fácilmente suprimida. Las personas consideran el “interés público” –tal como lo definen las autoridades y políticos– menos urgente e importante que sus propios intereses. Y hay que recordar que el interés personal es realmente útil e importante: si los individuos descuidaran

sus necesidades básicas (como la comida, bebida, refugio, y ropa), no sobrevivirían por mucho tiempo pese a lo caritativa que pueda ser la sociedad donde viven.

Una sociedad libre encauza el interés personal de maneras benéficas. No lo suprime con la esperanza vana de crear alguna utopía. Un conjunto de normas sólo requiere que las personas no impongan sus ambiciones a los demás. Están en libertad para perseguir sus propios intereses, individualmente o en conjunto con otros, en la medida en que respeten la libertad de los demás para hacer lo mismo. No pueden obligar a los demás a aceptar y servir a sus objetivos particulares.

El temor de los críticos a que una sociedad libre sea una guerra perpetua de intereses contrapuestos no se justifica, por el hecho de que sociedades relativamente libres prosperan y de que casi siempre lo hacen mejor que las más controladas. Usando un conjunto de normas simples, bajo las cuales las personas respetan la libertad de los demás, canalizan el interés propio hacia la cooperación y la colaboración fructíferas.

El temor de que los individuos en una sociedad libre solo piensen en sus propios intereses es igualmente equivocado. Los seres humanos son criaturas sociales. Tienen una afinidad natural con la familia, amigos y vecinos, cuyos intereses toman en cuenta en sus acciones. Desean el respeto y la buena voluntad de sus amigos, así como la reputación de ser un buen vecino. Por consiguiente, moderan sus intereses en forma voluntaria a fin de mantener buenas relaciones con los demás. Su consideración es recompensada, pues en ese caso los otros estarán más dispuestos a retribuir su deferencia.

Podemos ver que esto funciona en las sociedades más libres. Dar a otros, incluso a perfectos desconocidos, mediante la filantropía privada es algo que se produce en mucho mayor medida en las sociedades más libres que en las menos libres, no precisamente porque en las primeras las personas sean más ricas, sino porque las sociedades libres ponen mayor énfasis en las obligaciones sociales voluntarias que en las impuestas.

Cooperación mediante reglas acordadas

Para cooperar exitosamente con los demás, necesitamos hacer que nuestras acciones sean predecibles y fiables. La cooperación sería imposible si las personas constantemente cambiaran de opinión, actuaran aleatoriamente o incumplieran promesas. Una sociedad libre deja que las personas se comporten como deseen en su vida privada, siempre y cuando no perjudiquen a otros, pero también promueve la consistencia en el comportamiento, que es esencial para la cooperación social.

Por ejemplo, una sociedad libre tiene normas jurídicas sobre la posesión, control y transferencia de propiedad. Esto permite que las personas adquieran propiedades e inviertan en bienes de capital –como casas, fábricas y equipos que mejorarán sus vidas futuras y facilitarán y abaratarán la producción– libres de la amenaza de robo o explotación por parte de terceros o las autoridades. Estas normas (“derechos de propiedad”) no han sido diseñadas por gobiernos, sino que han surgido a lo largo de los siglos. Sus límites han sido puestos a prueba en innumerables disputas, en innumerables tribunales, creando así un conjunto de leyes y prácticas que hace que las personas estén más seguras en sus negociaciones con los demás –y, así, la cooperación se hace más fácil y fructífera–.

Las sociedades más libres han llegado a aceptar muchas otras reglas y normas esenciales para una cooperación social armoniosa. Las *normas morales* establecen límites que facilitan la interacción social para todos. Y hay *estándares generales de comportamiento social* –modales, cortesía y normas de buenas prácticas de negocios– que se han desarrollado gradualmente durante un largo periodo de interacciones humanas. Estas normas benéficas, si bien son comunes en las sociedades más libres, pueden resultar difíciles o imposibles de reproducir para los gobiernos de países menos libres.

Los ciudadanos de una sociedad libre tienen también ciertos derechos civiles básicos. Su forma exacta puede variar, pero estas normas aceptadas incluyen el derecho a no ser sometido a trabajo

forzado o a la esclavitud, a no ser torturado o castigado de modo desproporcionado respecto de los delitos cometidos. Incluyen la libertad de conciencia y creencia –la libertad de tener ideas propias acerca de la religión o la política y de practicar la propia religión o participar en política sin amenazas ni intimidaciones–. Incluyen, asimismo, la libertad de expresión –la libertad para manifestarse y la de los medios de comunicación (radio, televisión, periódicos y proveedores de internet) para reportar y comentar como les parezca–. También incluyen la libertad de reunión y asociación con quien se desee, así como el derecho a la privacidad –no estar vigilado y monitoreado por otros, especialmente por las autoridades–. En resumen, una sociedad libre espera que sus ciudadanos sean tolerantes con las opiniones, creencias, estilos de vida y acciones de las personas, y que no intervengan, sujetos al principio de no agresión.

La justicia y el estado de derecho

Una sociedad libre tiene también reglas de justicia. Hay sanciones por causar daño a otras personas, no solo físicos sino también de otro tipo, como el fraude, por ejemplo. Y quizás lo más importante: una sociedad libre defiende el estado de derecho. El problema principal de la organización política no es cómo elegir a nuestros líderes –eso es fácil– sino cómo *contenerlos*. En una sociedad libre, el papel y el poder de las autoridades de gobierno se encuentran estrictamente limitados. Esto asegura que el poder entregado a ellos para defender a los ciudadanos de agresiones y para castigar los delitos no sea usado arbitrariamente o en beneficio propio.

Las sociedades libres han desarrollado todo tipo de mecanismos –como las leyes electorales, las constituciones y la separación de poderes– para limitar el poder oficial. Pero clave para proteger a los ciudadanos contra la explotación por parte de sus líderes es asegurar que las leyes se apliquen a todos por igual. Esto es conocido como el estado de derecho (*rule of law*). Bajo este principio, un gobierno no podría otorgar favores o privilegios a grupos particulares, por ejemplo, ni fijar impuestos a ciertos grupos sociales.

Y las leyes deben ser aplicables para el propio gobierno así como para el público.

Lo mismo vale para la implementación de dichas leyes. Para asegurar que el poder judicial sea usado en forma objetiva y no arbitraria, las reglas de la justicia se aplican a todos por igual en una sociedad libre. Los ciudadanos tienen derecho a ser tratados por igual y derecho al debido proceso de justicia. Esto incluye no ser arrestado arbitrariamente, no ser encarcelado sin juicio, un juicio justo conforme con la normativa de las pruebas, un jurado formado por ciudadanos corrientes en vez de funcionarios designados y no ser sometido a múltiples juicios sucesivos por el mismo delito.

El propósito de todos estos límites sobre los políticos, funcionarios y jueces es reducir el abuso de poder por parte de aquellos en posiciones de autoridad, socavar los privilegios especiales y reducir el mal de la coacción. A fin de cuentas, el papel del gobierno en una sociedad libre es proteger y ampliar la libertad de los individuos, no disminuirla.

EL ARGUMENTO ECONÓMICO DE LA LIBERTAD

El enorme aumento en los niveles de vida

Hasta la década de 1750, la vida humana no había cambiado mucho. Casi todas las personas trabajaban en el campo, en el cultivo de alimentos, una actividad laboriosa, incierta y sometida a las duras condiciones de la intemperie. Los métodos de esa agricultura casi no se diferenciaban a los de los tiempos de los faraones. La mayoría de las personas no tenían dinero para lujos como, por ejemplo, una muda de ropa. Apenas unos pocos podían acceder a la carne. Las únicas personas visiblemente ricas eran aquellas que habían nacido en la riqueza. Y, generalmente, esa riqueza tenía su origen en el poder para cobrar impuestos a la población campesina, lo cual se hacía para beneficio propio, o en el hecho de ser siervo o amigo de alguien con ese poder.

Para la mayoría, esta era una existencia miserable. En 1800, calcula la economista Deirdre McCloskey, el ingreso del ciudadano medio del mundo era de entre \$1 y \$5 al día –apenas suficiente para comprar una taza de café en la mayoría de las capitales del mundo de hoy²-. Actualmente, los ingresos medios mundiales son cercanos a los \$50 al día. Esto es un aumento enorme en términos de prosperidad.

Pero esta cifra no es más que un promedio que enmascara la prosperidad que algunos países –pero no otros– han sido capaces de lograr. Los ingresos promedio en Tayikistán, uno de los países menos libres del mundo, llegan a poco más de \$7 al día. Por el contrario, los mismos en EEUU, uno de los países más libres, están hoy por encima de los \$100 diarios. Gracias a los beneficios de la libertad, los estadounidenses son, hoy día, catorce veces más ricos que los habitantes de Tayikistán y entre veinte y cien veces más ricos que sus antecesores en 1800. En Suiza, Australia, Canadá y el Reino Unido –todos calificados entre los países más libres del mundo en el *The Economic Freedom of the World Report*– los ingresos promedio son mayores a \$90 diarios. La libertad y la prosperidad van de la mano³.

Por lo tanto, no es de extrañar que las personas estén abandonando los países pobres y menos libres y emigrando a los ricos y más libres. Cada año, los veinte países menos libres ven salir, por cada 1000 habitantes, a casi 1,12 personas más que las que entran. En contraste, los veinte países más libres, también por cada 1000 habitantes, ven entrar a 3,81 personas más que las que salen⁴. Y los económicamente más libres de esos veinte tienen la más alta inmigración neta. En promedio, los países en la mitad inferior de la

escala de la libertad están perdiendo migrantes, mientras los que están en la mitad superior los están ganando.

En otras palabras, las personas están votando con sus pies a favor de la libertad. Y lo están haciendo pese a los mejores esfuerzos de los países menos libres por evitar que las personas emigren y de los más libres por restringir la inmigración.

La libertad y la filantropía

No es la explotación de sus propios pobres lo que enriquece a los países libres. Como ha observado el filósofo moral ruso Leonid Nikonov, la participación promedio del ingreso nacional que llega al décimo más pobre de la población en los países más libres y los países menos libres era prácticamente idéntica (2,58 y 2,47 %, respectivamente). Pero resulta mucho mejor ser pobre en un país rico (donde el décimo más pobre gana un promedio de \$23 al día) que ser pobre en un país pobre (donde el décimo más pobre gana solo \$2,50 al día)⁵.

Las personas en los países libres y ricos también tienen mayor acceso a la riqueza. Sus ciudadanos más pobres no están, definitivamente, impedidos de enriquecerse –a diferencia de aquellos en países menos libres que no tienen la suerte de venir de alguna familia, casta, raza, religión o grupo político apropiado–. Hay niveles de movilidad social bastante más altos en los países más libres. El hombre más rico del mundo, el fundador de Microsoft, Bill Gates, como es bien sabido, lanzó su negocio de *softwares* en un garaje.

Hoy, Gates está empeñado en donar toda su fortuna a buenas causas. Esto es algo bastante típico: la filantropía privada también es mucho mayor en los países con más riqueza. Una encuesta realizada por Barclays Wealth encontró que dos quintos de los estadounidenses más ricos reportaron que una de sus tres prioridades

² | Deirdre N. McCloskey, "Liberty and dignity explain the modern world", en Tom G. Palmer (ed.), *The Morality of Capitalism*, Students for Liberty and Atlas Foundation, Arlington, VA, 2011.

³ | Fraser Institute, *Economic Freedom of the World 2012 Annual Report*, Fraser Institute, Vancouver, BC, 2012.

⁴ | Gabriel Openshaw, "Free markets and social welfare", *Mises Daily*, 4 de octubre de 2005, http://www.mises.org/daily/1915#_edn2.

⁵ | Leonid Nikonov, "The moral logic of equality and inequality in market society", en Tom G. Palmer (ed.), *The Morality of Capitalism*, Students for Liberty and Atlas Foundation, Arlington, VA, 2011.

principales de su gasto eran las donaciones a organizaciones sin fines de lucro.⁶

Según la UK's Charities Aid Foundation, los cinco países donde las personas tienen más probabilidad de donar dinero y tiempo a causas filantrópicas son Australia, Irlanda, Canadá, Nueva Zelanda y EEUU –todos con una alta calificación en términos de libertad–.⁷ Además, todos esos países tienen más riqueza para destinar a las donaciones que los ciudadanos de países pobres, menos libres.

La libertad impide la discriminación

En los países menos libres, la discriminación abunda. Puede ser una tarea difícil conseguir un buen trabajo o tener acceso a servicios adecuados si no perteneces a la clase, casta, religión, sexo o familia adecuada. Por el contrario, las economías de libre mercado impiden la discriminación. Los productores en sociedades libres no pueden darse el lujo de discriminar cuando eligen con quién van a comerciar o a quién van a contratar.⁸

PREGUNTA:

¿No son las sociedades libres groseramente materialistas?

No. La libertad económica da a las personas alternativas para escoger y oportunidades. Provee sus necesidades básicas –comida, refugio y ropa– mucho mejor y les da oportunidades que eran impensadas antes del surgimiento del libre comercio y los mercados libres. En vez de condenar a

las personas a una vida entera de trabajo duro y degradante, permite que disfruten cosas que consideran más edificantes, como los viajes, la música, el arte, la cultura y las actividades sociales. Les permite acceder a atención médica adecuada y a educación de calidad.

La riqueza es solo una herramienta que nos da acceso a lo que verdaderamente valoramos –no solo nuestro confort material, sino también aquello a lo que asignamos valor cultural y social–. Por esta razón, los países más ricos y libres tienen más estadios deportivos, salas de concierto, teatros, universidades, bibliotecas y museos.

Los empleadores, por ejemplo, pueden detestar a los inmigrantes, especialmente si vienen de una cultura, raza o religión diferente. Pero los grupos inmigrantes pueden aceptar salarios menores por el mismo trabajo –y a menudo lo hacen–. En ese caso, los empleadores que discriminen contratando solo a trabajadores de su propio país se encontrarán en una desventaja competitiva. Su gasto en salarios será mayor que el de aquellos competidores que están dispuestos a contratar inmigrantes. Sus ganancias serán menores o tendrán que cobrar precios más altos y arriesgar la pérdida de ventas. Esto no es bueno para un negocio. Simplemente, discriminar no favorece los intereses comerciales de los empleadores. Incluso, dentro de la fuerza de trabajo doméstica, la economía del libre mercado disminuye la discriminación. Por ejemplo, puede haber oposición cultural contra las mujeres que buscan trabajo, haciéndoles más difícil encontrar empleo. Pero los empleadores que discriminan a las mujeres tendrán una reserva más reducida de personas calificadas a las que pueden recurrir que aquellos competidores que no discriminan. Otro ejemplo interesante es la división por castas en la India. El auge de industrias de alta tecnología en centros como Hyderabad ha aumentado las expectativas de empleo para los trabajadores indios de las castas

6 | Barclays Wealth, *Global Giving: The Culture of Philanthropy*, Londres 2010.

7 | Charities Aid Foundation, *World Giving Index 2012*, Charities Aid Foundation, West Malling, 2012.

8 | Para una buena reseña sobre este punto, ver Milton Friedman y Rose Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, Chicago, IL., 1962.

inferiores. Los empleadores en esta industria competitiva emplean gente por su capacidad intelectual. No pueden permitirse discriminar según la casta u otros factores culturales. Aquello que las leyes anti-discriminación no han logrado en décadas, lo ha conseguido en pocos años el simple interés propio de empresarios libres.

La creatividad de un pueblo libre

Una razón por la cual las economías más libres son más ricas es porque utilizan todo el talento disponible. Con menos discriminación que les afecte, todos los ciudadanos en una sociedad libre son libres para poner sus mentes y habilidades a trabajar. Si crean, mejoran y suministran los productos que benefician las vidas de otras personas, estas les recompensarán al comprárselos. De este modo, las sociedades más libres son más creativas e innovadoras y, por lo tanto, se desarrollan más rápidamente.

La libertad económica encauza el interés propio de las personas en direcciones que son beneficiosas para la sociedad. Un empresario gana dinero al producir lo que otros desean y por lo que están dispuestos a pagar. Quiere que vuelvan a comprarle y que les cuenten a todos sus amigos lo bueno que es. Eso hace que los productores se focalicen más en los deseos de sus clientes en lugar de hacerlo en ellos mismos. La mayoría de los empresarios más conocidos en las sociedades más libres afirman que sus negocios han sido exitosos por atender los deseos y necesidades de sus clientes, en vez de tratar de extraer más ganancias de ellos.

Esta realidad está muy alejada de la caricatura de “todos contra todos” que se hace de las economías libres. Una economía verdaderamente libre es un sistema generalmente cooperativo. No está basado en la coacción sino en el comercio e intercambio voluntario entre personas libres.

La creación de capital

Además de estimular la innovación y el servicio al cliente, las economías libres se enriquecen a través de la creación de capital

productivo. Es más fácil agarrar un pez con una red que con la mano, pero esto significa que capturan menos peces mientras se trabaja en confeccionar la red. Al postergar el consumo, se puede crear capital y hacer que la producción futura sea más eficiente.

Esta es la base del capitalismo. Las personas construyen capital como, por ejemplo, casas, fábricas y maquinaria, lo que hace que sus vidas sean más fáciles y su trabajo más productivo (a menudo mucho más productivo: hay que pensar solamente en la diferencia de esfuerzo que existe entre cultivar la tierra con tractores en lugar de hacerlo con arados). Y el proceso es acumulativo: cada adición y mejora a la tecnología productiva hace que la producción aumente y que se reduzca el esfuerzo aún más.

Una sociedad libre puede acumular este capital productivo y seguir aumentando su productividad y su prosperidad, precisamente porque da a las personas la posibilidad de ser dueños de sus casas, fábricas, maquinarias y otros bienes de capital sin el temor de que sean confiscados o robados. Defiende a las personas contra la confiscación y tiene normas morales y legales para la posesión de propiedad, haciendo que el robo sea menos probable.

Esta protección de la propiedad por parte de la ley y la cultura es un rasgo muy importante de una sociedad y una economía libres. Después de todo, pocos agricultores querrán sembrar, cultivar y cuidar de sus plantaciones si piensan que sus cosechas probablemente serán robadas por bandidos. Igualmente, pocas personas trabajarán más de lo necesario si la mayoría de sus ingresos se va en impuestos. Las familias no ahorrarán si el impuesto oculto de la inflación les roba engañosamente su dinero. Los empresarios no querrán invertir en sus negocios si sus bienes pueden ser nacionalizados sin compensación. Los privilegios que distorsionan el mercado para beneficiar a élites privilegiadas hacen menos probable que otros intenten crear nuevos negocios.

Mientras más grande sea la explotación por parte de ladrones y gobiernos, mayor será la falta de incentivo para trabajar, ahorrar y progresar. Ibn Khaldun, el historiador y jurista islámico del siglo XIV, entendió muy bien este punto. Escribió:

Debería saberse que los ataques a la propiedad de las personas eliminan el incentivo para adquirirla y beneficiarse de ella. Creerán que el propósito y último destino de adquirir propiedad es que otras terminen arrebatándosela. Cuando el incentivo de adquirir propiedad y beneficiarse de ella no existe, las personas ya no se esfuerzan por obtenerla. La medida y grado en que los derechos de propiedad son violados determinan la medida y grado en que los esfuerzos de los sujetos para adquirir la propiedad se reducen.⁹

La propiedad y el progreso

La seguridad que brinda el ser dueño de una propiedad constituye un apoyo para nuestro futuro y el de nuestra familia. Por ejemplo, si podemos ser dueños de nuestra propia casa –en muchos países no es posible para la mayoría de las personas– tendremos un lugar seguro desde el cual podremos dirigir nuestras vidas. También seremos dueños de un activo fijo que podremos hipotecar para comenzar un negocio y acumular un capital productivo personal, en lugar de estar permanentemente a merced de una élite rica. El ser propietarios nos da un colchón financiero que nos permitirá experimentar con nuevas cosas –por ejemplo, dejar el empleo y buscar otro– o financiar una iniciativa empresarial.

Asegurar el derecho de propiedad promueve la especialización y el comercio, los que a su vez aumentan la productividad y así

aportan a la riqueza humana. Nuestras vidas serían muy pobres si tuviéramos que hacer todo nosotros mismos –producir nuestra comida, traer nuestra agua, buscar combustible, confeccionar nuestras ropas, construir nuestras casas o defendernos de amenazas–. Muy pocos de nosotros tenemos las capacidades para hacer todas esas cosas y necesitaríamos las herramientas adecuadas para hacerlas todas con facilidad y eficiencia. Pero si la posesión de la propiedad se respeta, no hay necesidad de que hagamos todo nosotros mismos. Algunas personas pueden construir las herramientas especializadas que se necesitan para realizar una tarea de manera muy eficiente, y después vender sus productos al resto de nosotros. El agricultor puede invertir en arados y tractores, el constructor en escaleras y palas, la costurera en telares y máquinas de coser. Y pueden llegar a ser mucho más hábiles en sus profesiones, así como mejores gestores de su producción, de lo que podría esperarse de *amateurs* autosuficientes que hacen de todo. A través de esta *división del trabajo*, todos disfrutamos de productos de mejor calidad, costos bajos y vidas de mayor abundancia.

Cabe recalcar que esto solo es posible si las personas tienen suficiente seguridad para acumular capital productivo y participar en el comercio, así como la confianza de que no serán víctimas de robo o fraude. La alternativa es desalentadora. Añade Ibn Khaldun: “Cuando las personas ya no comercien para ganarse la vida, y cuando cesan de participar en toda la actividad beneficiosa, los negocios de la civilización experimentan una baja y hay una decadencia generalizada. La gente se dispersa fuera de la jurisdicción de su gobierno buscando por todos lados su sustento”. Esto se observa claramente en la actualidad, cuando presenciamos la migración de personas de países menos libres a países más libres.

Generar riqueza a expensas de alguien

Hay algunos que piensan que la propiedad de una persona solo se obtiene a costa de alguien más. No es así. Una economía libre, en realidad, *genera* prosperidad y *agrega valor* a la propiedad existente.

⁹ | Ibn Khaldun, Muqaddimah: *An Introduction to History*, 1377.

El valor no es una cualidad física de las cosas. Es lo que las personas piensan de las cosas. Los vendedores se deshacen de los bienes porque los valoran menos que el dinero de sus clientes. Los clientes entregan su dinero porque valoran los bienes que compran más que el dinero que usan para pagarlos. Incluso los colegiales intercambian juguetes, reconociendo que se benefician al cambiar algo de lo que se han cansado por algo que desean. Su intercambio ha creado valor. Nadie sale peor parado después de tal intercambio: de hecho, ninguna parte aceptaría el trato si pensara que saldría perdiendo.

Del mismo modo, si alguien planta semillas y desarrolla un cultivo donde antes no había nada, y otras personas están dispuestas a pagar por esa producción, está creando nuevo valor de algo que era anteriormente improductivo. Se ha creado riqueza, pero no se ha robado a nadie.

Ahora bien, si un empresario construye una fábrica para producir zapatos, ropa, autos o alguna invención nueva que la gente está dispuesta a comprar –y gana dinero al hacerlo–, entonces, ¿a quién le han robado? El empresario puede acumular una fortuna, pero no le ha robado nada a nadie. Al contrario, ha generado y difundido valor donde no existía¹⁰.

Una sociedad libre no es capitalismo de amigos

Algunas personas argumentan que en el capitalismo los ricos intereses corporativos explotan a los pobres y los políticos le roban riqueza a la gente al otorgar monopolios, privilegios, asignaciones y subsidios a sus amigos empresarios.

Pero en una sociedad verdaderamente libre, la competencia hace que la explotación y “el capitalismo de compadres” sean imposibles. Las empresas dependen de los clientes para su propia

existencia. Si no entregan un buen servicio, sus clientes los abandonarán por otros proveedores. Y siempre habrá otros proveedores potenciales, porque en una sociedad libre los gobiernos no tienen el poder para crear monopolios, proteger a determinadas empresas o impedir que la gente abra nuevos negocios. Una economía auténticamente libre genera competencia que fortalece a los consumidores más que a los productores: las empresas tendrán que cerrar si no hacen los productos con una buena relación calidad-precio que la gente quiere. Algunas empresas pueden crecer a niveles muy grandes –por ejemplo, en sectores como la producción de autos, que requieren una inversión enorme de capital–. Pero aun así, enfrentan la competencia real o potencial de otros inversionistas grandes que piensan que pueden hacerlo mejor. Los problemas surgen solo cuando las autoridades impiden la competencia y desalientan o no permiten a nuevos competidores entrar en el mercado.

Ciertamente, la competencia auténticamente abierta es difícil de mantener. Incluso en las sociedades más libres del mundo actual, los políticos imponen normas y regulaciones que –a menudo sin intención– reducen la competencia y así debilitan el poder que los consumidores tienen sobre los productores. Y los productores a menudo conspiran para lograrlo. Por ejemplo, las empresas establecidas pueden presionar a los políticos para que establezcan regulaciones sobre la calidad de un producto y estándares de fabricación, especificando lo que se puede producir y cómo. Pueden argumentar que estas reglas son necesarias para proteger al público de bienes de baja calidad. Pero el verdadero resultado es proteger a su empresa de proveedores nuevos o más pequeños que puedan crear productos novedosos que no están considerados en las regulaciones. O bien, los políticos pueden intervenir usando el dinero público para rescatar a las empresas que están en riesgo de quebrar o que están amenazadas por la competencia extranjera, argumentado que los puestos de trabajo del país deben ser protegidos. Incluso pueden prohibir

¹⁰ | Este punto ha sido bien desarrollado por el empresario británico sir Ernest Benn en *Why Freedom Works*, Sir Ernest Benn Ltd., London, 1964.

importaciones para proteger la industria nacional. Eso puede ser un alivio temporal para quienes trabajan en esas industrias –pero a costa de los contribuyentes y del público, quienes tendrán menos opciones para elegir y deberán pagar más de lo que deberían por bienes de menor calidad.

Mientras más se aleja una sociedad de la libertad y entrega el poder económico a las autoridades, mayor es la oportunidad para que productores y políticos conspiren a fin de explotar a las personas en su propio beneficio. Vestigios de este capitalismo de amigos los hay por todos lados, pero el problema es peor en las economías menos libres. A menudo, simplemente se da por sentado que aquellos que llegan al poder lo usarán para enriquecerse junto a sus familias y sus amigos. Se considera una señal de debilidad no aprovecharse de tal circunstancia.

Pero en una sociedad libre de verdad, a las autoridades no les está permitido usar el poder legislativo o fondos de los contribuyentes para otorgar privilegios a sus amigos. Hay reglas estrictas sobre cómo usar el poder y dónde gastar los recursos públicos. Los productores no pueden hacer *lobby* exitosamente ante quienes están en el poder para obtener subsidios y protecciones, ya que el poder de otorgar esos favores simplemente no existe. Lo que da a las empresas y a los políticos el poder para explotar a las personas corrientes es la falta de libertad, no el capitalismo competitivo.

El triunfo de la libertad

Si bien la libertad económica y el comercio son rara vez completamente libres, han sacado a unos dos mil millones de personas de la pobreza extrema durante los últimos treinta años. Esto es algo que los gobiernos centralizados y poderosos de Rusia, China y el Sudeste de Asia jamás lograron, pese a haberlo intentado por medio siglo. Y cuando las barreras de comercio han caído, cada vez más países se han integrado al sistema de comercio global y la riqueza se ha extendido. Ha sido así en particular para las

personas más pobres en los países más pobres que han adoptado la nueva libertad para comerciar con el mundo exterior. ¿Puede existir un principio más benigno y productivo en el planeta que la libertad?

//////////



**LAS INSTITUCIONES DE
UNA SOCIEDAD LIBRE**

////////////////////

LAS INSTITUCIONES DE UNA SOCIEDAD LIBRE

////////////////////

SOCIEDAD SIN ESTADO

Libertad y cultura

En una sociedad libre, la mayor parte de la vida de las personas transcurre en completa ausencia del gobierno. No se trata de ese viejo chiste indio: “La economía crece en la noche –cuando el gobierno duerme–”. Más bien significa que el gobierno no tiene ningún papel en la mayoría de las actividades que son realmente importantes para la gente.

Las personas en una sociedad libre no son individuos aislados. Al contrario, son criaturas sociales. Buscan la compañía de otros, tratan de adaptarse a los demás y de colaborar con otros en muchas maneras. Pueden ser miembros activos de grupos religiosos. En clubes y sociedades, se asocian con otros que disfrutan de las mismas cosas que ellos, ya sea cantar, leer, cocinar, pescar, practicar y ver deportes o coleccionar cosas. Se asocian y forman grupos con otros como ellos, ya sean jóvenes, mayores, amigos de escuela, nuevos padres o personas con discapacidades similares. Pueden organizar comedores o albergues para necesitados e indigentes. Esto es lo que se conoce como *sociedad civil*.

No obstante la libertad de acción y de movimiento que tienen estas personas en las sociedades más libres, sus ciudadanos generalmente comparten y respetan valores, culturas y tradiciones comunes. Los

individuos libres, especialmente los jóvenes, a veces pueden desafiar las costumbres antiguas –y de hecho, es así como se descubren mejores formas de hacer las cosas y se progresa–. Pero la libertad no es la enemiga de la cultura. Incluso los inmigrantes que no comparten una cultura determinada al menos respetan la cultura imperante si quieren ser aceptados en la sociedad. Pueden necesitar aprender el idioma si quieren asegurarse un empleo. Y si bien pueden no comprender inicialmente las tradiciones y principios morales del país que les acoge, tendrán que hacerlo rápidamente si quieren no ofender y prosperar. Esto no significa que vayan a ser discriminados activamente: en una sociedad libre, las personas son tratadas de igual manera. Pero nadie de la población nativa –o cualquier otra– tiene que buscar la compañía de personas que encuentran desagradables o que no respetan sus costumbres o no pueden comunicarse adecuadamente con ellos.

Los seres humanos desean compañía y la necesitan como una manera de no dejar pasar las oportunidades y favorecer sus propios intereses. Por lo tanto, ser de otro lugar los pone en una gran desventaja. Las personas en una sociedad libre podrían no todas compartir los valores de otros, pero en simples términos humanos les conviene tolerarlos. La libertad de pensamiento, expresión y acción que las personas tienen en una sociedad libre necesariamente respeta la cultura, moralidad y tradiciones imperantes.

¿Quién necesita un gobierno?

Esta red informal de interés mutuo, colaboración, obligaciones, confianza y fiabilidad mejora notablemente nuestras vidas. Pero no necesita del gobierno para funcionar. Cooperamos entre nosotros y prosperamos a través de nuestra pertenencia a varios grupos, sin que ninguna autoridad se involucre.

Incluso en el campo de la ley, que se podría pensar es sin duda una función del Estado, decidimos la mayoría de las cosas entre nosotros. Los contratos en una sociedad libre no son diseñados o impuestos por el Estado, sino elaborados por las partes involucradas, que establecen los términos que están dispuestos a aceptar y acordar voluntariamente.

Quienes celebran contratos a menudo acuerdan que cualquier controversia entre ellos sea juzgada por arbitraje independiente en lugar de hacerlo mediante tribunales estatales, que pueden ser más lentos, más caros y menos justos que la alternativa privada.

Ayuda a la creación de este tipo de relaciones sociales informales y de cooperación el que la propia población sea bastante homogénea. Si la mayoría de las personas son de la misma raza o religión, compartirán valores y encontrarán más fácil llegar a acuerdos con confianza. En esto no han ayudado los regímenes coloniales y las conferencias internacionales de posguerra que han rediseñado las fronteras tradicionales y juntado a distintos grupos étnicos. Muchos países recientemente desgarrados por conflictos, como Siria, Libia, Líbano o Irak, no existían hace un siglo; son las creaciones de políticos, no de los pueblos. Los británicos cometieron errores parecidos en África y en el subcontinente indio, juntando diferentes grupos tribales o étnicos en la misma colonia administrativa.

No es de extrañar que haya tantos estados frágiles, en los cuales los gobiernos ni siquiera pueden proteger la vida y la propiedad de sus ciudadanos. Este es un terreno árido para el crecimiento de una sociedad y una economía libres. No es fácil recrear una cultura cooperativa luego de que se ha destrozado y no hay lazos de respeto mutuo en los cuales se pueda basar la cooperación. Lo mejor que se puede esperar es que los diferentes grupos puedan llegar a acuerdos que les permitan coexistir, aun cuando no cooperen juntos adecuadamente. Pero la convivencia y la cooperación entre diferentes pueblos siempre serán más fáciles si las condiciones de una sociedad libre están establecidas, con la expectativa de que resulte en beneficio mutuo.

POR QUÉ EL GOBIERNO DEBE SER LIMITADO

¿Qué debería hacer el gobierno?

Hoy, pocas personas creen que el gobierno debería controlar cada aspecto de nuestra vida. Todos creemos que el papel de gobierno

debería ser limitado de alguna manera. La mayoría de las personas acepta que necesitamos del gobierno para decidir o hacer cosas que deben ser decididas o hechas colectivamente, pero que no debe interferir en asuntos que podemos hacer perfectamente nosotros mismos. Y la mayor parte de la gente pensante concluye que deberían existir límites para nuestros líderes a fin de impedirles que se excedan en el ejercicio de su autoridad.

El tema no es tanto el *tamaño* del gobierno como lo que decide y hace y además cómo decide y hace esas cosas. Dado que una sociedad libre y su economía se basan en la confianza, los ciudadanos de sociedades libres naturalmente esperan que sus gobiernos los protejan contra el fraude y el robo. Pero no deseáramos que las autoridades condenaran a alguien a cadena perpetua por no pagar su boleto de bus, así como tampoco deseáramos que instalaran cámaras de vigilancia en las casas de todas las personas en caso de que estén descargando ilegalmente música desde sitios de internet donde se comparten tales materiales. La acción del gobierno debe ser proporcional al problema.

Otra razón por la cual el gobierno deber ser limitado en su alcance es que las decisiones tomadas por los individuos –por ejemplo, sobre comerciar un bien en particular– son completamente voluntarias. Pero las decisiones tomadas por el gobierno –como impedir que las personas comercien un bien en particular– requieren del uso de la fuerza para ser efectivas. El uso de la fuerza es un mal, aunque a veces sea necesario. Cuando tomamos decisiones políticas, debemos equilibrar el beneficio que logran y el mal del uso de la fuerza sobre el cual descansan. No debemos apresurarnos a conseguir un beneficio sin pensar en el daño que puede causar.

Tanto la vida económica como la social necesitan de libertad para crecer. Se desarrollan mediante un proceso gradual de ensayo y error a pequeña escala. Innumerables innovadores prueban muchas ideas distintas –un nuevo producto, por ejemplo, o un nuevo método de enseñanza–. Las ideas que no funcionan son

rápidamente descartadas, pero aquellas que mejoran la vida son replicadas y difundidas por otras personas. El control estatal de las instituciones económicas y sociales niega a los innovadores la oportunidad de realizar este proceso: el constante pero gradual proceso de ensayo y error se retarda.

Adicionalmente, cuando los gobiernos intervienen, se da por lo general a gran escala. Toman decisiones para toda la población sobre temas como cuáles productos deben ser producidos o qué métodos de enseñanza deberían ser adoptados. Inevitablemente, esto retarda la innovación y también el progreso. Y cuando los gobiernos cometen errores –como harán de forma inevitable– estos son gigantescos y catastróficos.

¿Por qué se necesita el gobierno?

Sin embargo, hay buenas razones para que el gobierno se haga cargo de ciertos asuntos. Podríamos necesitar una autoridad que decida y haga cumplir algunas reglas esenciales acerca de cómo actuamos –decidir en qué lado de la carretera deberíamos manejar, por ejemplo, o asegurar que cumplimos nuestros contratos–.

Además, hay algunos proyectos cuya concreción puede ser de interés para todos, pero que es poco probable que los realice (o lo realice bien) cualquier individuo. Estos son los que se conocen como “bienes públicos”. La defensa y la policía son ejemplos: aun cuando todos se benefician de un buen nivel de seguridad, ¿por qué debería alguien ofrecerse voluntariamente para servir en este ámbito? Otro ejemplo es la contaminación que sofoca el aire de las ciudades en muchos países en desarrollo. Usar combustibles que no produzcan humo para la calefacción, instalar convertidores catalíticos en los autos e instalar filtros en las chimeneas de fábricas son cosas que pueden ayudar a subsanar el problema y mejorar la vida. Pero las personas no asumirán voluntariamente el costo que ello requiere, especialmente cuando saben que los demás simplemente podrían aprovecharse y disfrutar de un mejor aire a sus expensas. En lugar de ello, podemos

tomar resoluciones políticas para tales efectos y obligar a todos a que reduzcan su contaminación o cobrar impuestos a todos para financiar los servicios de la policía y la seguridad nacional. Así podemos lograr cosas que producen beneficios generalizados, pero que el mercado no provee.

Algunos promotores de la libertad –podemos llamarlos libertarios– dirían que no necesitamos gobierno en lo absoluto. Sostienen que las sociedades libres son extremadamente buenas para encontrar formas de cooperar y proveer beneficios a todos, por ejemplo, mediante donaciones filantrópicas o hallando maneras ingeniosas para desalentar a los “aprovechados” (*free-riders*) restringiendo los beneficios exclusivamente para quienes pagan. Incluso no están convencidos de que necesitemos gobiernos para asegurar el cumplimiento de los contratos o proteger nuestras vidas de ataques y nuestra propiedad del robo, pues piensan que los individuos y grupos pueden hacer todo esto por sí mismos.

Otros defensores de la sociedad libre –los *liberales clásicos*– argumentan que al menos un cierto nivel de toma de decisiones políticas y un cierto poder gubernamental son necesarios para protegernos, hacer cumplir los acuerdos y proveer bienes públicos, aunque el gobierno debería estar limitado a esas tareas. Los libertarios, sin embargo, todavía temen que si se les da a los gobiernos la mano, estos tomarán el codo: casi todos los gobiernos del mundo han encontrado roles que asumir –a costo del público – y que van más allá de sus funciones fundamentales.

Opiniones sobre la libertad personal y económica

Decidir cuán lejos debe ir el papel del gobierno no es una simple cuestión de “izquierda” versus “derecha”. La gente no solo no se ha puesto de acuerdo en si las decisiones deben ser tomadas por individuos o colectivamente, sino también en si deberían ser aplicables tanto a nuestras decisiones personales como a las económicas. Podemos identificar cuatro puntos de vista diferentes:

PREGUNTA:

¿No es obvio que el gobierno debe proveer servicios como la defensa?

No. Ciertamente, hay algunos asuntos que deberían ser decididos colectivamente, como ir a la guerra, pero hay muy pocas cosas que no se puedan proveer de forma privada. Muchos países entregan al menos algunas funciones de defensa a empresas privadas, que fabrican vehículos, barcos, aviones y equipos o construyen y mantienen los cuarteles y proveen alimentos y logística.

Hasta hace poco tiempo solíamos pensar que solo el Estado podía repartir el correo, manejar el sistema telefónico, operar los ferrocarriles, suministrar el agua, el gas y la electricidad, construir carreteras, hospitales y cárceles o incluso producir acero y autos. Actualmente, las empresas privadas hacen todas estas cosas. Y gracias a que enfrentan competencia, la calidad que deben producir es más alta.

- Al primer grupo podemos llamarlo **individualistas**. Sostienen que los individuos deberían ser libres para tomar sus propias decisiones, tanto sobre sus vidas personales como sobre sus vidas económicas.
- Diametralmente opuestos se encuentran los **autoritarios**, que abogan por el control colectivo sobre la conducta personal y económica.
- El tercer grupo es el de quienes abogan por la libertad individual en las decisiones *económicas*, pero por una autoridad colectiva sobre las elecciones *personales*. Podemos llamarlos *conservadores* (si bien el término significa cosas distintas en culturas diferentes). Esta mezcla de libertad económica y control social es un rasgo común de muchos países asiáticos.

- El último grupo es el de quienes quieren el control colectivo sobre la vida económica, pero dejan que los individuos manejen sus vidas personales.

Es particularmente difícil encontrar una denominación adecuada para este último grupo. En los Estados Unidos se les llamaría *liberals*, pero este es un uso muy engañoso de la palabra. En la mayoría de los otros países, *liberal* significa *liberal clásico* –la idea de que un cierto marco de reglas gubernamentales es necesario, pero que la mayoría de las decisiones económicas y personales deberían dejarse a los individuos–. En efecto, el término ha sido robado por políticos e intelectuales estadounidenses que creen en la libertad personal, pero quieren que el gobierno tenga más control sobre la vida económica.

Todas estas descripciones con una sola palabra son formas bastante imprecisas de explicar lo que en la realidad es un espectro de opiniones acerca de los asuntos económicos y sociales. Hay un amplio rango de visiones, incluso dentro de cada grupo. (Los *individualistas*, por ejemplo, van desde los *libertarios* (*libertarians*), que abogan por la libertad total, hasta los liberales clásicos (*classical liberals*), que ven un rol limitado para el gobierno. Los *autoritarios*, mientras tanto, van desde los *totalitarios*, que abogan por el control total, hasta los *estatistas*, que ven un papel limitado para las decisiones privadas.

No obstante, es útil tener presente que las visiones políticas no se pueden describir adecuadamente en un simple espectro de “izquierda-derecha”, que agruparía a personas con visiones bastante diferentes de la sociedad. Es más útil pensarlo en términos de cuánta libertad creen las personas que debería existir en estas dos diferentes dimensiones de la vida, la *económica* y la *personal*.

¿Por qué la elección individual?

Hay muy buenos motivos para preferir la libertad, tanto para la vida económica como para la personal. Para empezar, las personas conocen sus propias necesidades mucho mejor que los gobiernos que están distantes. Sienten sus propias esperanzas, temores,

sueños, deseos, necesidades y ambiciones. Están más conscientes de sus propias circunstancias y de las de sus amigos, familia y comunidades que aprecian y quieren ayudar. Conocen mejor las oportunidades que se les presentan y los problemas que las diferentes acciones pueden provocar. Están, sin duda, en el mejor lugar para tomar decisiones acerca de su propia vida y su futuro.

También hay un punto moral: las personas cuyas decisiones son tomadas por otros no son seres humanos íntegros sino meros esclavos. Y al no tener la responsabilidad personal por lo que sucede, nunca aprenderán de sus éxitos y errores. Pueden padecer los males de las políticas oficiales, pero pueden hacer poco para impedir que se repitan, por lo que no ven motivo alguno para intentarlo. Los individuos que disfrutaban de los beneficios de sus éxitos, y asumen los costos de sus equivocaciones, están más motivados para repetir lo que funciona y evitar lo que no funciona.

La diversidad fomenta el progreso

También hay ventajas en la diversidad. Las personas que son libres para tomar sus propias decisiones actuarán en una variedad de formas. Pueden elegir las acciones que piensan que son buenas para sus propias circunstancias. Pueden intentar diferentes estilos de vida –“experimentos de vida”, como los llamó John Stuart Mill en su ensayo “On liberty”¹. Algunos de estos pueden ser exitosos, otros no. Pero podemos aprender de ellos y avanzar en nuestro propio progreso, haciendo más de lo que parece funcionar y menos de lo que no funciona.

En una sociedad autoritaria, al contrario, solo una manera de hacer las cosas prevalece porque las decisiones se toman colectivamente. Cualquier error es catastrófico para todos. Y aunque la medida oficial sea exitosa, no se nos está permitido hacer otras cosas

que podrían funcionar aún mejor. La toma de decisiones será más lenta y a menudo dolorosa.

En una economía libre, los productores reciben la retroalimentación de sus clientes. Cada momento de cada día, las personas escogen los productos que prefieren. Constantemente están tomando en cuenta el precio, la fiabilidad, el tamaño, la forma, el color y otras cualidades de cada producto que compran. Estas preferencias diversas se transmiten de inmediato a los productores, que ven lo que se vende y lo que no se vende. Consciente de que sus competidores están haciendo lo mismo, los proveedores cambiarán lo más rápido posible para producir más de lo que las personas quieren, y menos de lo que no quieren. Y estarán motivados a experimentar con nuevos y diferentes productos que esperan sean de mayor agrado de los clientes.

Contrastemos, de nuevo, con una economía en donde las autoridades deciden lo que se produce. No importa si controlan la economía entera o ciertas partes de ella, lo que suele ser el caso: la toma de decisiones acerca de lo que debe ser producido y cómo debe producirse siempre será una cuestión lenta y torpe. En el mejor de los casos, los clientes pueden expresar sus opciones cada pocos años, en las elecciones de gobierno. Pero no estarán votando por productos individuales o calidades: si tienen una oportunidad real, estarán votando a favor de un conjunto completo de políticas que pueden abarcar todo, desde la defensa, educación y asistencia médica, hasta la irrigación, la agricultura, y el transporte rural. Las autoridades no tienen nada parecido a la constante retroalimentación incentivadora que los clientes dan a los proveedores en una economía de mercado. Hay poca presión sobre las autoridades para innovar y los consumidores no reciben lo que verdaderamente quieren.

Los efectos depresivos de la intervención

Hay pocos países hoy día donde el gobierno dirige –o trata de dirigir– toda la producción de un país. Es mucho más común que los gobiernos controlen sectores específicos –en particular los que

1 | John Stuart Mill, “On liberty”, 1859, en John Stuart Mill, *On Liberty and Other Essays*, Oxford University Press, Oxford, 2008.

son considerados esenciales, como salud, educación, agricultura y servicios policiales—. O pueden intentar orientar la producción, generalmente a través de los subsidios, precios controlados y regulaciones sobre los negocios.

Aun cuando los gobiernos tratan de dirigir solo pocos sectores de la economía, los problemas de una toma de decisiones lenta y torpe permanecen, especialmente donde estos sectores son los de importancia más crítica. El gobierno puede dirigir la producción de alimentos, por ejemplo: pero si no alcanza a producir las cantidades suficientes que necesitan las personas, el resultado podría ser hambre generalizada.

Del mismo modo, los esfuerzos del gobierno para dirigir la producción generalmente provocan el mismo desajuste de la oferta y la demanda. Por ejemplo, los políticos pueden tratar de fijar los precios de algunos bienes o servicios —los alimentos, por ejemplo, o la asistencia médica o tasas de interés— al imponer precios máximos sobre ellos. Pero en ese caso los productores ganarán menos al vender tales cosas. El precio que van a obtener no justifica el esfuerzo para producir los bienes o servicios, por lo que producirán menos o saldrán completamente del sector.

El resultado es la escasez. Como respuesta a los precios artificialmente bajos impuestos por ley, los productores reducirán su oferta de productos, pero los consumidores querrán comprar más. Los alimentos podrán ser oficialmente baratos, pero no habrá nada en las estanterías; las tasas de interés podrán ser bajas pero resultará imposible obtener préstamos; la asistencia médica podrá ser “gratuita”, pero habrá que hacer cola para recibirla.

Hay problemas parecidos cuando los gobiernos intentan dirigir la producción a través de subsidios a bienes o servicios particulares. La Unión Europea, por ejemplo, durante mucho tiempo ha subsidiado y protegido su sector agrícola, supuestamente para asegurar un fuerte y continuo suministro de alimentos, pero en realidad para proteger a los granjeros ineficientes de Europa de la competencia internacional (y para comprar el apoyo de este grupo políticamente importante).

Los subsidios fomentaron un exceso de producción —con “cerros” de mantequilla no deseada y “mares” de vino no vendido—.

Pero hay otras consecuencias, menos visibles que estas. Los grandes ganadores de las subvenciones agrícolas han sido los grandes propietarios de tierra y no los pequeños agricultores más pobres. Y la corrupción ha sido galopante, ya que ha habido quienes han cobrado subvenciones por alimentos que nunca produjeron. Hay casos innumerables y parecidos en todos los rincones del mundo y, de hecho, en la historia: en 1776, el economista escocés Adam Smith, en su libro *La riqueza de las naciones*, se quejaba de que las embarcaciones para la pesca de arenque fueran equipadas para maximizar sus subsidios en lugar de la pesca².

Subvencionar cualquier forma de producción orienta recursos a ese sector y los desvía de otros donde el tiempo, el esfuerzo y el capital podrían ser mejor utilizados. Por ejemplo, muchos gobiernos actualmente subvencionan la energía eólica y la solar, las cuales son muy caras, tomando dinero de individuos y negocios que hubieran encontrado maneras más rentables de invertirlo. Esto es un lastre para el crecimiento económico que deprime la prosperidad de largo plazo del público en general.

Decisiones de pocos

Otra razón para preferir la toma de decisiones por parte de individuos en lugar de las autoridades es que en las primeras participan muchas personas en vez de un grupo poderoso de pocas. Inevitablemente, las autoridades que toman las decisiones por todos necesitarán el poder de hacer efectivas sus decisiones. Pero las autoridades también son seres humanos; y es pedirles demasiado que resistan la tentación de usar ese poder para promocionar sus propios intereses y los de su familia, amigos, barrio, clan o partido político. Los contratos y los monopolios son adjudicados a sus socios. Una cantidad

² | Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 1776, Tomo IV, cap. V.

desproporcionada del gasto público se va a los distritos de los altos políticos. Cargos en el gobierno, la policía y el poder judicial van para los protegidos, en lugar de ser otorgados sobre la base del mérito.

Cuanto menos se decide políticamente, y cuanto más por los propios individuos, menos posibilidades hay para que exista esta forma de corrupción. Los gobiernos se pueden centrar en su papel principal de minimizar la coacción en vez de sacar provecho de ella.

A veces el provecho es demasiado sutil como para verlo fácilmente. “No existe arte que un gobierno aprenda más rápido”³—escribió Adam Smith, el padre de la economía moderna— “que el de sacar dinero de los bolsillos de las personas.” Al pedir dinero prestado, por ejemplo, los gobiernos pueden gastar en proyectos que les ayudan a ganar elecciones y enriquecer a sus adherentes, pasando el costo a otros. Incluso pueden pasar el costo a la próxima generación. Si su deuda llega a ser abrumadora, simplemente pueden emitir dinero y pagar a sus acreedores en moneda devaluada. Pero tal robo, abierto u oculto, desalienta a las personas para generar riqueza. Es menos probable que establezcan nuevos negocios y acumulen capital productivo, con lo que la sociedad entera resulta perjudicada.

Al gobierno de una sociedad verdaderamente libre no le estaría permitido pedir créditos, salvo en casos extremos, y aun así eso sería limitado. Tampoco tendría el monopolio sobre el circulante ni estaría habilitado para emitir más dinero cuando lo necesitara. Y los impuestos en una sociedad libre serían bajos e implementados sobre una base amplia —no preferentemente sobre opositores políticos o minorías, como “los ricos”—. Los impuestos serían simples, transparentes, fáciles de pagar y previsibles. No serían “cosechados” por agencias públicas o privadas que tienen un interés en aumentar la cantidad que sacan de los contribuyentes.

El argumento paternalista

Un punto de vista muy común entre las élites en el poder es que ellos tienen que tomar todas las decisiones porque la gente es como los niños, incapaz de tomar decisiones por sí misma. Esto es contradictorio: degrada al “pueblo”, de donde supuestamente proviene su autoridad. Y es ilógico sugerir que las personas tengan suficiente sabiduría colectiva para elegir el gobierno adecuado, pero no suficiente sabiduría individual para dirigir sus propias vidas.

Ciertamente, hay casos en los cuales la sociedad entera se beneficiaría si las personas se comportaran un poco mejor. Pero la mayoría de estos están relacionados con cuestiones morales que no corresponde a la ley hacer cumplir. Y aun cuando podemos convocar moralmente a las personas para que ayuden a los demás, el gobierno de una sociedad libre no las puede obligar. Está habilitado solo para impedir que se cause daño a otros, no para forzar a las personas a que beneficien a otras. Hay un argumento de “bien público” al que se recurre para hacer que las personas contribuyan a ciertos proyectos comunes como la defensa, pero tales casos son escasos.

PREGUNTA:

¿Todos tenemos responsabilidades para con el gobierno?

No. En una sociedad libre el gobierno tiene responsabilidades hacia nosotros. En muchos lugares ha habido gobiernos que se establecieron, y permanecen en el poder, solo por medio de la fuerza. Esta no es una forma legítima de gobierno. El gobierno de una sociedad libre está formado por personas y es como una agencia que decide o hace esas pocas cosas que tienen que ser decididas o hechas colectivamente (como la defensa) o en forma imparcial (como la justicia). Está allí para servir a los ciudadanos, no a la inversa.

³ Ibid., Cap. II, Parte II, Apéndice de los Artículos I y II.

Es verdad que las personas a menudo muestran una apatía sorprendente sobre temas tales como de qué manera se proporcionan los servicios estatales. Pero frecuentemente esto se debe a que saben que quejarse es una pérdida de tiempo, ya que no cambiará nada. Si algo realmente mejorara como consecuencia de que las personas se involucren, más personas lo harían.

MANERAS DE LIMITAR EL GOBIERNO

La democracia

En los raros casos en que las decisiones colectivas son inevitables, una sociedad libre consulta a toda la población, ya que toda será afectada. En otras palabras, hay alguna forma de democracia.

No es posible que toda la población tome cada decisión –sería demasiado difícil y engorroso–. Normalmente, elige a representantes para decidir por ella. Tales representantes no son meros delegados, de quienes se espera reflejen servilmente los puntos de vista de sus electores; ellos llevan sus propias visiones.

La democracia no es lo mismo que el populismo. Por más que la mayoría del público en general pudiera creer que hay que matar a las minorías religiosas y étnicas, el gobierno de una sociedad libre no lo puede hacer. Existe para impedir perjuicio a terceros, no para facilitarlos. Un viejo chiste describe la democracia como dos lobos y una oveja decidiendo lo que van a comer. Pero en una sociedad libre hay límites a los poderes de las mayorías para proteger a las minorías.

El problema más grande no es cómo elegir los gobiernos, sino cómo restringirlos. Solo son humanos: el poder que ejercen los puede corromper. Si hay que proteger la libertad, hay que tener un mecanismo para sacar a nuestros líderes de sus cargos. Las elecciones en una sociedad libre no solo son para elegir a nuestros líderes, sino también para librarnos de ellos.

Algunos partidarios del autoritarismo argumentan que las

elecciones solo generan inestabilidad, ya que con los votos se pone o se saca a diferentes gobiernos que pueden tener políticas radicalmente diferentes. Pero dado que el poder de los gobiernos es limitado en una sociedad libre, la posibilidad de cualquier forma de inestabilidad se reduce. Si los gobiernos son considerados legítimos, las posibilidades de inestabilidad son menores, no mayores, que de ser considerados ilegítimos. A través de la fuerza de las armas, un gobierno ilegítimo puede permanecer en el poder por mucho tiempo, pero las únicas alternativas reales son elecciones periódicas y pacíficas u ocasionales revoluciones sangrientas. En las sociedades libres se prefieren las elecciones, que limitan la coacción y la violencia y permiten que el cambio y el progreso sucedan más rápido.

Ciertas condiciones son necesarias si se quiere que las elecciones sean aceptadas como legítimas. Debe, por ejemplo, haber una auténtica variedad de partidos. No habrá elección libre si hay un único candidato: en una sociedad libre siempre habrá una diversidad de puntos de vista. Eso, a su vez, implica que los diferentes candidatos deberán poder expresar y hacer públicos sus puntos de vista y ser libres de criticar a otros candidatos y partidos. Y las personas deberán poder votar por su candidato preferido sin temor a represalias –por lo que el voto debe ser secreto–. Algunos países imponen límites a los gastos en las campañas electorales, para asegurar que los candidatos o partidos ricos no tengan una ventaja. Muchos imponen plazos fijos entre elecciones, en lugar de dejar que el gobierno de turno decida cuándo celebrarlas.

Toma de decisiones públicas

Los gobiernos de la mayoría de los países menos libres llegaron al poder por la fuerza. Algunos siguen ahí gracias a la fuerza, aunque muchos han encontrado maneras de darse la apariencia de legitimidad, al presentarse como los únicos custodios del patrimonio religioso y cultural, por ejemplo. En una sociedad libre, al contrario, el gobierno existe solo para propósitos limitados y con el consentimiento de las personas.

Aun así, los gobiernos, frecuentemente, van mucho más allá de su finalidad de impedir el daño y hacer colectivamente lo que no se puede hacer individualmente. Por ejemplo, suelen monopolizar el suministro de bienes públicos. Si bien las decisiones sobre cuáles bienes públicos deben ser suministrados pueden requerir ser colectivas; aun así, dichos bienes pueden suministrarse, total o parcialmente, por agencias privadas. Las organizaciones benéficas, por ejemplo, pueden dar atención a los pobres y los enfermos. En cuanto a impedir daño a los demás –como los efectos de la contaminación–, el grado de daño resultante puede ser difícil de medir y la intervención estatal no puede de hecho justificarse totalmente.

Si bien algunas decisiones deben ser tomadas colectivamente, ¿cuáles son las reglas para hacerlo? Lo ideal sería la unanimidad: todos participan en la toma de decisiones y no se emprende ninguna acción, a menos que todos estén de acuerdo. Dado que es poco probable que las personas voten por una acción colectiva que piensan que va a perjudicarles, entonces hay poca probabilidad de que algunos individuos o grupos sean perjudicados por las decisiones colectivas.

Sin embargo, la unanimidad es difícil de alcanzar. Para empezar, llevaría mucho tiempo que cada persona se demore lo necesario para estudiar y votar cada propuesta. Y alcanzar cualquier acuerdo de cualquier manera sería difícil, pues cualquiera podría rechazar el plan entero. Es por esto que elegimos representantes. Por lo tanto, las decisiones colectivas –ya sea realizadas a través de elecciones populares, plebiscitos o votos en el Congreso– generalmente son por mayoría votos. Puede ser una mayoría simple (50 por ciento más uno) o calificada (digamos, dos tercios). Eso reduce la dificultad de tomar decisiones, mientras se asegura de que sean tomadas por la gran mayoría de la población en lugar de pequeñas élites.⁴

El interés personal de los votantes

Hay un cuento acerca de un emperador romano que, al pedírsele juzgar a los finalistas en un concurso de canto, escucha a uno y le otorga el premio al otro, dado que el segundo no puede ser peor. Hoy día, la gente tiende a pensar que cuando no estamos satisfechos con lo que hacen una sociedad y una economía libres, la acción de gobierno tiene que mejorar las cosas. Si, por ejemplo, el mercado no suministra bienes públicos como la defensa o el bienestar, el gobierno deberá proveerlos. O si una fábrica contamina el aire, se necesita la acción estatal para frenarla. Pero esto no es así necesariamente.

Los mercados pueden en realidad no llegar a satisfacer nuestras necesidades en ciertas ocasiones. Cuando hablamos de “fracaso del mercado” deberíamos recordar que hay *fracaso del gobierno* también. Incluso en sociedades relativamente libres, los gobiernos no son fuerzas objetivas, medidas, desapasionadas y con espíritu público. El interés propio atraviesa el gobierno desde arriba hasta abajo.

La gente se imagina que las elecciones son un medio para identificar el “interés público” y hacerlo efectivo. Pero en una sociedad libre hay muchos intereses distintos –y ellos están en conflicto–. Los votantes que quieren menos impuestos están en conflicto con los que quieren más gasto público. Quienes se benefician de la construcción de una nueva carretera están en contra de aquellos cuyas casas se demolerán. Las elecciones no determinan el interés público. Simplemente equilibran muchos intereses en competencia. Las decisiones colectivas se toman sobre esta base de conflicto.

El interés personal de los políticos

Así como los votantes tienen sus propios intereses, también los tienen los políticos. Muchos ven los cargos políticos como una manera de enriquecerse o perjudicar a sus enemigos. Incluso pueden ser considerados débiles si no se aprovechan de su posición y hasta en sociedades más libres la corrupción puede ser un problema.

Aun si el político realmente quiere dedicarse al público, primero tiene que llegar al poder. Tiene que conseguir suficientes votos

⁴ | Para un resumen más detallado de este punto y los siguientes, ver Eamonn Butler, *Public Choice – a Primer*, Institute of Economic Affairs, Londres, 2012.

para ser elegido. Pero esto no significa que debe, por lo tanto, reflejar la opinión pública general. Puede ganar más votos apelando a minorías pequeñas y sin representación.

Algunos grupos pequeños con intereses fuertes dominan el proceso político porque tienen algo específico que ganar al lograr que se establezca una cierta política, como, por ejemplo, un subsidio a su propia industria. Como son pequeños y muy motivados, se organizan fácilmente y es muy probable que hagan esfuerzos por hacer campaña y lobby. Pero los grupos más amplios, como los consumidores o contribuyentes, cuyos motivos son menos específicos, son más difíciles de organizar. Y están menos motivados, porque los costos de políticas tales como el subsidio industrial se reparten de manera que apenas se nota entre ellos.

Coaliciones y pactos de reciprocidad

Hay más posibilidades de que las opiniones minoritarias prevalezcan cuando los grupos de interés forman pactos con otros para aunar fuerzas electorales. Una coalición de varios grupos, todos amenazando abandonar a un candidato, tiene mayor maniobrabilidad sobre el candidato que cualquier otro grupo que esté solo.

Una similar satisfacción de intereses especiales se da en el ámbito legislativo. Los políticos, que desesperadamente quieren que se aprueben proyectos de gasto público en sus distritos, pueden canjear votos con otros que desesperadamente quieren que otros proyectos se aprueben en los suyos. Pero el resultado de estos acuerdos de “votas por mi medida y yo votaré por tus proyectos” –conocido como pacto de reciprocidad– es que muchas propuestas de este tipo son aprobadas y ese gobierno crece más de lo que realmente se desea.

Y cuando esas leyes se ponen en vigor, entran en juego más intereses personales. Los funcionarios delegados para administrarlos tendrán sus propios intereses. Su estatus y pago dependen en parte de tener un gran personal y –consciente o

inconscientemente– pueden hacer el proceso burocrático más complicado, a fin de justificar un personal más grande, proceso conocido como *construcción de imperios*. De esta manera, serán objeto de mayor *lobby* por parte de pequeños grupos de interés que del público general, pudiendo conceder más a los intereses particulares y quizás incluso recibiendo sobornos de ellos.

ESTABLECIENDO LAS REGLAS

En resumen, en la elección de gobiernos y en la elaboración y administración de las leyes, las minorías con intereses concentrados cuentan más que las mayorías con opiniones dispersas. Las decisiones tomadas políticamente son muy pobres para reflejar las opiniones generales del público. Y el sector gubernamental tiene una tendencia inherente a crecer más allá de lo que quiere la mayoría de las personas, más allá de lo que tiene sentido y mucho más allá de lo que se necesita para mantener una sociedad libre –al punto, de hecho, en que la libertad se erosiona–.

Las sociedades más libres adoptan varias reglas para tratar de limitar estos problemas. Las elecciones son una parte vital. Pero son una restricción débil para los políticos y autoridades. Se dan escasamente y son a menudo dominadas por los partidos más grandes, haciendo que los cambios resulten más lentos. Se necesitan restricciones más fuertes.

Un acuerdo constitucional

Una manera típica de restringir el proceso político es adoptar una constitución en torno a la cual todos estén de acuerdo, o que cuente con la aprobación de una gran mayoría de la población, y que establezca las reglas sobre cómo se manejan las elecciones y cómo se toman las decisiones. Si todos tienen que estar de acuerdo en cuanto a las reglas, se hace imposible para los gobiernos imponer reglas diseñadas para su propio beneficio –por ejemplo,

para prohibir candidatos de oposición e imponer impuestos desproporcionados sobre los votantes opositores–.

El proceso político puede ser más restringido a través de la separación de poderes. En vez de que una persona o un solo cuerpo ejerza todo el poder para elaborar las leyes, la idea es dividir esa autoridad en diferentes instituciones, cada una de las cuales pueda bloquear, modificar o restringir lo que las otras puedan hacer. Por esa razón, a este sistema a veces se le llama *checks and balances*.

Si un solo cuerpo, como un *politburó* o consejo legislativo, tiene todo el poder, las mayorías políticas y los intereses sectoriales de grupos ciertamente intentarán hacerse de él para su propio beneficio. Pero si la constitución divide el poder entre dos diferentes cámaras legislativas, hace que el poder sea más difícil de capturar por los grupos de interés. Si esas cámaras son elegidas de diferentes maneras, será aún más difícil para el mismo grupo de interés dominar ambas. Si una cámara puede impedir o modificar las decisiones tomadas en la otra, se hará más difícil la compra de votos y la explotación de las mayorías.

Como un mecanismo de trabas en este sistema de *checks and balances*, muchas de las constituciones de las sociedades más libres también nombran un presidente como representante de todo el pueblo, quien (se espera) pueda ir más allá del conflicto político y del veto que perjudica a las minorías.

Otra traba contra la explotación es un *poder judicial independiente*. Esto es esencial para una sociedad libre. Los jueces no deben estar alineados políticamente y deben ser capaces de rechazar las leyes no constitucionales y la explotación de las minorías –y hacerlo sin temor a las represalias de los políticos–.

Las constituciones a veces establecen otras restricciones en las actividades de los gobiernos, como los presupuestos equilibrados, insistiendo en que sus presupuestos deben ser equilibrados durante un periodo fijo (digamos, tres a cinco años) y estableciendo límites presupuestarios sobre el empréstito anual y el total de la deuda pública. Algunos, incluso, limitan la proporción del ingreso nacional que el gobierno puede gastar, para así frenar

su tendencia inherente a crecer. Además, pueden existir límites a los periodos para que los políticos no puedan permanecer en el poder por años y *cláusulas de extinción* para impedir que las agencias estatales sobrevivan a su utilidad.

Mayorías calificadas

Una manera adicional de proteger a las minorías es a través de *votaciones por mayorías calificadas*. La libertad podría estar en una situación muy insegura, por ejemplo, si las autoridades en el poder fueran capaces de cambiar las reglas constitucionales por un simple voto en el parlamento. Una sociedad libre establece barreras más altas –como el voto de dos tercios en ambas cámaras–, además de márgenes igualmente altos en un plebiscito o en regiones individuales o estados.

En temas donde es fácil explotar a las minorías en formas muy perjudiciales, las decisiones deberían requerir mayorías muy altas. Por ejemplo, es fácil diseñar impuestos que pueden imponer cargos grandes sobre grupos en particular. Algunos defensores de la sociedad libre, por tanto, demandan que las reglas tributarias –no las tasas del impuesto, sino quien paga los impuestos– deben ser decididas unánimemente para que la minoría sea protegida, aunque la mayoría sea inmensa.

El público cautivo

En una economía de mercado eres libre de ir a donde quieras si sientes que un comerciante te está engañando u ofreciendo muy poco por tu dinero. Pero si tu gobierno te está estafando o explotando, no hay a dónde ir. Quizás puedes salir del país – pero dado el idioma y otras barreras, esta no es una opción para la mayoría de la personas–. Es una receta para la coacción –que hace aún más importante asegurar que el papel y las acciones del gobierno, y todas sus partes, estén especificadas cuidadosamente y estrictamente limitadas a quienes se les requiere preservar y extender la libertad de la población–.

//////////



**IGUALDAD Y
DESIGUALDAD**

////////////////////////////////////

IGUALDAD Y DESIGUALDAD

////////////////////////////////////

IGUALDAD EN UNA SOCIEDAD LIBRE

Mucha gente imagina que las sociedades libres deben ser muy desiguales. Después de todo, permiten a las personas perseguir y acumular una gran riqueza. Esto (según el argumento) debe crear una gran desigualdad económica.

Pero este argumento está errado. Como hemos visto, la disparidad en ingresos en los países libres y no libres es casi igual. Si es que hay alguna diferencia, las sociedades más libres son ligeramente más iguales.

Es más, las sociedades no libres tienen otras desigualdades, no financieras, que las más libres no tienen. Cada ciudadano de una sociedad libre puede aspirar a incrementar su riqueza e ingresos cambiándose a un mejor trabajo o emprendiendo actividades comerciales que le reportarán beneficios. En las sociedades no libres esto no siempre es posible. Los empleos gubernamentales pueden solo estar abiertos para los adherentes del partido en el poder o para amigos y socios de los gobernantes. La ley o el prejuicio pueden excluir a las mujeres, a minorías étnicas o a ciertos grupos de la posibilidad de trabajar en determinadas ocupaciones. Las personas de una raza o casta en particular pueden tener restricciones que solo les permiten acceder a los trabajos de la más baja

categoría. También es posible que a los inmigrantes se les impida establecerse y ser propietarios de negocios o incluso tener una cuenta bancaria.

Aun entre quienes logran trabajar, las desigualdades persisten. En la ex Unión Soviética, por ejemplo, la exclusiva tienda por departamentos GUM en la Plaza Roja solo estaba abierta para los turistas que poseían moneda dura y para los altos funcionarios del partido. Solo los últimos podían aspirar a ser transportados en una limosina Zil –con el tráfico detenido para facilitar su paso– o disfrutar de vacaciones de un mes en los centros de salud –en los *spas*– ubicados en los bosques. Los departamentos y *dachas* –casas de campo– eran asignadas por las autoridades, quienes favorecían a sus amigos con las mejores residencias.

Todas estas son desigualdades de las cuales no hay manera de escapar: es posible que quienes las padezcan no tengan siquiera derecho a voto o hacer campaña a favor de cambiar la ley. Por el contrario, todos los miembros de una sociedad libre pueden al menos aspirar a un buen trabajo o establecer un negocio y percibir riqueza e ingresos. Podrán no tener éxito, pero nadie se los impide.

TIPOS DE IGUALDAD

La igualdad en una sociedad libre no se trata de darles a las personas la misma riqueza, ingresos o estándar de vida. Se trata de asegurar que las personas serán tratadas de igual manera.

Esto se aprecia de cuatro maneras importantes¹. Los ciudadanos de una sociedad libre tienen *igualdad moral*: cada cual tiene el mismo derecho de tomar decisiones propias y de ser tratado con consideración y respeto por parte de los demás. Hay *igualdad*

¹ Una buena reseña de estos puntos se puede encontrar en Nigel Ashford's, *Principles for a Free Society*, Jarl Hjalmarson Foundation, Estocolmo, 2003.

ante la ley: la ley los protege y trata de igual forma, independientemente de su raza, religión, sexo, riqueza o conexiones familiares. Tienen *igualdad política*: todos pueden votar y postular a cargos políticos. Y todos tienen igualdad de oportunidades: no hay barreras arbitrarias para trabajar, estudiar o para ninguna otra vía de superación personal.

Igualdad moral

En una sociedad libre, las personas somos consideradas igualmente merecedoras de consideración y respeto. Todas tenemos el mismo derecho a tomar decisiones sobre nuestras propias vidas, mientras no causemos daño a otras.

Esta visión está basada en la profunda convicción de nuestra propia naturaleza como seres humanos, la misma que todos compartimos. Todos queremos tomar nuestras propias decisiones, independientemente de nuestra etnia, religión o género; y todos queremos que los demás respeten ese derecho. La regla de una sociedad libre es “trata a otros como quieres que te traten”.

Esto no significa que las personas sean igualmente morales en sus acciones. Quienes atacan a otros, o les roban, no actúan moralmente. Algunos pueden, deliberadamente, hacer caso omiso o burlarse de las convenciones sociales o sexuales. Pero sus vidas siguen teniendo valor. Su infracción a las leyes o su inmoralidad les expone a un castigo o a una reprimenda proporcional a su falta, pero no a crueldad arbitraria o excesiva ni a la humillación.

Igualdad ante la ley

La ley en una sociedad libre protege y castiga a las personas imparcialmente. Quienes cometen una falta no reciben un trato distinto por parte de la policía, los tribunales o las prisiones a causa de ciertas características personales, tales como su riqueza, conexiones, casta, género, religión o etnia, que no están relacionadas con el crimen. Los ciudadanos no pueden ser objeto de arresto arbitrario u hostigamiento solo porque no le gustan a la autoridad.

Cada cual tiene el mismo acceso a la justicia en caso de que otros le ocasionen algún perjuicio o le roben, independientemente de quién sea o de cuán eminentes sean los acusados.

En las estatuas que suele haber en los edificios de los tribunales en todo el mundo, la figura de la justicia suele ser representada sosteniendo una balanza en una mano y una espada en la otra. Pero la característica más importante es que la figura está vendada. En una sociedad libre, la justicia es ciega para todo, excepto para los hechos relevantes en cada caso.

Igualdad política

Otra forma de igualdad que se deriva de la naturaleza de las personas como seres humanos es la de la igualdad política. Los intereses y opiniones de todos merecen consideración. Así, cada quien en una sociedad libre tiene el derecho a votar en elecciones o plebiscitos y nadie tiene más de un voto. Esto asegura que los intereses de todos sean tomados en cuenta por los candidatos y por los políticos electos.

Hay muy pocas excepciones. Normalmente a los niños no se les permite votar, porque se cree que no son aún lo suficientemente maduros para expresar una opinión informada sobre cómo ellos y los demás deberían ser gobernados. Asimismo, también las personas con severas discapacidades mentales pueden ser también excluidas de la posibilidad de votar; pero esta condición de discapacidad debe ser evaluada de manera independiente para prevenir que las clases gobernantes marginen a sus opositores por estos motivos.

Las opiniones están divididas en cuanto a la posibilidad de votar para criminales convictos. En algunos países, los reos pierden su derecho a voto. La razón es que alguien que ha quebrantado la ley no debería involucrarse en el proceso de producirlas. En otros, solo se excluye a quienes están en prisión por los crímenes más serios. Y hasta hay otros en que se considera que los criminales tienen pleno derecho a voto en virtud de la naturaleza que todos compartimos como seres humanos.

El principio de la igualdad política implica que las mujeres tienen tanto derecho a votar como los hombres. Sin embargo, incluso en sociedades relativamente libres, este derecho fue reconocido apenas hace poco más de un siglo. Nueva Zelanda fue la primera en otorgar el derecho a voto a las mujeres adultas en 1893. Australia hizo lo mismo en 1902, pese a que las restricciones para votar impuestas a las mujeres aborígenes persistieron hasta 1962. La mayoría de los países europeos permitió que las mujeres votaran poco después de la Primera Guerra Mundial, aun cuando en Francia esto sucedió en 1944 y en Suiza en 1971.

Cualquier exclusión del derecho a voto debe ser estrictamente limitada. Es demasiado fácil que las autoridades en países no libres nieguen el derecho a votar de sus enemigos enviándolos a la cárcel, declarándolos mentalmente discapacitados o mediante una amplia gama de excusas. Esto no es más que abuso de poder.

En la medida de lo posible, el voto de cada persona también debería contar por igual. Por ejemplo, debería haber aproximadamente el mismo número de electores en cada distrito electoral para el cual se eligen representantes. Los distritos con un mayor número de electores suponen que cada votante tiene menos peso en el resultado. La única excusa válida para tener distritos con tamaños muy diferentes es que las realidades geográficas así lo impongan. Los límites electorales deben ser establecidos por órganos independientes de manera que no puedan estar sesgados a favor de los grupos dominantes.

Junto con el derecho a voto, todo el mundo tiene el mismo derecho a presentarse a cargos oficiales y a ocuparlos. En el poder legislativo no hay restricciones por sexo, raza o religión para postular a un cargo. El sistema electoral debe salvaguardar esta igualdad asegurando, por ejemplo, que cualquier persona pueda presentarse a un cargo sin temor a ser amenazada o intimidada, especialmente por las autoridades políticas gobernantes. Esto significa que deben ser libres de hacer campaña y expresarse, así como de publicar y difundir sus opiniones y sus críticas a otros candidatos e incluso a

las leyes y la Constitución. Las elecciones, se supone, son una competencia de ideas y no puede haber elecciones libres si las ideas y la libertad de expresión son suprimidas.

En algunos países no libres es delito criticar al gobierno; en las sociedades más libres, tales críticas son parte perfectamente normal del debate político cotidiano.

Igualdad de oportunidades

La igualdad de oportunidades supone que los individuos no deben ser objeto de barreras arbitrarias para perseguir sus propias ambiciones en cuanto a educación, trabajo o cualquier otro aspecto de la vida. Su raza no debe impedirles acceder a la escuela o a un equipo deportivo, por ejemplo. Sus visiones políticas o género no deben ser motivo de que se les niegue la oportunidad para acceder a un empleo. Tampoco debe su condición de pobreza o su clase social impedirles contraer matrimonio con alguien de distinta situación.

Esto no significa, sin embargo, que las escuelas, los empleadores u otros estén obligados a aceptar a cualquier persona sin considerar su calificación. Una escuela puede reservarse el derecho de admitir a aquellos que aprueben el examen correspondiente. Y un empleador puede requerir referencias y experiencia. Una mujer libre no tiene por qué contraer matrimonio con un hombre por el solo hecho de que él esté empeñado en hacerlo. La igualdad de oportunidades implica solo que para nadie debe haber obstáculos arbitrarios y que no se obliga a alguien a hacer algo que no desea. Por ejemplo, los matrimonios arreglados son comunes en algunas culturas y son perfectamente aceptables en una sociedad libre, siempre y cuando cuenten con el consentimiento de ambos contrayentes. Pero no se puede forzar a nadie a casarse contra su voluntad, incluso si sus padres así lo desean. En una sociedad libre, alguien con suficiente edad para casarse tiene también suficiente edad para elegir por sí mismo. Como cualquier otro contrato, el matrimonio es nulo si alguna de las partes ha sido forzada.

Aunque las personas no deberían encontrar barreras sociales en sus decisiones de vida, hay, por supuesto, desigualdades naturales. Alguien que ha nacido sordo es poco probable que se convierta en compositor o director de orquesta (aunque en un momento de su vida, Beethoven enfrentó exitosamente ese problema). Una persona sin extremidades no puede aspirar a escalar montañas. Y niños de diferentes partes del mundo se inician en la vida de acuerdo a sus circunstancias familiares: los padres de uno pueden comprarle libros y ayudarlo con su tarea, mientras los de otro pueden descuidarlo.

PREGUNTA:

Las personas pobres no son libres de comprar una limosina, ¿o sí?

Sí, lo son. En una sociedad libre, todos son libres de comprar bienes de lujo, incluso si solo unos pocos pueden costearlos. Es una cuestión de poder, no de libertad; las personas más pobres carecen del poder adquisitivo para comprar un auto costoso, pero ninguna persona o autoridad se lo impide. Todos pueden aspirar a darse sus lujos trabajando duro para ganar dinero, ahorrando o incluso pidiendo prestado.

Recordemos también que incluso las familias más pobres en las sociedades más ricas y libres de hoy disfrutan de cosas como calefacción doméstica, luz, energía y agua, que eran lujos apenas décadas atrás. En las sociedades no libres, al contrario, las personas no pueden siquiera aspirar a una casa más grande o a una granja con tierra más fértil, a menos que se la otorguen las autoridades.

Algunas personas en Occidente dicen que, aunque algunos niños tienen diferentes puntos de partida en la vida, las escuelas deberían asegurar que alcancen la misma posición al momento de llegar a la adultez y entrar en el mundo laboral. En consecuencia, las escuelas destinan ingentes recursos en educación para corregir esto y “nivelan hacia abajo” a los niños más brillantes en lugar de aprovechar todo su potencial. Pero en la realidad no podemos compensar las diferencias naturales –la única vía para compensar las diferencias sociales sería una pesadilla–, ya que el Estado tendría que quitarle los niños a sus padres al nacer y educarlos idénticamente.

Discriminación positiva

Algunos países han intentado compensar las diferencias naturales y eliminar el prejuicio con programas de discriminación positiva. Esto puede consistir simplemente en llegar a minorías que ni se imaginan que ciertas oportunidades están a su alcance y animarlas a intentarlo –niños brillantes pero pobres, por ejemplo, que jamás pensarían en postular a una universidad de alto nivel–. Esta labor de difusión y aliento es inobjetable, ya que simplemente incrementa las opciones disponibles de esos grupos.

Pero la discriminación positiva también puede tomar la forma de dar preferencia a grupos minoritarios –por ejemplo, imponiendo cuotas a escuelas y empleadores para forzarlos a aceptar una proporción mayor de candidatos de minorías–. Hasta cierto punto, esto puede funcionar: sin duda, la discriminación positiva en los Estados Unidos a partir de la década de los sesenta permitió a la población afroamericana mostrar sus capacidades en las escuelas y lugares de trabajo y esto ayudó a derrumbar los prejuicios de los blancos contra ellos. Pero la discriminación positiva no es compatible con una sociedad libre. Si bien puede ayudar a romper los prejuicios, y por tanto a promover la libertad, favorece a grupos particulares en lugar de tratarlos por igual.

Algunas personas argumentan a favor de un trato preferencial y cuotas para compensar la pasada discriminación negativa sufrida por minorías. Pero lo pasado, pasado está: la discriminación positiva a favor de algunas personas hoy no rectifica la injusticia cometida contra otros de la misma minoría, que fueron perjudicados en el pasado. Y una política de este tipo bien podría ser vista como injusta para la mayoría, la cual deberá alcanzar estándares más altos para acceder a las mismas oportunidades de educación y trabajo. La minoría podría llegar a ser vista como la nueva clase privilegiada y podría producirse una reacción de resentimiento, o incluso violencia, contra la política y contra las minorías que se benefician de ella.

Discriminación negativa

La discriminación no siempre responde a la intención de ayudar a las minorías, por supuesto. Mucho más a menudo se trata de una mayoría que vota a favor de derechos, privilegios y preferencias para sí mismos, que no están disponibles para los grupos minoritarios. Malasia y Sudáfrica son dos ejemplos obvios, pero en el mundo abundan los casos en que la ley discrimina en contra de las minorías solo por su raza, religión, idioma, preferencias sexuales u opiniones políticas.

Esta discriminación no tiene cabida en una sociedad libre: en una sociedad libre, las personas son iguales ante la ley y ningún grupo puede votar para sí privilegios especiales. Con demasiada frecuencia, este tipo de discriminación ha degenerado en la persecución directa de poblaciones minoritarias. Despojada de los derechos disfrutados por la mayoría, la minoría no tiene manera de superarse a sí misma. Puede llegar a ser vista como una clase inferior, incluso subhumana. Y cuando se les despoja de su humanidad, no hay límite para la indignidad y el maltrato que podrían sufrir.

IGUALDAD DE RESULTADOS

Cuando la mayoría de la gente habla de igualdad, no se refiere al derecho a ser tratado por igual en virtud de los principios de igualdad moral, igualdad ante la ley, igualdad política e igualdad de oportunidades. Se refiere a la igualdad de recompensas materiales como la riqueza, el ingreso y los estándares de vida. Y muchos abogan por alguna forma de redistribución desde los ricos hacia los pobres, para igualar estas recompensas.

Estadísticas de desigualdad de ingresos

Las personas que defienden la igualdad de resultados a menudo citan una estadística llamada coeficiente de Gini, así denominado en honor al estadístico y sociólogo italiano Corrado Gini. Es un índice de desigualdad en mediciones tales como el ingreso. Un coeficiente de Gini igual a 0 indica total igualdad; un coeficiente igual a 1 indica completa desigualdad (como cuando una persona tiene todos los ingresos).

Varias instituciones, como el Banco Mundial y la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, buscan medir los coeficientes de Gini de los distintos países para así clasificarlos en función de su desigualdad. Tales clasificaciones sugieren que la mayoría de los países avanzados tienen coeficientes que van desde 0,25 hasta alrededor de 0,5, lo que significa un alto nivel de igualdad. La mayor desigualdad se presenta en los países de África, encabezados por Sudáfrica con un coeficiente de alrededor de 0,7.

Debemos ser escépticos acerca de estos cálculos e incluso más ante la sugerencia de que los ingresos en países de alto coeficiente deben ser forzosamente igualados. En primer lugar, pocos países tienen datos fiables sobre los ingresos, lo que hace que el coeficiente de Gini sea a su vez una medida poco fiable (tal vez por ello las diferentes instituciones que lo calculan llegan a diferentes resultados). En segundo lugar, grandes diferencias de ingresos pueden

reflejar tendencias sociales que en realidad son positivas. Podrían indicar un rápido crecimiento en nuevas tecnologías o un aumento de la prosperidad en las ciudades, el cual aún no ha llegado al campo. No tendría ningún sentido ahogar esta creciente prosperidad reduciendo los ingresos de los trabajadores informáticos que habitan en la ciudad a los niveles de ingreso de los agricultores con economía de subsistencia. Deberíamos, más bien, hacer que sea viable que las personas más pobres participen de esta prosperidad eliminando las barreras (como las restricciones a la libre circulación) que actualmente impiden que lo hagan.

Otro problema con las estadísticas es que comparan los ingresos brutos, haciendo caso omiso de los impuestos que paga la gente y los beneficios gubernamentales (asistencia social, pensiones, salud gratuita, entre otros) que reciben. Tomando un tipo de medición un poco diferente del Reino Unido, los ingresos brutos del 10% superior de los asalariados son casi 30 veces los del 10% inferior, lo cual se ve como una enorme desigualdad. Pero una vez que la gente ha pagado sus impuestos y recibido los diversos beneficios del gobierno, el múltiplo es un mucho más modesto: 6. La gente todavía cita la primera cifra para justificar una mayor redistribución, pero esto constituye un uso fraudulento de las estadísticas.

¿Igualdad de ingresos o riqueza?

La idea de que las personas deben obtener los mismos beneficios por su participación en la sociedad es lo que se conoce como igualitarismo. Pero puede ser difícil precisar el significado exacto de este término, en parte por sus propias contradicciones.

Los igualitaristas pueden llegar a ser vagos acerca de si quieren igualdad de ingresos o de riqueza. Si se refieren a que los ingresos deben ser iguales, tendrían que aceptar que es casi seguro que seguirá habiendo grandes diferencias de riqueza. Una persona puede ahorrar e invertir sus ingresos con prudencia y acumular capital y riqueza, mientras que otra con el mismo ingreso puede

despilfarrarlos o gastarlos en gratificaciones inmediatas. En poco tiempo, sus riquezas serían muy diferentes.

Además, si todos los empleos fuesen remunerados igualmente, habría una enorme sobredemanda de puestos de trabajo fáciles y agradables y una escasez tremenda de personas dispuestas a hacer los trabajos difíciles y desagradables. ¿Por qué alguien debería molestarse en trabajar duro si será recompensado igual que sus colegas holgazanes?

Y hay más respecto de un trabajo que el solo ingreso material. Existe lo que los economistas llaman la renta psicológica –tener compañeros agradables, por ejemplo, o trabajar en un buen lugar del país o en un sector de la ciudad cómodo y bien provisto–. Estas cualidades pueden ser de mucho valor para quienes las disfrutan, pero no son cosas que se puedan igualar.

Si, por otra parte, lo que los igualitarios quieren decir es que la riqueza debería ser igualada, aún podría haber grandes diferencias en los ingresos, en función de las habilidades y talentos de las personas y de la demanda de ellos por parte de los empleadores. Y si algunas personas ahorran y aumentan su riqueza, mientras que otros gastan y la reducen, sus fortunas pronto serán diferentes. ¿Qué se hace, entonces? Wilfred Pickles, el anfitrión de un popular show radial de concursos de 1950 en el Reino Unido, *Have a Go*, comenzaba por preguntar a los concursantes sobre sí mismos y sobre sus ambiciones. Uno de ellos dijo una vez: “Mi ambición es obtener todo el dinero del mundo y dividirlo por igual entre todos”. Hubo un fuerte aplauso por este sentimiento caritativo. Por desgracia, el concursante estropeó el efecto añadiendo: “Y cuando haya gastado mi parte lo volveríamos a hacer”. En un mundo cambiante, es difícil mantener igual la riqueza.

La igualdad de resultados, ya sea de ingreso o de riqueza, es por esto antinatural e inestable. El igualar cualquiera de ellos, y mantenerlos iguales, requeriría de un asalto masivo contra la libertad y la propiedad. Implicaría tomar por la fuerza la riqueza de algunas

personas y dársela a otros. Y hacerlo una y otra vez, para mantener las cosas de alguna manera más o menos iguales.

Hay algunos tipos de riqueza que son imposibles de dividir y redistribuir: una compleja fábrica en funcionamiento, que produce riqueza, podría ser dividida en sus componentes de ladrillos y maquinaria, pero en ese caso no produciría nada. Tampoco podría ser vendida con el fin de redistribuir el dinero –en un mundo de igual riqueza para todos, ningún individuo tendría los recursos para comprarla–.

Tales políticas de redistribución serían coercitivas y altamente ineficientes. Le negarían a la gente los frutos de su propio trabajo y erosionarían los incentivos para trabajar y ahorrar. Destruirían la riqueza en lugar de solo redistribuirla. Y se requeriría de un enorme poder político para hacerlas cumplir, poder que es incompatible con una sociedad libre.

La mecánica de la redistribución

Otro problema es decidir quién exactamente debería formar parte del proceso de redistribución. Habitualmente, los igualitaristas en los países ricos limitan sus propuestas a los residentes de su propio país o, como mucho, a un grupo de países similares. Esto se debe a que compartir el ingreso o la riqueza de manera equitativa con el resto del mundo significaría (incluso si fuera factible) una enorme caída en los estándares de vida para las personas en los países ricos. No es una política que prometa aceptación pacífica.

Los partidarios del igualitarismo en los países pobres, por el contrario, tienen por lo general una visión mundial de la igualdad: el repartir la riqueza de los países ricos, piensan, haría una gran diferencia para sus empobrecidas poblaciones. Pero eso es un sueño imposible, ya que los países más ricos nunca estarían de acuerdo.

Además, tampoco dicha redistribución aseguraría realmente una riqueza duradera para los pobres. La riqueza no es un “juego

de suma cero”. No hay una cantidad fija de riqueza, de manera tal que una persona pueda llegar a enriquecerse solo si a otra se le empobrece. La riqueza se crea a través de la innovación, la empresa, el comercio y la creación de capital. Destruir el capital productivo de aquellos que lo poseen no ayuda a quienes no lo tienen. Una mejor política es hacer frente a aquellas cosas que suponen desincentivos, tales como la guerra y el robo, que desalientan a las personas en los países más pobres a acumular capital propio.

Estas preguntas acerca de qué sería redistribuido –y acerca de quién y hacia quién– dejan en claro que jamás se podrá llegar a un acuerdo en cuanto a cómo debería ser una política de redistribución. Para la tarea de redistribuir debe existir un plan definido con el cual todos estén conformes. Sin acuerdo, la única manera de lograrlo es por la fuerza.

La sumisión forzada a la igualdad material mataría por completo la motivación de esforzarse por algo mejor. Dado que cualquier beneficio material que se obtenga a través de la innovación, del emprendimiento o del trabajo duro sería arrebatado, ¿por qué habrían de esforzarse las personas para tener logros? Y para la humanidad habría una pérdida aún más profunda. La empresa es creativa: el esfuerzo de las personas por producir mejores bienes y servicios resulta en nuevos productos, procesos y tecnologías que mejoran la vida de todos. Al asfixiar esa empresa y la creatividad, el igualitarismo liquida la posibilidad de mejoramiento continuo de las vidas materiales de todo el mundo.

IGUALDAD Y JUSTICIA

Dos significados de justicia

Muchas personas que están a favor de la redistribución de la riqueza o de los ingresos sostienen que es “injusto” que algunas personas sean más ricas que otras –y que unos pocos puedan ser mucho más ricos que los más pobres–. Esta “injusticia social” se ve

agravada por el hecho de que la riqueza de las personas no necesariamente refleja su “valor para la sociedad”.

Este argumento, sin embargo, se apodera de la palabra “justicia” –algo que todos aceptamos como bueno y deseable y algo que se nos debe a todos nosotros como seres humanos– y le da un significado completamente diferente, el de igualdad o equidad.

El significado original de justicia se refiere a la conducta que esperamos de cada quien. Si alguien incumple un contrato o roba, decimos que ha actuado injustamente, porque tal conducta está prohibida según el principio de no agresión y según nuestras normas legales y morales. En otras palabras, este significado de justicia, llamado justicia conmutativa, es acerca de cómo se comportan los seres humanos. Solo se aplica allí donde las personas actúan de forma deliberada. Si alguien contrae gripe o sufre una discapacidad física, es una desgracia, pero no es injusto, pues nadie ha actuado injustamente.

El segundo uso de la palabra “justicia”, a veces llamada la justicia distributiva, no es sobre la conducta entre los individuos, sino sobre la distribución de las cosas entre ellos. Sin embargo, en una sociedad libre, la distribución de la riqueza o de los ingresos existente es simplemente el resultado de la actividad económica voluntaria, donde cada quien sigue las normas legales y morales. No puede ser “injusto” porque nadie ha actuado injustamente. Nadie ha tenido la intención de que se produzca esto en particular; es solo un hecho de la vida².

“Valor para la sociedad”

El uso del término “justicia social” cae en el error de asumir que la sociedad es una especie de persona que decide el patrón de riqueza e ingresos. Pero la “sociedad” no tiene voluntad propia:

solo los individuos pueden tomar decisiones y actuar por ellos. Y estos tienen grandes desacuerdos en los asuntos de política social y económica. Una razón por la cual la idea de “justicia social” es atractiva para tanta gente es porque es extremadamente vaga en cuanto a cuál debería ser el resultado exacto y pasa por alto estos desacuerdos.

Cuando tratamos de profundizar en lo que debería ser una distribución de recompensas “socialmente justa”, se hace evidente la imposibilidad de llegar a un acuerdo al respecto. La mayoría de las personas está de acuerdo en que la *total igualdad de ingresos* no es el objetivo correcto, porque los individuos recibirían, entonces, las mismas recompensas sin importar cuán perezosos u obstruccionistas sean. Claramente, la recompensa debe tomar en cuenta el esfuerzo y los logros. Un punto de vista común, por lo tanto, es que en lugar de buscar una completa igualdad, las recompensas deben ser asignadas de acuerdo al “valor para la sociedad” de las personas.

Pero, entonces, ¿quién determinará el “valor para la sociedad” de una persona? La sociedad no es una persona y no tiene valores propios. La gente no puede atribuir “valor” a algo que no tiene valores propios. Solo los individuos tienen valores y esos valores son muy diferentes. De hecho, a menudo están en conflicto. Un grupo de personas podría valorar el rendimiento de un boxeador, mientras que otros pueden apreciar el de un violinista; es imposible decir que entrega más “valor para la sociedad”, porque no se puede comparar el disfrute de diferentes personas. ¿Cómo podríamos alguna vez establecer el “valor social” de una enfermera, de un carnicero, de un minero del carbón, de un juez, de un buzo de profundidad, de un inspector de impuestos, del inventor de un medicamento que salva vidas o de un profesor de matemáticas?

Distribución según el mérito

Otra sugerencia de los igualitaristas es que las recompensas deben ser distribuidas según el “mérito”. Pero, de nuevo, no hay manera

² | Este y los siguientes puntos están bien tratados en F. A. Hayek, *The Mirage of Social Justice*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1978.

objetiva de determinar el “mérito” relativo de personas diferentes y de cómo debe ser recompensado. Las distintas personas pueden tener opiniones muy diversas sobre cuán encomiables son las diferentes cualidades.

Además, hay problemas prácticos para establecer cuánto mérito hay involucrado en algo. ¿Debería recompensarse el “mérito” de alguien que invierte años de esfuerzo, pero fracasa, mientras se penaliza a alguien que aporta valor a millones por el hecho de haberlo conseguido gracias a un accidente afortunado? No queremos alentar el trabajo infructuoso: el progreso económico se trata de elevar el valor de lo que producimos y de reducir el sacrificio que demanda. Premiar a las personas por el sacrificio personal sería simplemente fomentar el sacrificio, no el servicio que se da a los demás. Ninguna economía puede funcionar de acuerdo con un principio como ese.

Las recompensas del *mercado* no reflejan los méritos morales y personales de los productores. Tampoco el tiempo y el esfuerzo que dedican a llevar sus productos y servicios al mercado. No importa si sus productos han requerido de años de trabajo e inversión o si han sido el resultado de un accidente afortunado. Las recompensas del mercado reflejan el disfrute y el valor que las personas entregan a los demás. Los clientes pagan a los productores por sus bienes y servicios porque los valoran. Y en ese sentido, muy real, las recompensas del mercado dependen del valor que las personas entregan a otros miembros de la sociedad. También reflejan la escasez y el talento de los productores, el número de clientes que quieren el servicio y la urgencia o importancia que los compradores atribuyen al hecho de tenerlo.

Distribución según necesidad

Otra sugerencia igualitarista es que los recursos deben ser distribuidos según “necesidad”. Pero, nuevamente, ¿quién decidirá lo que es “necesidad”? No hay ninguna línea evidente que separe a las personas necesitadas de las no necesitadas. Las situaciones

de las personas son muy variadas; tienen diferente riqueza e ingresos, pero esto puede fluctuar mucho. También viven en lugares más agradables o más desagradables, tienen diferentes capacidades físicas y mentales y trabajan con diferentes personas en diferentes empleos. A estos beneficios no financieros, como tener un empleo agradable en compañía de colegas amistosos, no se les puede poner cifras.

El que las personas sean o no “necesitadas”, entonces, es una cuestión de criterio y diferentes personas evaluarían la cuestión en modos distintos. La redistribución según las necesidades sería factible solo si a alguna autoridad política se le concediera el poder para determinar lo que es “necesidad” y actuar en consecuencia. Pero las personas en una sociedad libre no podrían ponerse jamás de acuerdo para entregar ese poder a alguna autoridad. Sería un poder total sobre sus vidas y dejarían de ser personas libres. Serían esclavos de esa autoridad.

Tampoco la existencia de necesidad crea una obligación para los demás. Una persona con insuficiencia renal podría necesitar un nuevo riñón. Pero eso no obliga a nadie a donar uno de los suyos. Los parientes cercanos pueden sentir el deber moral y familiar de donar e incluso extraños pueden sentirse movidos en ese sentido por compasión. Pero sigue siendo su elección. Podríamos fomentar y aplaudir ese tipo de acciones, pero una sociedad libre no puede obligar a las personas a hacer sacrificios con el fin de ayudar a los demás.

Una economía libre distribuye cosas, no a través de alguna obligación, sino de los valores que los compradores otorgan a los diferentes bienes y servicios que produce la economía de mercado. Si la gente prefiere pescado orgánico en lugar de pescado de cultivo, por ejemplo, o zapatos en lugar de sandalias, entonces eso es lo que se producirá. Y también distribuye recursos a través de los valores que la gente expresa en sus donaciones filantrópicas a otras. Tales decisiones se dejan a los individuos: la idea de que solo el Estado puede saber qué causas merecen apoyo es rechazada en una sociedad libre.

OTROS DAÑOS DEL IGUALITARISMO

Un resultado perjudicial del foco igualitarista sobre la “justicia social” es que eclipsa la idea y la realidad de la auténtica justicia conmutativa. Los principios básicos que hacen a una sociedad libre – como la igualdad ante la ley– se hacen menos claros y se devalúan por este nuevo término. Con la redistribución no puede haber igualdad en el trato a las personas: en lugar de tratar a todas las personas por igual, habría que tomar cantidades distintas de cada contribuyente y dar cantidades diferentes a cada beneficiario.

Los deseos materiales persisten

Aun cuando la verdadera justicia existe para resolver conflictos, la “justicia social” en realidad los crea. Una vez que un gobierno trata de redistribuir el ingreso en función de los méritos, la necesidad o el valor para la sociedad se encontrará siendo objeto de *lobby* por parte de muchos grupos de presión diferentes, todos alegando que sus recompensas deben ser incrementadas. Y dado que no hay forma real de decidir entre ellos, este conflicto político demandará resoluciones arbitrarias. La fuerza bruta, en última instancia, es la que decide las cosas, algo incompatible con una sociedad libre.

Y los individuos tratarán de encontrar formas en el sistema para beneficiarse a sí mismos y a sus familias. Esta fue, sin duda, la experiencia de la Unión Soviética, donde probablemente la mayoría de la población se involucró en algún tipo de actividad ilícita para mejorar su nivel de vida. La igualdad material forzada, simplemente, convierte a las personas, que normalmente respetarían la ley, en una nación de criminales.

El papel de los ricos

Las desigualdades de ingreso y riqueza también tienen funciones positivas.

El deseo de las personas de ganar más y de tal vez llegar a ser ricas es un poderoso incentivo. Las estimula a buscar mejores em-

pleos y a inventar, producir y distribuir mejores productos que benefician la vida de otras personas. Los ricos tienen un papel importante como pilotos de prueba de estos nuevos bienes.

La mayoría de los productos nuevos llegan al mercado como lujos –como aún no han establecido un mercado masivo, se producen en pequeñas cantidades a un alto costo–. Por lo tanto, son adquiridos y probados por las personas más ricas. La retroalimentación de esas personas permite a los productores establecer el nivel de la demanda del producto, así como dónde y cómo requiere mejoras. Esto les permite abandonar los productos defectuosos antes de comprometer grandes producciones y mejorar la calidad de aquellos que entran en el mercado masivo. De esta manera, la experiencia de los ricos, clientes pioneros, beneficia a todos.

Las personas con riqueza y altos ingresos tienen otros roles sociales importantes. Poseen los recursos para experimentar en producción y provisión de nuevos bienes y servicios, lo cual amplía las posibilidades de elección y alimenta el proceso de mejora. Pueden patrocinar proyectos de arte, educación e investigación que piensan que el gobierno descuida. Y tienen el respaldo financiero para desafiar a una autoridad opresiva mediante la propagación de nuevas ideas políticas que los funcionarios del gobierno pueden ver como muy amenazantes. Estas son consideraciones importantes si queremos preservar una sociedad libre.

La destrucción de capital

No todo el mundo es igualmente bueno para manejar los recursos productivos. Quienes optan por ser empresarios tienen que serlo: si van a obtener beneficios de sus empresas, necesitan saber cómo manejar los riesgos y reunir los recursos productivos para producir bienes mejores y más baratos. Pero la redistribución les quitaría recursos a estas personas calificadas para distribuirlos a otros. Eso supone una pérdida de capital y de creación de capital. Pero el capital es lo que hace productiva a

una economía; si se crea menos y si simplemente se consumen más recursos, la prosperidad de largo plazo de la sociedad inevitablemente decaerá.

La desigualdad también impulsa la mejora económica. Las grandes ganancias obtenidas por productores exitosos actúan como un imán, atrayendo personas y recursos donde más se puede ganar y alejándolos de los usos menos productivos y valiosos. De esta manera, las personas y los recursos son atraídos hacia donde aportarán más a los ingresos futuros. Se trata de un proceso continuo, dinámico y creciente. La desigualdad que tanta gente critica es, de hecho, la fuerza que conduce a las personas y recursos a sus usos más productivos, aumentando la prosperidad en todas partes. Si redistribuimos los ingresos en busca de igualdad, bloquearemos esa fuerza de atracción, y perdemos el valor futuro, la producción y el crecimiento que podría generar. Con tantas personas pobres que dependen del crecimiento de la economía, son ellas las que más sufrirían. ¿Cómo podemos llamar a eso “justicia social”?

Impuestos y bienestar

La completa igualdad de riqueza o ingresos podrá ser un objetivo imposible, pero muchos gobiernos, sin embargo, tratan de acercarse a ella con impuestos progresivos que fijan mayores tasas a las personas más ricas. Sin embargo, estos impuestos pueden ser muy perjudiciales. Al reducir las recompensas al emprendimiento y el esfuerzo, desalientan estas actividades útiles, así como el empleo y la mejora que crean.

Peor aún, estos impuestos a menudo gravan los ahorros y el capital. Los impuestos a los ahorros dejan a la gente con menos dinero para invertir en proyectos empresariales que aumentan la prosperidad de toda la sociedad. Los impuestos sobre el capital implican que se destinarán menos recursos a la creación de activos productivos, reduciendo la futura prosperidad de toda la comunidad.

En una sociedad libre, el comercio y el intercambio son completamente voluntarios. Los productores hacen dinero solo mediante la creación de productos y servicios que otras personas quieren y por los cuales están dispuestas a pagar. Las personas que se enriquecen no roban a nadie. No son culpables de ninguna injusticia. No permitiríamos que un ladrón les fuera a robar, argumentando que esto reduciría la desigualdad material: ¿por qué habríamos de permitir que los gobiernos lo hagan?

////////////////////



**LIBRE EMPRESA
Y COMERCIO**

////////////////////

LIBRE EMPRESA Y COMERCIO

////////////////////

LA ECONOMÍA DE LIBRE MERCADO

El sistema económico en una sociedad libre es la economía de libre mercado. Funciona a través del intercambio voluntario de bienes y servicios entre las personas –a veces directamente, pero habitualmente por medio del dinero–. Los individuos son libres de elegir cómo, cuándo, dónde y con quién trabajan, gastan, invierten, ahorran y comercian. Nadie es forzado a tomar parte de esas transacciones.

Reglas para promover la cooperación

La economía de libre mercado no es un sistema sin ley en el cual la gente puede hacer lo que se le antoje sin considerar las consecuencias para otros. El principio de no agresión aún prevalece. Y hay un marco legal que ampara la adquisición, tenencia e intercambio de la propiedad: los derechos de las personas sobre su trabajo y el cumplimiento de los contratos. Estas reglas cubren no solo el comportamiento de los individuos, sino también el de grupos como las sociedades, las compañías y las organizaciones benéficas. El rol del gobierno es mantener las reglas que protegen la propiedad de las personas y hacer cumplir sus contratos.

Sin embargo, este rol es limitado. Las reglas no están para dirigir el comercio, sino para facilitararlo. Son como un brasero que

contiene el fuego. Es importante que la energía de la economía de mercado no sea apagada por normas y regulaciones excesivas. Las reglas básicas de propiedad, intercambio y contrato permiten a las personas cooperar, como sea que elijan, en beneficio mutuo, sobre la base de la confianza y la seguridad. Esto fomenta una mayor cooperación económica y multiplica los numerosos beneficios que de ella provienen.

Los beneficios del intercambio voluntario

Es fácil imaginar que solo los vendedores se benefician del comercio. Después de todo, terminan con más dinero cuando hacen un negocio, mientras el comprador termina con menos. Esto hace pensar a algunas personas que los vendedores son codiciosos e interesados en su propio beneficio y no en los demás.

Esto es un error. ¿Cuál, después de todo, es el sentido del dinero? En los días en que el dinero estaba hecho de oro y plata, al menos tenía cierto uso como metal que podía ser convertido en joyería y adornos. Pero el dinero hecho de papel y metales comunes tiene pocos otros usos. La única cosa útil que se puede hacer con él es intercambiarlo por otros bienes y servicios.

En otras palabras, el dinero es un medio de intercambio. Un comprador lo canjea por un bien o servicio; el vendedor, a su vez, lo hace por bienes y servicios distintos de otra persona. Ambos consideran haber ganado con el trato. De lo contrario no lo habrían hecho.

Cómo el comercio crea valor

Dado que nadie cambiaría una cosa por otra que vale menos, ¿cómo pueden ambos salir ganando? La razón es que el valor, como la belleza, está en los ojos de quien la mira. No se trata de alguna cualidad científica de los objetos, como el peso o el tamaño. Es más bien lo que cada individuo piensa de ese objeto. La gente de un país lluvioso daría poco valor a un vaso de agua; pero quienes están en el desierto lo considerarían muypreciado. Una nueva

vestimenta de moda podría ser algo de obligada adquisición para adolescentes, mientras sus padres podrían verla ridícula.

Es precisamente porque los seres humanos diferimos en cómo valoramos las cosas que cada cual puede ganar en el intercambio. Un cliente que compra un pollo a un comerciante en el mercado valora el pollo más que el dinero que intercambió por él. Pero el comerciante valora más el dinero que el pollo. Y cuando usa este dinero para comprar otras cosas, como pan, ocurre lo mismo: valora el pan más que el dinero que el panadero pide por él. Los tres han ganado, razón por la cual todos voluntariamente estuvieron de acuerdo en esos intercambios.

De hecho, *cuanto mayor* sea la diferencia de valor que otorguen al pollo, al dinero y al pan, más gana cada uno con el intercambio de ellos. Todo lo que necesitan es estar de acuerdo en las reglas que aplican para intercambiar las cosas –reglas de propiedad, honestidad y el contrato que forman el marco de la economía de libre mercado–. Salvo esto, las partes, en cada intercambio, persiguen exclusivamente el propio interés: cada cual hace sus intercambios en beneficio propio, no en beneficio de la otra persona.

Sin embargo, al seguir estas reglas, cada uno inintencionalmente beneficia a otros, como guiado por una “mano invisible”, como sugirió Adam Smith¹. Así, motivados únicamente por el interés propio, se produce una mutua cooperación totalmente voluntaria.

A través del dinero como medio, cada uno de nosotros puede ahora comerciar –y cooperar– no solo con otros en el mismo mercado, sino que con millones más en países que jamás visitaremos, cuyos idiomas no hablamos y cuyas culturas y políticas podemos incluso desaprobamos. En estas incontables transacciones diarias, cada parte gana. La gente coopera. Se crea valor. Los seres humanos mejoran su situación. La humanidad prospera.

El pobre es el que más gana

Es tan natural y beneficioso este sistema de libre intercambio, que se ha extendido por todas partes. Incluso existe en forma ilícita, o es tolerado, en países que rechazan ideológicamente el libre mercado. Muchos países (incluidos varios en Asia) que conceden a sus ciudadanos poca libertad en los asuntos sociales y personales, les permiten, sin embargo, una considerable libertad económica.

De hecho, el comercio y las transacciones fueron factores importantes en los primeros años del mundo islámico y en su posterior expansión. La apertura de las rutas de comercio mundiales creó la enorme riqueza de la Europa renacentista, que a su vez produjo un florecimiento del arte, la cultura y el conocimiento. Las Américas prosperaron a través de sus vínculos comerciales con Europa y luego con China.

Pero no son los ricos los más favorecidos por esta creciente marea de prosperidad humana. Donde la libertad económica se ha extendido, el nivel de vida de los pobres ha aumentado. Como dijo el economista estadounidense Milton Friedman, un sistema de agua corriente para los hogares era un lujo inimaginable en la Roma imperial; pero un senador romano no tenía necesidad de ello porque tenía sirvientes que corrían para llevarla². Los pobres de la Roma imperial vivían en la miseria; pero los pobres de la Roma moderna dan por sentada la disponibilidad de agua caliente y fría en sus casas.

Este efecto se puede ver claramente en la reciente apertura al comercio internacional y la difusión de los principios del mercado en países como China e India. En solo tres décadas, como resultado de esto, quizás un billón de personas o más han salido de la extrema pobreza. Millones más ahora pueden aspirar a ser parte de la clase media y a disfrutar de lujos como teléfonos móviles,

¹ | Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 1776, Tomo IV, Cap. II, párr. IX.

² | Milton Friedman y Rose Friedman, *Free to Choose*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, p. 147.

televisores y transporte automotriz –y, de hecho, a trabajar en oficinas frescas, secas y cómodas, y en fábricas, en lugar de hacerlo a la intemperie en el campo–.

CÓMO HACERSE RICO

Los productores tienen que servir a los clientes

En una sociedad libre, los clientes eligen. No están obligados a comprar a ciertos productores en particular, tales como los monopolios dirigidos por los gobiernos o sus amigos. Los proveedores pueden tratar de coludirse para aumentar los precios, pero es difícil hacerlo, pues cualquiera de ellos podría engañar al resto reduciendo sus precios para atraer a más clientes. Mientras tanto, otros proveedores son libres de entrar al mercado y competir con las empresas que están tratando de mantener los precios altos.

Por consiguiente, en una economía de libre mercado auténticamente competitiva, los productores no tienen poder para aprovecharse de sus clientes. A menos que produzcan lo que quieren los clientes, con la calidad que quieren y a un precio atractivo, no tardarán en perder el negocio. Los individuos no son prisioneros del poder de las corporaciones. Al contrario, los productores solo sobreviven respondiendo a las cambiantes demandas del público.

Una empresa puede ser grande, pero aun así enfrenta competencia. Una firma grande probablemente hace muchos productos diferentes y se dedica a muchos negocios distintos. Pero no solo se enfrenta a la potencial competencia de otras grandes empresas, sino también a la de muchas empresas más pequeñas que pueden competir por determinadas áreas del negocio. Las empresas más pequeñas, con menos gastos generales, podrían ser capaces de producir mejor o a más bajo costo algunos de los productos de las grandes. Las empresas nuevas e innovadoras podrían hacer nuevos productos que dejan obsoletos a uno o más de los productos de las grandes empresas.

Es un mito, por ello, que el capitalismo lleva a que las empresas sean cada vez más grandes y, finalmente, a monopolios, ya que las empresas buscan las economías de escala. Esto también tiene su costo: las grandes organizaciones son muy difíciles de manejar y tienden a operar lentamente. Es ilustrativo examinar cualquier revista occidental de, digamos, hace cincuenta años. Pocas de las empresas que hacían publicidad en esa época aún existen. Fueron superadas por competidores que comenzaron siendo pequeños pero más innovadores o eficientes en términos de costos.

Duración del poder económico

Como se ha visto, no hay una continuidad intergeneracional en el poder económico de las empresas ni en las personas que las dirigen. Los individuos pueden hacerse ricos en una economía libre, pero solo en la medida en que sirven al público y atraen a los clientes. De hecho, “de mangas de camisa a mangas de camisa en tres generaciones” es un fenómeno común en las sociedades más libres: las personas crean empresas y ganan dinero para sus familias, pero para cuando los nietos entran en el negocio, la competencia de otras empresas ya ha comenzado a dejarlas fuera del negocio.

Este es un sistema mucho más justo que aquel donde las élites controlan el acceso tanto al poder político como al económico y se aseguran de que ellos y sus familias se mantengan aferrados a él. En una economía libre, cualquier persona con talento y determinación puede aspirar a crear riqueza, siempre que sirva a los demás. La posibilidad de llegar a ser rico no está reservada para los amigos, la familia o el partido de los que están en el poder, ni a los de determinados grupos étnicos o religiosos. De hecho, algunas de las personas más prósperas de las sociedades libres son inmigrantes, que llegan con diferentes experiencias e ideas y producen nuevos productos o servicios que la gente está dispuesta a comprar.

PREGUNTA:

¿No son la competencia, ganancias y publicidad un desperdicio?

No. La ganancia es lo que estimula a las personas, lo que motiva a buscar oportunidades y crear los productos y servicios que otras personas voluntariamente optan por comprar. Las ganancias también indican que los recursos están siendo utilizados para producir bienes o servicios que la comunidad valora más que las propias materias primas.

La publicidad es importante porque informa a la gente acerca de nuevos productos y mejoras a los productos existentes. La competencia da a la gente alternativas entre diferentes productos y lleva a los proveedores a innovar y a ofrecer una mejor calidad a menor costo. Sin competencia, los consumidores serían impotentes. Tendrían que tomar lo que el proveedor monopólico ha querido suministrar o quedarse sin ello.

Dónde hay un gobierno poderoso que puede dispensar favores a sus amigos, la gente de negocios tratará de utilizarlo para su propio beneficio. Pueden buscar regulaciones que mantengan fuera a los competidores o incluso un total monopolio. Aunque podrían tratar de justificar esto diciendo que protegerá a la gente de productos de calidad inferior, el verdadero motivo es acaparar el mercado. Pero esto les daría un poder coercitivo que es incompatible con una sociedad libre. Los gobiernos no deberían tener el poder para sesgar los mercados y crear monopolios; más bien, su papel debería ser el de ampliar la libertad y la competencia.

Emprendimiento

El éxito en una economía libre no siempre es cuestión de trabajar duro, pese a que ello a menudo ayuda. Es necesario proveer los

bienes y servicios que otras personas quieren y están dispuestas a comprar. Eso puede implicar tomar un riesgo –adivinar qué nuevos productos demandará la gente– y organizar una cadena de producción que puede involucrar a muchos otros proveedores, trabajadores y distribuidores. Comparativamente, pocas personas están dispuestas a asumir estos riesgos y responsabilidades; pero el poder anticiparse exitosamente a la demanda y la organización de los sistemas de producción, redes y esfuerzo constituyen la contribución real de estos *emprendedores*. Corren grandes riesgos y si la gente efectivamente compra sus productos, son bien recompensados.

Eso, a su vez, estimula la productividad y la innovación. Motiva a la gente a crear productos y procesos nuevos y mejores, con la esperanza de que ellos también alcanzarán la riqueza que anteriores emprendedores han adquirido. Y estas mejoras e invención constantes benefician a los clientes y, por tanto, a toda la sociedad. Las invenciones que ahorran trabajo o que mejoran las vidas de las personas fomentan la prosperidad y reparten la riqueza mucho mejor que cualquier esquema de asistencia social del gobierno.

Los clientes se benefician de los bienes y servicios que nunca podrían encontrar o producir por su cuenta. Se requiere de mucha investigación y conocimiento, por ejemplo, para desarrollar y suministrar un medicamento eficaz. Es poco probable que los individuos tengan los conocimientos químicos y biológicos y los conocimientos de fabricación necesarios. Pero las firmas farmacéuticas especializadas sí. Incluso los farmacéuticos locales pueden acumular conocimientos especializados sobre el uso, la eficacia y los efectos secundarios de tal vez quinientos o más medicamentos en sus inventarios. Los clientes no podrían adquirir tal conocimiento especializado –ciertamente, no– si también deben ser expertos en comida, bebida, ropa, zapatos y todas las otras cosas que necesitan en su vida diaria.

Los emprendedores pueden acumular riqueza. Pero no lo hacen a expensas de los demás. El dinero que ganan solo proviene

de los pagos voluntarios de sus clientes. Se enriquecen solo por ayudar a los demás y no gravando o explotando a la gente. Y mantendrán su riqueza solo mientras continúen sirviendo al público. Para seguir ganando, deben entender a sus clientes y anticiparse a sus necesidades. Por lo tanto, siempre están buscando un nicho vacío y tratando de llenarlo. Es un proceso constante de tratar de mantener a los clientes satisfechos.

Ganancia y especulación

La expectativa de ganancia, entonces, estimula a los productores –pequeños y grandes– a tomar riesgos, innovar, organizar y trabajar para servir a otras personas.

Muchos críticos de las economías libres menosprecian la idea de “ganancia” - pero en realidad todos buscamos ganancias-. Sacrificamos algunas cosas con el fin de ganar algo que valoramos más. Por ejemplo, gastamos tiempo y esfuerzo limpiando con el fin de tener una casa limpia y ordenada. Valoramos más la casa limpia que el esfuerzo de limpieza: la diferencia es nuestra ganancia. No es un beneficio financiero: en cierto modo, es lo mismo que un empresario que compra suministros y produce algo que vende por una cantidad mayor al costo de los insumos. Incluso cuando nos involucramos en proyectos comunitarios o filantrópicos –servir en una junta escolar, por ejemplo– lo hacemos en beneficio de nuestros propios fines, incluso si estos se traducen en que queremos ver que todos los niños locales tengan una buena educación. Eso también es ganancia (no financiera) para nosotros. Pero es solo la ganancia financiera la que los críticos parecen advertir y la que les causa aversión. Esto es ilógico e incoherente.

Lo mismo es válido para las críticas a la *especulación*. En realidad, la especulación no se limita a los mercados financieros. Todos somos especuladores. Los agricultores plantan semillas con la esperanza de obtener una cosecha que encuentre un (buen) mercado. Vamos a la escuela para obtener calificaciones que esperamos nos hagan más capaces de conseguir un empleo. Estas son operaciones especulativas.

En el mundo financiero, la especulación es de gran importancia. Los buques no navegarían si las compañías de seguros y las reaseguradoras no estuviesen preparadas para especular y correr un riesgo al apostar por la seguridad de su viaje. Mucha de la producción moderna depende de contratos amplios y a largo plazo, tales como los acuerdos de suministro o los contratos para la construcción y mantención de una fábrica. Un productor no puede razonablemente asumir todo el riesgo en forma individual, así que invita a otros a comprar acciones de la empresa. Esta es otra forma de especulación. En los mercados de valores, los especuladores compran y venden con la esperanza de obtener ganancias, pero para ello necesitan tener conocimientos especializados sobre las empresas que se están transando y sobre sus perspectivas a futuro. Estos conocimientos aportan información útil al mercado y ayudan a que los precios alcancen su nivel adecuado más rápidamente de lo que lo harían sin ellos, haciendo a todo el mercado más ágil y eficiente.

Obtener ganancias no es lo mismo que ser codicioso. La gente busca ganancias por su interés propio, pero eso no es lo mismo que la codicia. Cierta dosis de interés propio es esencial si queremos sobrevivir, evitar lesiones y nutrir nuestros cuerpos. Pero la codicia es un concepto moral, que indica que alguien está excesivamente interesado en sí mismo, en detrimento de los demás. En una sociedad libre, los productores pueden satisfacer su propio interés solo ayudando a los demás.

Negocios y relaciones

Por muy cruciales que sean, los negocios no son todo en la vida. Incluso la gente de negocios más trabajadora en una sociedad libre tiene familia y otros intereses, tales como deportes, pasatiempos o grupos y asociaciones con inquietudes compartidas. Solo se necesita ver a países capitalistas como Italia, donde las relaciones familiares son muy fuertes, para darse cuenta de que la familia y la economía de mercado son perfectamente compatibles.

Hacer negocios no justifica tratar a los demás con crueldad y, ciertamente, no justifica hacer daño a otros –esto se rige por el principio de no agresión–. Y muchas de las relaciones más gratificantes son en realidad con colegas en el lugar de trabajo. Una economía de libre mercado también promueve las relaciones sociales de otras maneras. Da a la gente la riqueza y el tiempo necesarios para dedicarse a otros intereses, como organizaciones religiosas o comunitarias y causas filantrópicas.

CÓMO FUNCIONAN LOS MERCADOS

El sistema de telecomunicaciones del precio

La mayoría de los mercados funcionan a través del dinero como medio de intercambio. Puede haber intercambio directo –trueque o canje– sin él; pero el dinero aporta comodidad. Un vendedor puede intercambiar un bien o servicio por dinero y luego buscar el valor más conveniente antes de intercambiarlo por otros bienes y servicios. Esto significa que los barberos que tengan hambre no tienen que salir a buscar a panaderos que necesiten cortes de pelo para hacer el trueque.

Los precios usualmente se expresan en dinero. No son un estándar de valor, pues el valor existe en la mente de quienes están involucrados en el negocio y las diferentes personas valoran la misma cosa de diferente manera. Sin embargo, los precios revelan algo acerca de la demanda de la gente por los productos y acerca de su escasez. Reflejan el ritmo al que la gente está dispuesta a intercambiar una cosa por otra.

Como indicador de escasez, los precios son difíciles de superar³.

Y no solo revelan dónde hay una alta demanda. Los precios altos también inducen a los proveedores a satisfacer esa demanda. Al ver los precios altos, los productores entran en el mercado para capturar el potencial de ganancias, concentrando recursos, como el trabajo y el capital, en la satisfacción de la demanda. Los precios bajos, de manera similar, indican que la demanda es débil y que los recursos se emplearán mejor en otro lugar.

De esta forma, los precios desempeñan un papel vital en una economía libre, ayudando a ubicar recursos donde la necesidad de ellos es más alta y retirándolos de donde hay excedentes. También ayudan a evitar el desperdicio: para obtener la más alta ganancia, los proveedores necesitan encontrar los insumos más rentables. Esto ayuda a conservar recursos y a asegurarse de que se utilicen de la manera más productiva posible.

Este efecto se extiende de un mercado a otro a través de toda la economía y de hecho por todo el mundo. Por ejemplo, supongamos que se descubre un nuevo uso para el estaño. Los fabricantes, entonces, comienzan a demandar más estaño. Estarán dispuestos a pagar más por él que antes. Los altos precios van a inducir a las empresas mineras a producir más estaño y a los mayoristas a proveerlo. Pero igualmente, otros usuarios del estaño empezarán a buscar sustitutos, en lugar de pagar los precios más altos. Demandarán más de esos sustitutos y su precio aumentará. Eso anima a producir más de los sustitutos y lleva a los usuarios a buscar sustitutos para esos sustitutos.

De esta forma, los precios transmiten información acerca de la escasez en todo el sistema económico. El economista y premio nobel F. A. Hayek llamó a esto el “vasto sistema de telecomunicaciones” del mercado, el cual está constantemente revelando dónde hay excedentes y escasez y diciendo a la gente dónde es mejor comprometer esfuerzos y recursos.

³ | Estos puntos están bien tratados en F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1949. Para un breve resumen, véase Eamonn Butler, *Friedrich Hayek: The Ideas and Influence of the Libertarian Economist*, Harriman House, Petersfield, 2012.

Los mercados no pueden ser perfectos

Al leer un libro de economía, se puede tener la impresión de que los mercados se basan en la “competencia perfecta”, entre un gran número de proveedores idénticos que venden productos idénticos a clientes idénticos. No es así. Estas son solo abstracciones teóricas. En realidad, los mercados operan –y solo pueden operar– porque la gente y los productos son *diferentes*.

Si todo el mundo compartiera los mismos valores, nadie volvería a negociar nada. Ambas partes valorarían los bienes de forma idéntica, por lo que no habría ninguna razón para cambiarlos. El intercambio se da solo porque no estamos de acuerdo en el valor. Y si cada proveedor ofreciera idénticos productos a iguales precios, no habría para los clientes nada que elegir entre ellos. Ningún proveedor podría vencer a la competencia y obtener altas ganancias.

Pero las ganancias más altas son lo que impulsa a los empresarios a superar a la competencia. Lo hacen abaratando su producto –por ejemplo, mediante la racionalización de la producción–. Pero más importante es que lo logran mejorando su propio producto. Innovan y diferencian sus productos. Dan a los consumidores algo nuevo y mejor que los viejos bienes a los que están acostumbrados. Y destacan esos cambios esperando que los compradores de hecho prefieran sus productos.

Esto hace al libre mercado increíblemente dinámico –no estático, congelado e inmóvil, como los gráficos de oferta y demanda del libro–. Los proveedores están constantemente innovando para hacer productos más atractivos y los clientes están, también constantemente, buscando mejoras.

La imposibilidad de la planificación central

Los intentos del gobierno de dirigir la economía y producir los bienes que la gente quiere no pueden igualar el dinamismo de este sistema de mercado.

Hay pocas presiones sobre los monopolios públicos para innovar.

Tampoco pueden los burócratas de gobierno saber lo que las personas realmente quieren y valoran. Pueden realizar encuestas de opinión ocasionales, pero eso está muy lejos de la constante competencia del mercado, en el que las decisiones de compra de los consumidores dan a los productores la información minuto a minuto sobre su demanda.

Para tener éxito, los empresarios tienen que entender a sus clientes. No pueden esperar años para conocer su opinión sobre todo un conjunto de productos, como lo hacen los gobiernos para las elecciones. Necesitan mantenerse atentos a lo que quieren los consumidores y al costo y disponibilidad de los suministros e insumos. Un agente inmobiliario, por ejemplo, necesita saber lo que está sucediendo en el mercado inmobiliario local –qué compradores potenciales están interesados en ciertos tipos de vivienda, por ejemplo– no solo de mes a mes, sino día a día e incluso cada hora. Ninguna autoridad central podría siquiera recopilar esta información, que cambia rápidamente, y menos aún actuar al respecto antes de que todo cambie nuevamente.

Algunas personas piensan que porque una economía libre no se planifica centralmente debe ser azarosa e irracional. De hecho, los mercados son muy ordenados. Siguiendo las reglas acordadas de propiedad e intercambio, las personas son capaces de operar y cooperar, y anticiparse a las acciones de los demás, con gran certidumbre. Los mercados son también más racionales. Utilizan la experiencia y el conocimiento locales de millones de personas, todas haciendo sus propios planes y ajustándose a los cambiantes planes de los demás. Hay mucha más planificación en una economía libre que en una centralmente controlada, solo que se da a nivel de los individuos en lugar de darse a nivel estatal.

PREGUNTA:

¿Pero, no es verdad que ha habido una falla y los mercados libres no han protegido el medioambiente?

No. No ha habido una falla de los mercados. Simplemente no existe un mercado de bienes ambientales del ser humano. Los mercados funcionan bien cuando las cosas escasean y cuando los que no pagan pueden ser excluidos, no cuando hay abundancia y los que no pagan no quedan fuera.

Sin embargo, la gente está empezando a ver que también puede haber un mercado en bienes medioambientales. En lugar de permitir que los inventarios de peces sean explotados hasta acabar con ellos, muchos países en la actualidad han fijado un límite sustentable y otorgan permisos para la pesca de una parte del total. Los permisos son negociables y ha emergido un mercado rápidamente, lo que ha promovido la eficiencia a la vez que ha permitido mantener altos inventarios.

Y a medida que la gente se hace más rica gracias a la economía de libre mercado, puede darse el lujo de cuidar mejor el medioambiente. China está afectada por una seria contaminación ocasionada por sus industrias, pero la gente en ese país valora el crecimiento económico básico más que el lujo de un aire limpio. A medida de que se haga más rica, como ha sucedido con todos los países antes que China, habrá un cambio en los estándares y este país podrá pagar el costo de procesos industriales más limpios que contaminan mucho menos.

Empresas patrocinadas por el Estado

Pocos estados hoy en día creen que pueden poseer y administrar toda la actividad productiva de su nación con eficacia. La mayor parte de las economías del mundo son “mixtas”, en las que los gobiernos poseen solo algunas industrias e intentan dirigir

y gestionar la producción de otras a través de la planificación, regulaciones, subsidios, impuestos y participaciones estatales.

El siglo XX fue testigo de que muchos países nacionalizaron sectores industriales considerados de una particular importancia estratégica. Muchos países siguen teniendo la propiedad y el control de estas industrias, las cuales pueden incluir las telecomunicaciones, el transporte, la banca, los servicios públicos, la minería y mucho más.

Por desgracia, la propiedad estatal de tales industrias casi siempre crea un monopolio del gobierno. Tales monopolios suelen ser demasiado grandes como para ser manejados con eficacia. Da lo mismo si un monopolio es público o privado; invariablemente, se hará más grande e indolente y entregará un mal servicio a un alto costo.

La importancia estratégica de estas industrias no es en absoluto razón para que el Estado tenga que poseerlas. Los bancos de la mayoría de los países más ricos son privados: de hecho, el convertirlos en monopolios estatales rápidamente arruinaría a los bancos, a las empresas y a las familias que dependen de ellos. Las empresas comerciales, que operan como proveedores del gobierno o que negocian directamente con los consumidores, entregan hoy gran parte de las telecomunicaciones, transporte y servicios mundiales. Muchos países han privatizado sus empresas de propiedad estatal, reconociendo que estos importantes servicios pueden ser mejor provistos por empresas competitivas capaces de contribuir con su experiencia de gestión privada y capital privado.

Los gobiernos han aprendido, sin embargo, que pueden controlar las industrias sin poseerlas. Pueden, simplemente, comprar una participación en una empresa importante (y nominalmente de propiedad privada) y usar sus derechos como accionistas para controlar lo que hace la empresa y quién es nombrado en el directorio. A veces los gobiernos también se dan a sí mismos “acciones de oro”, que les dan la última palabra en cuestiones clave.

Esta interferencia subrepticia es rechazada en una sociedad libre. Equivale a propiedad estatal y expropiación, al permitir a los gobiernos tomar decisiones para la industria sin tener que comprarla. Los propietarios –incluyendo a las personas comunes y corrientes que pueden invertir sus ahorros y pensiones en empresas de primera línea– son, en efecto, víctimas de robo. Y las oportunidades de corrupción abundan –los amigos pueden ser recompensados con posiciones lucrativas en directorios, las fábricas pueden ser ubicadas en zonas privilegiadas y la producción puede ser usada para beneficiar a los partidarios–.

Los gobiernos también pueden tomar el control efectivo de las empresas privadas a través de la regulación. Las regulaciones pueden limitar o dictar cómo operan las empresas, lo que producen, cuánto pueden cobrar, dónde pueden invertir y crear puestos de trabajo, cuánto deben pagar a sus trabajadores y mucho más. Este tipo de control estatal de los recursos privados es muy común, incluso en países que se autodenominan libres. Pero es completamente contrario al principio de propiedad privada, que es el fundamento esencial de una sociedad auténticamente libre.

EL COMERCIO INTERNACIONAL

Comercio versus proteccionismo

Los beneficios que se derivan del libre comercio entre los individuos de un mismo país también se generan cuando la gente comercia a través de las fronteras internacionales. El comercio permite a los países especializarse en lo que mejor saben hacer y enviar sus excedentes a los países que están en mejores condiciones para hacer otras cosas. Una gran proporción de las flores del mundo, por ejemplo, se origina en Kenia, donde el suelo y el clima son buenos para su cultivo; a su vez, Chile, Australia y Francia se conocen como los principales productores de vino, por

sus condiciones de tierra y clima y por la experiencia que han acumulado. India, con su mano de obra relativamente barata, pero bien educada, se ha convertido en un país importante para los servicios y la producción de tecnologías de información. El comercio internacional permite a las personas especializarse y acumular capital, como herramientas y equipos, para hacer su producción más rentable.

Y dado que lo que valoran las personas en países distintos difiere probablemente mucho del valor que se da a algo en un mismo país, las oportunidades potenciales de ganancia mutua a través del comercio son mucho mayores. En la época medieval, por ejemplo, los viajeros europeos pagaban altísimos precios por productos como el té, que crecía con facilidad y en abundancia en la India y China, o por las especias, que eran baratas y comunes en el Oriente Medio. Hoy en día, la gente vuela alrededor del mundo para conocer la arquitectura de Venecia o la cultura de Tailandia, maravillándose de lo diferentes que son sus países de origen.

Una sociedad libre está abierta a los productos procedentes de todos los países. Reconoce los beneficios dinámicos del comercio y cómo este ayuda a difundir la prosperidad. La alternativa es el proteccionismo, mediante el cual los países tratan de proteger a sus propios proveedores, dejando fuera las importaciones de otros países. Esto les da a los proveedores nacionales una ventaja. Pero significa que a los consumidores domésticos se les niegan bienes y servicios mejores o más baratos que vienen del extranjero. Pagan más caro a los productores nacionales protegidos, tienen menos posibilidades de elección y deben conformarse con productos de peor calidad.

El proteccionismo es un desperdicio

Cuando un país produce algo que se podría producir mejor o más barato en el extranjero, desperdicia recursos (incluidos los ambientales). Adam Smith señaló que con invernaderos se pueden cultivar uvas en la fría y lluviosa Escocia, pero aproximadamente a

treinta veces el costo de su cultivo bajo la luz natural del sol de Francia. ¿Por qué malgastar recursos –tiempo, dinero y esfuerzo– en tratar de hacer algo uno mismo cuando otro lo hace mejor o más barato?⁴

No es extraño que los productores eficientes resientan que otros países traten de impedir la entrada de sus productos a través de prohibiciones, cuotas y aranceles. Bien podrían emprender retaliaciones incrementando sus propias barreras. Tales guerras comerciales no benefician a nadie. Es mucho mejor –particularmente para los habitantes más pobres de ambos países, que son quienes tienen más que ganar con las importaciones más baratas– si se eliminan todas las barreras y a las personas se les permite comerciar como quieran.

Lo mismo ocurre con la inmigración. En una sociedad libre, el gobierno no pondría obstáculos a las personas que se desplazan entre países. Los inmigrantes traen energía y nuevas ideas que benefician al país al que se mudan. Las olas de inmigración en Europa y en América del Norte, por ejemplo, crearon una enorme prosperidad. Eliminar los controles que han estado vigentes durante décadas puede no ser fácil y puede causar enormes problemas durante un tiempo: pero debería seguir siendo un objetivo fundamental para quienes creen en una sociedad libre.

El comercio libre en la práctica

Los países con regímenes de comercio abiertos crecen más rápido y prosperan más que los sin libre comercio. Basta considerar pequeñas ciudades de negocios, como Hong Kong y Singapur, ninguna de las cuales tiene muchos recursos naturales que las ayuden. En los años sesenta, eran tan pobres como muchos países de África y el Caribe, que tenían abundantes recursos. Hoy, gracias al comercio y a la libertad económica, son mucho más ricas.

La propagación del comercio ha reducido la pobreza en el mundo a gran escala. Algunas personas temen que permitir las importaciones, y la inversión extranjera en particular, dará lugar a la explotación de la población local –tales como las “maquilas” que producen zapatos o ropa–. La verdad es que nadie obliga a alguien a trabajar en las fábricas; pero la mayoría de la gente prefiere el trabajo en ellas por un salario regular al trabajo agotador en los campos, bajo un sol agobiador, por una paga incierta e inferior. En países como Vietnam, donde la inversión extranjera ha entrado, los trabajadores de la fábrica ahora pueden aspirar a ser propietarios de *scooters*, televisores y otros lujos que no soñaban antes.

Casi cualquier producto sofisticado de hoy –como un teléfono móvil o un computador portátil– implica recursos, técnicas y conocimientos reunidos de todas partes del mundo. Los diseñadores pueden vivir en California, pero la fabricación bien puede ser gestionada por gente en Hong Kong y llevada a cabo por otros en China. Los metales y otros materiales utilizados en el producto pueden ser extraídos de Asia, Australia y América del Sur. Los productos pueden ser transportados por líneas navieras basadas en Grecia o líneas aéreas basadas en los Países Bajos. Y los usuarios, por supuesto, están en todo el mundo.

A medida que las personas comercian con las de otros países, llegan a entenderlas mejor, o al menos a respetarlas. Los comerciantes no pueden permitirse el lujo de imaginarse superiores a los de otras naciones o razas. Para beneficiarse a sí mismos, tienen que comerciar pacíficamente con otros, como proveedores, colaboradores o clientes. El comercio internacional genera comprensión y paz, lo que acarrea sus propios y más amplios beneficios. No es de extrañar que las sociedades más libres y abiertas sean las que tienen el comercio más libre y abierto.

//////////

4 | Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 1776, Tomo IV, cap. II.



**PROPIEDAD
Y JUSTICIA**

////////////////////////////////////

PROPIEDAD Y JUSTICIA

////////////////////////////////////

En el capítulo 4 vimos que la “justicia” tiene un significado muy específico –cómo deben comportarse las personas con respecto a las demás, en lugar de cómo los frutos de sus acciones deben ser distribuidos entre ellas–. Pero las reglas que rigen la forma en que los individuos se comportan con respecto a los demás son complejas. Preservar y hacer cumplir estas normas de conducta requiere de ciertos valores e instituciones sociales –cosas tales como la propiedad, el estado de derecho y el respeto a los derechos de otras personas–.

PROPIEDAD PRIVADA

El significado de la propiedad

La capacidad de las personas de poseer propiedad es fundamental para el funcionamiento de una sociedad libre. La posesión de propiedad significa que se es capaz de mantener y controlar algo y –especialmente– que se tiene derecho a excluir a otros de ese algo. Se puede disfrutar de ella, alquilarla, venderla, regalarla o incluso destruirla, pero otras personas no pueden utilizarla o tomarla sin permiso. La propiedad no puede legítimamente serle arrebatada a su dueño.

Las personas pueden tener propiedades y también los grupos de personas, tales como las parejas casadas, las asociaciones empresariales, las corporaciones y los gobiernos y organismos públicos.

La propiedad no siempre es algo físico y fijo, como un pedazo de tierra o un edificio. Puede ser algo móvil como, por ejemplo, un animal de granja, un camión o una pieza de vestimenta. Puede ser algo no físico también. Puede ser la propiedad intelectual, como una marca registrada o los derechos de autor sobre algo que se haya escrito o grabado, o patentes para algo que se haya diseñado. Puede incluir acciones de una empresa, una deuda que alguien tiene con otro, o los ahorros de alguien. Puede tratarse de un contrato de arrendamiento para ocupar la tierra de otra persona por un tiempo determinado o el derecho de una estación de radio para utilizar una determinada frecuencia. La propiedad, por consiguiente, no es necesariamente algo fijo y físico.

La propiedad puede también ser creada. Un camión o una prenda de vestir se ensamblan a partir de componentes para hacer un nuevo elemento de propiedad. Un animal de granja se cría y alimenta hasta la madurez. Se escriben nuevos libros o se desarrollan nuevos paquetes de ahorro. La tecnología digital ha permitido la creación de un gran número de canales de telefonía móvil, una forma de propiedad completamente nueva.

Es importante destacar que la propiedad también incluye los derechos sobre nuestro propio cuerpo y nuestro derecho a disfrutar de los frutos de nuestro propio trabajo. En una sociedad libre, una persona no puede ser arrestada y encarcelada sin una buena razón. No se puede legítimamente obligar a nadie a trabajar para otra persona. Tampoco se permite robar lo que otro haya creado con su propia habilidad, talento, conocimiento o esfuerzo.

Propiedad y progreso

La institución de la propiedad privada es tan antigua como la humanidad, a pesar de que no siempre ha sido respetada. En la antigua Esparta, la idea de la propiedad personal era desdeñada.

Más recientemente, países como Rusia y China experimentaron con la propiedad colectiva de granjas y fábricas. Pero fue solo con la aceptación gradual de la propiedad privada, y su protección, que surgió el comercio moderno, trayendo un enorme aumento de la riqueza entre las naciones que lo practican.

Es fácil ver por qué. El ecologista Garrett Hardin escribió sobre “la tragedia de los comunes”¹. Cuando las personas poseen un recurso, están mucho más interesadas en su preservación y cuidado que cuando no lo poseen. La tierra de propiedad privada es mejor cultivada que la usada colectivamente. Las escaleras y espacios comunes de los bloques de apartamentos están a menudo sucios y en mal estado, aunque los apartamentos individuales pueden estar muy bien cuidados. Las personas no ven por qué deben gastar tiempo y esfuerzo en algo que no les pertenece, cuando otras personas podrían aprovechar los beneficios, incluso si no han hecho nada del trabajo que ha requerido.

La protección de la propiedad y el respeto por la posesión de la propiedad permiten que las personas acumulen capital productivo. Los agricultores están más dispuestos a plantar semillas, sembrar cultivos y comprar tractores si son propietarios de la cosecha resultante. Los empresarios están más dispuestos a correr el riesgo de invertir en fábricas, equipos y redes de producción si pueden decidir por sí mismos cómo se usa esa propiedad y saben que otras personas no tienen derecho a tomarla. Si los derechos de propiedad son protegidos y respetados, las personas acumulan capital productivo y la productividad aumenta, lo cual beneficia a toda la sociedad. Pero si la propiedad puede ser robada o destruida por otros, o alguien más puede tomar lo que se haga, no hay incentivo para que las personas inviertan sus habilidades, tiempo, dinero, esfuerzo y experiencia en la producción. De este modo, toda la sociedad sufre las consecuencias.

Propiedad y otros derechos

Los derechos y las libertades que disfrutaban las personas en una sociedad libre están anclados en la institución de la propiedad. Sin propiedad privada no puede haber derechos ni libertad.

Tomemos, por ejemplo, el derecho de las personas a expresarse libremente, a asociarse con otros y a participar en el proceso político. Si no existiera la propiedad privada –por ejemplo, si algún gobierno controlara todos los recursos–, ¿cómo podrían los candidatos preparar una campaña electoral? Para comunicar su mensaje, tendrían que arrendar salas de reuniones, imprimir folletos y difundir sus puntos de vista. Pero si el gobierno posee todos los lugares de reunión, controla el suministro de impresión y papel, y administra los medios de difusión, sería posible detener efectivamente la campaña de cualquiera². (De hecho, si el candidato ha sido crítico del gobierno o de sus políticas, la posibilidad de que eso ocurra es muy alta). Peor aún, si la gente no tiene la propiedad de su propia persona, no habría nada para evitar que el gobierno silenciara a sus críticos arrestándolos o incluso asesinandolos. (Es sorprendente, pero los ejemplos de esto son demasiado comunes).

Sin propiedad, no hay justicia. A menos que tengamos derechos sobre nuestro propio cuerpo, nuestro trabajo y nuestras pertenencias, nos los pueden quitar sin compensación. Si no tenemos derechos sobre nuestro cuerpo, podemos ser arrestados arbitrariamente, encarcelados y asesinados; si no tenemos derecho a nuestro trabajo, podemos ser esclavizados; si no tenemos derecho sobre nuestras posesiones, nos pueden robar. No habría ninguna protección frente a la injusticia.

¹ | Garrett Hardin, “The tragedy of the commons”, *Science*, 162(3859), 1968, pp. 1243–8.

² | Punto que queda bien demostrado en F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge, Londres, 1944.

Los beneficios morales de la propiedad

La propiedad y la protección de los derechos de propiedad proporcionan a las personas una importante defensa contra el poder del gobierno y contra la coerción de otros. Tener propiedad da al individuo la capacidad de protegerse a sí mismo y de tomar sus propias decisiones, modelar sus propios planes, perseguir sus propias ambiciones o expresar sus propios puntos de vista sin estar sujeto a la voluntad arbitraria de los demás, ya sean gobiernos o individuos.

La propiedad, y las reglas del comercio y el intercambio que se originan de ella, también permiten a las personas cooperar pacíficamente en beneficio mutuo. Les permiten vivir junto a otros y compartir tanto los recursos naturales como los frutos de sus trabajos, de acuerdo con las reglas acordadas, sin conflictos, violencia y coacción.

La propiedad no solo promueve la cooperación pacífica; hace que la cooperación sea una necesidad para cualquiera que desee mejorar su propia condición. Las personas no pueden simplemente tomar lo que quieren por la fuerza. La propiedad puede ser transferida –vendida, alquilada, compartida o regalada– solo con el consentimiento del propietario. Las sociedades más libres tienen mecanismos fuertes para proteger este importante derecho, tales como las normas sobre el pago de las deudas y el cumplimiento de los contratos. La gente libre considera esto como una manera más moral de transferir recursos que el que sean tomados por la fuerza o robados a través del fraude.

Una participación en la sociedad

No solo quienes son dueños de propiedad se benefician de todo esto. Al promover la inversión, la creación de capital y el comercio se beneficia toda la sociedad. Por ejemplo, los habitantes de la ciudad que no tienen tierra propia se alimentan gracias al incentivo de los agricultores para cultivar sus cosechas y realizar transacciones voluntarias con los clientes. Eso es gracias a los derechos

de propiedad sobre las tierras y los cultivos de los propios agricultores. Y el resultado contrasta sorprendentemente con los países en los que los derechos de propiedad no han sido protegidos –por ejemplo, como en la Zimbabue de Robert Mugabe, donde se alentaba a la gente a ocupar la tierra de los agricultores ya establecidos. Cuando los agricultores se fueron (la mayoría blancos), el resultado no fue una mayor prosperidad, sino menos prosperidad: sin reglas claras sobre la propiedad de la tierra, la producción cayó en picada y los habitantes de la ciudad se vieron desesperadamente desprovistos de alimentos.

En una sociedad libre, por lo tanto, la protección de los derechos de propiedad de las personas es un deber importante del gobierno. Les ayuda a protegerse de la coerción por parte de delincuentes y de élites poderosas o ricas. La institución de la propiedad privada da a todos una participación en la sociedad y un interés en la cooperación pacífica. Todos ganan con los derechos de propiedad que fomentan el que los recursos sean bien administrados y eficientemente utilizados, permitiendo la creación y mantenimiento de capital productivo. La tenencia de propiedad en una sociedad libre no es un privilegio especial de pocos. Está abierta a todo el mundo y beneficia a todos.

LAS REGLAS DE LA JUSTICIA

La búsqueda de la justicia

La palabra justicia hace referencia a las normas por las cuales se dan premios y castigos. Se basa en nuestros sentimientos humanos comunes sobre lo que la gente merece como consecuencia de sus acciones. Si un individuo daña deliberadamente a otros, por ejemplo, la mayoría de los seres humanos estará de acuerdo en que se debe compensar a la víctima y en que habrá un castigo por el crimen.

Las reglas de la justicia no son algo que podamos inventar por nuestra cuenta. Son parte de nuestra propia naturaleza.

Algunas personas creen que esta “ley natural” nos es dada por nuestro Creador y revelada a través de nuestra religión. Otros, como el economista y filósofo premio nobel F. A. Hayek, tienen un punto de vista evolutivo, argumentando que las reglas de la justicia han crecido con nosotros, dado que nos ayudan a vivir juntos y en paz como criaturas sociales. De cualquier manera, parece que tenemos sentimientos naturales acerca de la justicia que ayudan a promover la cooperación y una sociedad humana que funcione bien. Si no tuviéramos este tipo de sentimientos y no sintiéramos la injusticia –si no tomáramos ninguna medida cuando roban o asesinan a las personas, por ejemplo– no sobreviviríamos mucho tiempo.

El poder legislativo y el poder judicial de una sociedad libre, por tanto, no pueden dictar lo que la justicia debe ser. Es poco probable que cualquier norma que puedan soñar funcione mejor que aquellas que son parte de nuestra naturaleza. Todo lo que pueden esperar es descubrir cuáles son las reglas de la justicia³.

Uno puede ver esto en cómo operan la *common law* o los sistemas legales locales. Las disputas entre individuos –disputas por deslindes entre vecinos, por ejemplo– son llevadas a los tribunales. El tribunal debe decidir qué resolución sería justa, teniendo en cuenta las circunstancias particulares del caso. Un segundo conflicto por límites puede ser similar en algunos aspectos, pero no en otros, y el tribunal tiene que hacer otro intento por encontrar la resolución justa. Los jueces no llegan a una decisión arbitrariamente. Aplican principios de jurisprudencia a las nuevas situaciones. Y a través de un largo proceso de prueba como este, emerge gradualmente una comprensión común de cuál comportamiento entre vecinos se considera justo y de cuál se considera injusto.

La justicia no es ley, moral o igualdad

Una característica fundamental de las reglas de la justicia en una sociedad libre es que deben aplicarse por igual a todos. Diferentes personas en las mismas circunstancias deben ser tratadas de la misma manera.

Las leyes y la justicia no siempre son la misma cosa. Por ejemplo, las leyes no siempre tratan a las personas por igual. Pueden ser creadas por las élites, precisamente con el fin de ayudar a los amigos y dañar a los enemigos. Estas son leyes injustas.

Tampoco son lo mismo la justicia y la moral. Mucha gente podría considerar el sexo prematrimonial como altamente inmoral. Pero eso no lo hace injusto. No se perjudica a nadie por acciones consensuadas como estas, por lo que, en virtud del principio de no agresión, no es justo aplicar un castigo a los involucrados. Una vez más, las leyes que lo hacen son leyes injustas. Si la ley puede castigar a las personas por el mero hecho de que otros encuentren ofensivo su comportamiento, no habría libertad para ninguno de nosotros.

Del mismo modo, igualdad tampoco es lo mismo que justicia. El hecho de que algunas personas sean ricas y otras pobres no hace que una sociedad sea injusta. Una sociedad desigual puede ser tan justa como una igualitaria. Mientras las personas obtengan sus bienes legítimamente y sin coacción, estarán actuando de manera completamente justa.

Algunos críticos de la propiedad privada dicen que esta solo puede tener su origen en el robo. Esto no es cierto. Las primeras personas que reclamaron para sí un espacio desierto sin uso y no deseado no hicieron daño a nadie. Si luego se beneficiaron de la agricultura o del descubrimiento de minerales preciosos en él, pues han tenido suerte: nadie quedó en peor situación, por lo que no hubo injusticia alguna. Del mismo modo, si un empresario inventa un nuevo producto o proceso, y se hace rico con su venta a compradores voluntarios, nadie ha sido dañado: al contrario, todo el mundo se beneficia de la innovación.

³ | Este punto se trata en F. A. Hayek, *The Mirage of Social Justice*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1978.

La aplicación de la justicia

Un objetivo clave de una sociedad libre es reducir al mínimo el uso de la fuerza. Pero la justicia debe ser aplicada de alguna manera. Si unas personas dañan a otras, esperamos que sean castigadas, por ejemplo, con una multa o con prisión. Eso implica hacer uso de la fuerza contra el criminal. Si la justicia ha de prevalecer, cierta coerción es inevitable.

Una sociedad libre resuelve este dilema entregando el monopolio de la coacción a las autoridades civiles. Solo estas pueden usar la fuerza y, aun así, solo para la aplicación de la justicia y para la protección de los ciudadanos contra enemigos internos y externos. Está prohibido el uso de la fuerza por otros individuos.

Si el gobierno ha de tener el monopolio de la fuerza, este debe ser estrictamente limitado. Los gobiernos están formados por seres humanos y no se puede confiar en que alguno ejerza el poder coercitivo desapasionadamente. La tentación de utilizarlo para el interés propio es demasiado grande.

En consecuencia, el sistema de justicia de una sociedad libre incorpora reglas estrictas que limitan el poder coercitivo de las autoridades. Por ejemplo, debe haber normas fuertes sobre los poderes de las autoridades para investigar y arrestar, sobre cómo se tratan los casos y sobre cómo se aplican los castigos. Estas normas procedimentales se refieren a cómo se toman las decisiones, no sobre lo que se decida. Estas reglas deben ser cumplidas para que el proceso judicial sea considerado justo y equitativo.

Amenazas a la justicia

Este marco debe ser sólido si los individuos no han ser perseguidos injustamente por el poder coercitivo de las autoridades. Es fácil de deshacer, incluso por personas que creen estar actuando en interés de la justicia. Los jueces, por ejemplo, a veces piensan que su trabajo es producir una resolución justa en lugar de seguir las reglas procesales. Pero este tipo de *activismo judicial* coloca las opiniones personales de los jueces por encima de la

justicia. También hace que el resultado de los procedimientos judiciales sea impredecible: al mismo delito se le podrían dar diferentes castigos, según el juez a cargo. Y le da a quienes están en el poder una mayor influencia sobre los resultados judiciales: si pueden sobornar o intimidar a los jueces, pueden cambiar las penas aplicadas a las personas. Pero si hay reglas procesales firmes que deben ser seguidas en todos los casos, se contiene dicha influencia. Esta es una protección fundamental para quienes van a los tribunales.

Otro enfoque que socava la administración de justicia es la idea de “justicia social”. La creación deliberada de una distribución más equitativa de la riqueza y el ingreso está en contradicción con los principios de la propiedad y la justicia. Para lograr la igualdad de distribución, la propiedad tiene que ser quitada a algunas personas y entregada a otras. Las reglas de la propiedad, que dan a las personas el derecho a poseer bienes y disponer de ellos como quieran, deben, así, ser quebrantadas. Y de esta manera, una vez que demos a las autoridades tal poder arrollador, nadie estará a salvo. La empresa se verá frustrada también: ¿por qué alguien habría de tomar riesgos o gastar esfuerzo para adquirir propiedades si las autoridades pueden confiscarlas?

Sin embargo, las reglas precisas que deben aplicarse a la propiedad no siempre son evidentes. ¿Mi propiedad sobre un pedazo de tierra me da el derecho a explotar los minerales debajo de ella? ¿Me permite prohibirles a otras personas sobrevolarlo con un avión? ¿Puedo impedir que una fábrica cercana contamine mi aire con su chimenea? Estos detalles deben ser definidos⁴. Y en una sociedad libre lo son, al ser probados y afinados continuamente en los tribunales por jueces imparciales que tratan únicamente de identificar qué reglas de justicia en realidad están involucradas.

⁴ | Este punto es planteado por Milton Friedman y Rose Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, Chicago, IL, 1962.

Justicia natural

En una sociedad libre, toda la elaboración de leyes y la aplicación de estas deben atenerse a los principios de la justicia, principios tan arraigados en nuestra humanidad que se les conoce como *justicia natural*.

En primer lugar, la ley debe ser *conocida, clara y segura*. Si una ley es secreta o no deja de cambiar, los individuos no pueden saber si la están quebrantando y por eso no pueden protegerse a sí mismos del procesamiento.

Las leyes también deben ser *predecibles*. Las personas deben ser capaces de saber dónde son aplicables y dónde no y cuáles serán las consecuencias de quebrantarlas. Incluso en sociedades supuestamente libres, las leyes a menudo se introducen con un propósito –como contrarrestar el terrorismo o la delincuencia organizada– y luego se emplean para otro completamente diferente. Los ciudadanos podrían encontrarse frente a severas sanciones por lo que, de hecho, son delitos menores.

En segundo lugar, las leyes no pueden ser retroactivas. Solo pueden aplicarse únicamente a las acciones futuras. De lo contrario, las personas pueden verse sometidas a juicio por acciones que eran perfectamente legales cuando las llevaron a cabo. Así, algunas sociedades supuestamente libres fallan en esto. Por ejemplo, una ley de 2008 en el Reino Unido que prohíbe determinados esquemas de evasión de impuestos enmendó la legislación anterior de modo que impuso una obligación tributaria a 3.000 personas que no estaban actuando de manera ilegal en el momento.

Una tercera regla de la justicia es que la ley no puede exigir a las personas hacer algo *inviabile*, ya que también haría imposible para la gente evitar quebrantar la ley. Incluso hay países supuestamente libres que también fallan en este punto, en particular cuando las leyes entran en conflicto: la normativa contra incendios puede exigirle a un propietario instalar una escalera de incendios en un edificio que las leyes de planificación prohíben modificar –así, haga lo que haga, el propietario estará violando la ley–. Más pre-

ocupante aún es que los gobiernos injustos pueden utilizar leyes deliberadamente inviables para perseguir a sus opositores.

Otra regla fundamental de la justicia natural es la presunción de inocencia. Nadie puede ser tratado como culpable hasta que ello esté demostrado, incluso si la causa en su contra pareciera definitivamente resuelta. Esto significa, fundamentalmente, que corresponde a las autoridades *demostrar su culpabilidad*, no al acusado demostrar su inocencia. Esto hace más difícil que los gobiernos hostiguen a sus enemigos con acusaciones falsas: todos los cargos se tienen que demostrar en la corte antes de que las personas puedan ser castigadas.

Un último principio clave es que los jueces y los tribunales deben ser independientes de las autoridades políticas. Es necesario que haya una separación de poderes entre los que hacen la ley y los que juzgan. Los jueces no deben ser meros agentes de los políticos: sus puntos de vista políticos deben ser irrelevantes para la forma en que manejan los casos. Si los jueces están tan cerca de los políticos, que son fácilmente influenciados o intimidados por ellos, entonces el sistema judicial servirá a los intereses políticos más que a la verdadera justicia. Las sociedades más libres a menudo tienen jurados independientes para designar a los jueces, o los designan de por vida, lo que reduce la influencia que los políticos pueden ejercer sobre ellos.

EL ESTADO DE DERECHO

El significado del estado de derecho

Nada distingue a una sociedad libre de una no libre con más claridad que el estado de derecho. Se refiere a la idea de que los ciudadanos deben regirse por principios de ley claros y generales y no por el capricho arbitrario de los monarcas y políticos. Los legisladores no pueden hacer simplemente lo que quieren. Sus leyes deben aplicarse por igual a todos, incluyéndolos a ellos mismos.

El propósito del estado de derecho es proteger a las personas contra el ejercicio del poder arbitrario. Si damos a los gobiernos el monopolio de la fuerza, debemos asegurarnos de que únicamente se utilice para los fines previstos, de manera predecible, con la debida rendición de cuentas y para el beneficio general de toda la sociedad, mas no para una élite.

El estado de derecho también se asegura de que quienes tienen autoridad se enfrenten a las mismas sanciones por infracciones que los demás. Un número preocupante de países concede a sus líderes de gobiernos en ejercicio o anteriores la inmunidad judicial –y, como consecuencia, un número inquietante de ellos ha escapado a la justicia–. Aunque se argumenta que es para proteger a figuras públicas –y a cualquier otra persona– de juicios infundados y vejatorios (o por motivos políticos), no hay razón alguna para conceder a alguien inmunidad de la verdadera justicia.

El estado de derecho, entonces, se basa en principios generales y duraderos, en lugar de hacerlo en decisiones cambiantes y arbitrarias de los gobernantes. Nos garantiza la justicia natural a través de la igualdad ante la ley, el debido proceso, un poder judicial independiente, una justicia ciega, el habeas corpus (no permanecer detenido por largos periodos sin juicio), no ser acosados por las autoridades (digamos, siendo juzgado una y otra vez por el mismo delito, el llamado *non bis in idem*), la presunción de inocencia (no se trata a nadie como culpable hasta tanto no sea realmente condenado) y la certeza, la estabilidad y la viabilidad de las leyes. Y algo muy importante: los que hacen las leyes están sometidos a ellas, junto con todos los demás. Una sociedad no puede ser libre si algunas personas, por su posición, no deben rendir cuentas por sus acciones.

La protección del estado de derecho

Los países tienen diferentes maneras de prevenir que el estado de derecho sea erosionado por quienes están en posiciones de autoridad. Estos incluyen las constituciones escritas, un proceso judicial basado en la *common law* y la jurisprudencia, así como

un compromiso básico con la justicia natural.

Las constituciones escritas pueden dar fuerza al estado de derecho. Pero es mucho más fácil crear una constitución en el momento del nacimiento de un nuevo país, cuando los ciudadanos se están uniendo por primera vez, en lugar de hacerlo en un país maduro, donde las élites y los intereses creados ya tienen un control sobre el poder y pueden orientar cualquier nueva constitución en beneficio propio.

El estado de derecho también puede ser apoyado por años de jurisprudencia, considerando cómo casos diferentes son llevados ante los tribunales. Los individuos pueden oponerse a las decisiones de los legisladores y funcionarios y poner a prueba su justicia y legalidad en la corte. Poco a poco, un cuerpo de precedentes va demarcando los límites del poder oficial.

Una tercera manera de fortalecer el estado de derecho es promoviendo la discusión sobre las reglas de la justicia y los principios que sustentan la armonía social. Si la libertad de expresión prevalece y cualquiera es libre de discutir estas ideas, se hace mucho más difícil para las autoridades torcer la interpretación de estas en beneficio propio.

Una idea clave que surge de las discusiones sobre el estado de derecho es que si las personas se reunieran por primera vez para decidir los principios por los que serán gobernados, nadie estaría de acuerdo en ser coaccionado por los demás, salvo formas –como el castigo por robo o violencia– que todos verían como beneficiosas para sus propios intereses de largo plazo. Por lo tanto, podríamos inferir razonablemente que todas las sociedades libres *deberían* basarse en las normas generales que limitan la coerción e impiden a determinados grupos de poder aprovecharse de los demás.

La administración de la justicia

Cualesquiera sean las vías generales elegidas para salvaguardar el estado de derecho, hay algunas medidas concretas que sin duda son de ayuda.

Los jueces deben ser personal y políticamente independientes. De lo contrario, el sistema judicial no será respetado y enormes injusticias se cometerán en nombre de la justicia. En muchos países, los jueces están mal pagados, no rinden cuentas y son pobremente supervisados: por lo tanto, deciden sobre los casos sobre la base de sobornos y no según la ley. En lugar de ello, los jueces deben ser pagados correctamente y examinados regularmente para que esta forma de corrupción no sea necesaria ni tolerada.

El sistema de justicia también debe ser apoyado por una buena administración de los tribunales. En muchos países puede tomar meses, o incluso años, para que una pequeña disputa llegue a los tribunales debido a la enorme burocracia y a la falta de incentivos para que los funcionarios gestionen los casos. Un sistema jurídico basado en precedentes necesita un acceso rápido a los casos y juicios pasados, de manera que los casos no sean llevados inútilmente a los tribunales simplemente porque no hay registros de precedentes.

En muchos países, también la policía es parte del problema y no de la solución. Por su poder para arrestar y detener, sus miembros pueden cometer grandes injusticias contra las personas y beneficiarse a sí mismos a través de la corrupción. Es sintomático el caso de los oficiales que imponen pequeñas “multas” por delitos menores de tráfico, reales o imaginarios. Se hace parte de la cultura dominante –pero una vez que se acepta el principio del soborno, no hay regla que pueda evitar cosas mucho peores–. La policía requiere estar debidamente capacitada y supervisada, de ser posible con la ayuda de un organismo independiente facultado para investigar y actuar sobre las denuncias en su contra.

Asimismo, la burocracia debe ser designada por sus méritos, en lugar de hacerlo por favores políticos. Debe rendir cuentas adecuadamente. La toma de decisiones para obtener beneficios políticos o personales debe ser castigada.

Las elecciones deben ser llevadas a cabo de manera limpia, si la justicia y el estado de derecho van a prevalecer. Debe existir libertad de expresión, para que los candidatos críticos de las autori-

dades puedan plantear sus puntos de vista. También debe existir el voto secreto y una comisión electoral verdaderamente independiente, para asegurar que las condiciones electorales sean las apropiadas y las elecciones sean llevadas a cabo con honestidad.

Justicia y progreso económico

El estado de derecho es importante tanto económica como socialmente. Cada año, el Banco Mundial clasifica a los países respecto de la facilidad para hacer negocios en ellos. Atraer negocios e inversiones del extranjero, y hacer más fácil para las personas comerciar en el país, son, por supuesto, factores importantes en el desarrollo económico y la prosperidad de la población. El indicador del Banco Mundial analiza la transparencia de los impuestos y de las regulaciones, los niveles de corrupción entre los funcionarios, así como la facilidad con que las personas pueden iniciar un negocio, registrar la propiedad, comerciar a través de las fronteras, tratar las insolvencias, y así sucesivamente.

Singapur, que es muy libre en términos económicos (aunque mucho menos libre en términos sociales), ha encabezado el ranking mundial durante siete años, seguido por otros países relativamente libres, tales como Hong Kong, Nueva Zelanda, Dinamarca, el Reino Unido y los Estados Unidos. Luego viene la República de Corea, otro país económicamente libre pero socialmente bastante restringido. En la parte inferior de la clasificación vienen los países donde la justicia y el estado de derecho son notoriamente débiles –como el Congo, Venezuela, Zimbabue, Irak, Camerún, Bolivia y Uzbekistán.

Las amenazas al estado de derecho

En muchos países, en particular en los países en desarrollo, prevalecen diferentes sistemas de justicia. Además de las leyes de nivel estatal y los sistemas de justicia, a menudo existen sistemas legales locales, tribales o religiosos, así como el derecho privado o de contrato entre individuos.

La corrupción es más probable en los sistemas estatales. Los sistemas legales locales, religiosos y privados tienen, por lo general, raíces mucho más profundas en la justicia natural y, por tanto, una aceptación más generalizada. Los sistemas del Estado, por el contrario, frecuentemente fueron impuestos por potencias coloniales o de ocupación. Puede que nunca hayan tenido mucha aceptación, pero su poder y dominio están allí para que cualquier persona corrupta pueda aprovecharlo.

Las personas en el gobierno y en el poder judicial a menudo no ven nada malo en sacar provecho del poder del Estado. Los militares, la policía y los funcionarios reciben sobornos. De los políticos casi se espera que roben al Estado en beneficio de su comunidad local o incluso para sí mismos. Pero lo que se considera como algo malo en la vida personal debe también ser visto de la misma manera en la esfera pública.

En los lugares donde son difíciles los viajes y las comunicaciones, y las cuestiones locales son las más urgentes y cruciales, puede tener sentido una combinación de sistemas. Sin embargo, el objetivo para todos los sistemas de justicia debe ser tener la autoridad y el consentimiento de las leyes locales, la claridad y principio de las leyes estatales y la objetividad del estado de derecho.

DERECHOS HUMANOS

Definiendo los derechos humanos

De estas reflexiones sobre la justicia emerge la idea de los *derechos humanos*⁵. Esta se refiere a que las personas tienen libertades básicas en virtud de su humanidad –derechos que, como la ley natural, promueven el buen funcionamiento de la sociedad, pero que

son específicamente reconocidos como universales (se aplican en todas partes y para todos) e *inalienables* (no pueden ser abandonados ni negados por otros)–.

Estos “derechos” humanos podrían mejor ser llamados *libertades humanas*. Incluyen libertades como la posesión de la propiedad, la autodeterminación y la propiedad sobre el propio cuerpo y trabajo, la libertad de movimiento y ubicación en el lugar que se desee, así como la libertad de practicar la propia religión. Su efecto es limitar al Estado en cómo puede tratar a las personas.

Desgraciadamente, los “derechos humanos” a menudo se confunden con los derechos legales que se entregan a través de la estructura política o con las normas sociales y culturales. Pero las leyes que dan a los trabajadores vacaciones pagadas, por ejemplo, no son derechos humanos, ya que no son *universales*. Solo se aplican a los trabajadores y solo en los países donde esos lujos son asequibles. Y pueden ser *enajenados* –un trabajador puede renunciar a esas vacaciones a cambio de dinero sin perder libertad alguna–. Del mismo modo, las leyes relativas a la igualdad de remuneración entre hombres y mujeres no son derechos humanos, porque no son un reclamo respecto de la libertad humana, sino una exigencia coactiva sobre los empleadores.

Los derechos de grupo tampoco son derechos humanos. No se aplican universalmente. El tratamiento especial dado, por ejemplo, a los pueblos originarios de América no son más que privilegios legales: otras personas no disfrutaban de ellos. No puede ser un derecho “humano” aquello que no se enfoca en la humanidad de las personas, sino en su pertenencia a algún grupo especial.

Libertades, derechos y deberes

Es importante ser claro acerca de estas cuestiones. Confundir los derechos humanos con las normas sociales y los privilegios legales otorga una falsa autoridad a los últimos y socava la idea de los primeros. Si bien algunas cosas –la igualdad de remuneración, las

⁵ | Para más sobre el tema, ver Nigel Ashford, *Principles for a Free Society*, Jarl Hjalmarson Foundation, Estocolmo, 2003.

vacaciones pagadas o incluso el reconocimiento especial de algún colectivo desfavorecido– pueden ser deseables, lo cierto es que no todo lo deseable es un derecho humano.

Los “derechos” humanos garantizan nuestra libertad –no imponen demandas coercitivas sobre nadie más–. La libertad de expresión, por ejemplo, no impone ninguna obligación o deber a nadie más, salvo la obligación o el deber de respetarla. Nadie está obligado a ofrecernos una columna de periódico o un programa de radio para que nuestros puntos de vista puedan ser difundidos, ni tampoco a ayudarnos a que tengamos la seguridad de que realmente hablamos de manera libre y ni siquiera a escuchar lo que podríamos decir.

Por el contrario, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de Naciones Unidas agrega a la lista el “derecho” a la educación gratuita. Sin embargo, la educación gratuita no es un derecho humano porque esto implica que otras personas serán obligadas a pagar por ello. La educación tiene un costo –tiempo, esfuerzo, materiales y dinero se gastan para proveerla–. En una sociedad verdaderamente libre, nadie puede tener derecho a disfrutar de una educación gratuita, porque eso sería imponer a otras personas la obligación de proporcionar esos recursos. (Por supuesto, muchas personas podrían estar perfectamente dispuestas a compartir el costo; pero una sociedad libre no puede obligarlos).

Con demasiada frecuencia, la gente habla de derechos sin mencionar, o incluso reconocer, las obligaciones que implica para los demás, la coacción que se necesita para hacerlos cumplir y el daño mayor que ocasiona esta coacción.

Una vez más, no hay derecho a la asistencia social en las sociedades libres: ello implicaría que algunas personas tienen la obligación de apoyar a otras, cuando la única obligación que tienen es la de no hacerles daño. Pero esto no significa que a las personas pobres o discapacitadas les vaya peor que en una cultura del bienestar. Los costos fiscales de bienestar podrían desincentivar

el trabajo y la empresa, empobreciendo a toda la sociedad, así como los beneficios sociales podrían fomentar la dependencia. Y las organizaciones filantrópicas en una sociedad rica y libre bien podrían apoyar a los necesitados mejor que las agencias gubernamentales burocráticas.

//////////

A large, stylized number '7' is positioned on the left side of the page. The background is filled with a dense pattern of fine, parallel diagonal lines. A rectangular box on the right contains the text.

**LA SOCIEDAD
ESPONTÁNEA**

////////////////////

LA SOCIEDAD ESPONTÁNEA

////////////////////

ORDEN SIN ÓRDENES

Una sociedad libre puede funcionar por sí misma sin necesidad de un estado grande. Esto puede sonar extraño, pero en la vida humana abundan los ejemplos. Como apunta el economista estadounidense Daniel B. Klein, se puede pensar que una pista de patinaje sobre ruedas –con unas cien o más personas, desde niños pequeños hasta abuelos, con patines sujetos a sus zapatos, pero sin cascos, rodilleras o aptitudes para el patinaje, todos dando vueltas sobre un piso duro a diferentes velocidades– no es más que una serie de accidentes a punto de ocurrir. Sin embargo, de hecho, los patinadores se las arreglan para circular alrededor de la pista, esquivando a otros sin necesidad de límites oficiales de velocidad, señales de cruce y luces de pare¹. No se requiere aquí de ningún planificador o agente para decirles dónde y cuán rápido patinar. Con cada uno cuidando de sí mismo, sumado a un poco de cortesía recíproca hacia los demás, logran sus intereses mutuos de divertirse mientras evitan colisiones.

De manera aún más impresionante, el lenguaje humano es muy es-

tructurado y enormemente beneficioso para nosotros, a pesar de no haber sido diseñado conscientemente por ninguna autoridad. Las reglas gramaticales que configuran el idioma han crecido de forma bastante natural a lo largo de los siglos, porque nos permiten entendernos.

Cumplimos con estas normas pese a que son sutiles y complejas. Y sería difícil escribirlas. Ninguna comisión gubernamental podría crear reglas de tal complejidad, sutileza y eficacia. Simplemente, han evolucionado con nosotros.

Muchas partes de la sociedad humana funcionan de este modo. Sin que sea preciso que las autoridades nos digan cómo comportarnos, actuamos, sin embargo, de manera ordenada, regular y predecible, simplemente siguiendo algunas reglas básicas con las que hemos crecido como parte de nuestra naturaleza. Atendiendo a ellas, creamos órdenes sociales vastos y muy beneficiosos. Las sencillas reglas que nos permiten comerciar pacíficamente, por ejemplo, han creado la economía de mercado internacional de mercado a través de la cual todo el mundo coopera.

Sociedades orientadas por reglas

Las normas interpersonales de una sociedad libre dan a la gente mucha más libertad de la que tienen en una sociedad controlada por el gobierno. Los individuos libres pueden hacer cualquiera de las muchas cosas que no se encuentran explícitamente prohibidas, en lugar de limitarse a las pocas cosas que las autoridades permiten expresamente. Esto significa que las sociedades libres pueden ser mucho más flexibles y versátiles, respondiendo fácilmente a las circunstancias cambiantes en lugar de tener que esperar órdenes.

Estas reglas –como las de posesión y propiedad en una economía de mercado– encarnan una especie de sabiduría, descubierta a través de los años, acerca de lo que funciona y de lo que no funciona. Se adaptan y cambian a medida que cambian las circunstancias, reflejando las lecciones de ensayo y error de muchos años y millones de interacciones humanas. Incluyen las normas de conducta sobre cómo tratar a otras personas, normas legales que intentan expresar

1 | Daniel B. Klein, "Rinkonomics: A window on spontaneous order", Online Library of Liberty (Artículos), 2006.

la ley natural en la escritura, y el *common law* (derecho consuetudinario) constituido sobre la base de un gran número de casos.

Esta sociedad espontánea y guiada por reglas no solo es más creativa y versátil; puede ser mucho más compleja que una dirigida desde el centro. Al igual que el idioma, puede ser tan complicada que ninguno de nosotros es capaz siquiera de describir todas sus reglas –y aun así funciona muy bien. Una sociedad basada en las órdenes de alguna autoridad está inevitablemente limitada, tanto en tamaño como en naturaleza, a lo que pueden tener en sus mentes los pocos al mando–. Pero una sociedad basada en las reglas que han resultado de millones de interacciones humanas, durante miles de años, contiene una sabiduría mucho más amplia y profunda. La sociedad centralmente dirigida se basa en la limitada sabiduría de unos pocos; la sociedad orientada por reglas guarda la sabiduría de las multitudes.

De ahí el error que a menudo cometen las autoridades gubernamentales: que podrían planificar mejor y más racionalmente una sociedad o una economía que las reglas cotidianas de interacción social y económica. Al desechar y torcer la sabiduría contenida en este sistema de reglas complejas, empeoran las cosas invariablemente.

Conocimiento y poder dispersos

La sabiduría inherente a la sociedad espontánea y orientada por reglas no reside en ningún poder central. La poseen millones de personas mientras llevan sus vidas cotidianas. Cuando el poder está disperso, los individuos pueden hacer sus propios experimentos de vida a pequeña escala. Pueden tomar riesgos y oportunidades que no amenazan a nadie, salvo a ellos mismos. Pero si esos riesgos valen la pena, están disponibles para que todos los asuman y se beneficien de ellos. Esto promueve la experimentación y la adaptación a las circunstancias cambiantes, dando a la sociedad espontánea una mayor probabilidad de éxito en un mundo de cambios. Las autoridades de gobierno, por el contrario, toman decisiones para todo el mundo y, por lo tanto, corren riesgo las vidas y fortunas de todos. Por este motivo, tienen que actuar de manera más conservadora que los individuos libres –o

arriesgarse a cometer errores masivos–. Y como resultado, las sociedades no libres se adaptan más lentamente y con menos éxito.

Naturalmente, la sociedad y la economía espontáneas jamás pueden ser perfectas. Son el producto de la acción humana (aunque no el producto del diseño humano) y los seres humanos nunca son perfectos. No podemos predecir el futuro, por ejemplo, por lo que cometemos errores en nuestros intentos por adaptarnos a él. Y la información que cada uno de nosotros tiene es inevitablemente parcial y local. Pero en un mundo de libre interacción humana, esta información parcial y local impulsa una sociedad y una economía notablemente inteligentes y adaptativas.

En una sociedad libre, las personas deben descubrir por sí mismas de qué manera se adaptan mejor a otros –que están a su vez tratando de adaptarse a las acciones de todos los demás–. Es más bien como una estación de tren ocupada en la hora punta, cuando cada quien está intentando abrirse camino hacia una de las muchas salidas o llegando a una de las varias entradas y tratando de tomar su tren. Cada uno tiene la mirada hacia donde se dirige, pero probablemente su ruta no será directa. Tendrá que abrirse paso entre otras personas, todas intentando hacer lo mismo, cambiando la dirección cuando otros se atraviesan en su camino. Esto podría parecer un caos, pero de hecho todos llegan a sus destinos sin conflicto. Si alguna autoridad tuviera que decirle a cada una de las cientos o miles de personas en la estación exactamente hacia dónde y cómo moverse, les tomaría horas o días llegar a cualquier sitio. El problema es demasiado complicado como para ser resuelto por una autoridad central. Pero la sociedad espontánea lo hace fácilmente y en tiempo real.

TOLERANCIA

El significado de la tolerancia

Cada persona en una sociedad libre debe adaptarse a las acciones de otros. Por esto, es importante que las personas muestren tolerancia

hacia los demás, incluso hacia aquellas cuyas acciones y estilos de vida puedan desaprobar o, incluso, encontrar muy desagradables.

En una sociedad libre, no podemos impedir a nadie que haga algo solo porque no nos gusta. Podríamos intervenir solo si sus acciones causan o pueden causar daños a otras personas. John Stuart Mill tenía claro que esto significaba daño *físico*. Si este “daño” incluyera cosas como el *shock*, la indignación moral o el bochorno, toda acción podría ser prohibida y no habría libertad en lo absoluto. En todo caso, la indignación moral de quienes quieren prohibir el comportamiento entraría en conflicto con la de quienes sienten que su libertad para ello está siendo limitada. No importa cuán numerosas o emocionales sean las partes, no existe aún forma objetiva alguna de decidir entre ellas. Y dado que una sociedad libre no permite que las disputas se resuelvan por la fuerza, cada parte debe simplemente tolerar las opiniones, comportamientos y estilos de vida de la otra.

Esto no es indiferencia moral. Un padre que no desaliente el mal comportamiento de su hijo no estaría actuando con tolerancia, sino descuidando la educación moral del niño. Si los adultos se comportan de maneras que nos parecen chocantes, tenemos todo el derecho a tratar de persuadirlos para actuar distinto, pero no a forzarlos a hacerlo.

Tampoco es la tolerancia lo mismo que el relativismo moral –la idea de que toda moralidad es igualmente válida porque la gente no coincide en la moralidad y no hay forma objetiva de establecerla–. Estamos perfectamente facultados para creer que nuestros propios códigos morales o religiosos son mejores que los de otros, pero no a forzarlos a que adopten nuestras ideas.

Tolerancia, heterogeneidad y elección

Tolerar a los demás puede ser difícil cuando las poblaciones se hacen crecientemente más heterogéneas. La mayor facilidad para los viajes internacionales, la caída de las barreras de inmigración y nuestra economía más globalizada son solo algunas de las razones por las cuales las poblaciones de muchos países son mucho más diversas de lo que eran unas cuantas décadas atrás.

Algunas personas argumentan que la mayor elección conducirá a los diferentes grupos raciales, culturales, nacionales, lingüísticos o religiosos a separarse, avivando las tensiones que minarían la tolerancia. Por ejemplo, los padres podrían querer que sus hijos crezcan con otros de su misma raza y si pueden elegir su escuela podría haber más posibilidades para la segregación que si los niños simplemente deben asistir a la escuela establecida por las autoridades gubernamentales.

En realidad, las escuelas tienden a ser *menos* integradas cuando los gobiernos asignan las vacantes, dado que los niños usualmente son enviados a las más cercanas a sus domicilios. Y como las personas de un mismo grupo étnico tienden a vivir en sectores comunes, la población escolar reflejará esa falta de mezcla. Pero si los padres pueden elegir las escuelas, pueden hacerlo en otros vecindarios o en los que seleccionen por otras características que valoren más que la etnicidad, como las capacidades académicas, musicales o lingüísticas.

La segregación étnica es bastante natural y las personas tienden a elegir a sus amigos y compañeros de trabajo del mismo grupo. Pero hay mucha diferencia entre ello y ser intolerante hacia otras comunidades. Las peores tensiones étnicas se dan en lugares donde algunos grupos han negado derechos y beneficios a otros –en otras palabras, cuando los principios básicos de la sociedad libre han sido violentados–.

La amenaza fundamentalista a la tolerancia

La amenaza más grande a la tolerancia hacia los demás es el fundamentalismo moral, ideológico o religioso. Muchas personas con fuertes convicciones religiosas, por ejemplo, podrían considerar repugnantes, vergonzosas, chocantes e inmorales la homosexualidad o las relaciones sexuales premaritales. También podrían considerar como expresiones del más puro mal el sacrilegio, representar la deidad con imágenes, la negación de los textos religiosos, el rechazo a los códigos morales de la religión o la adhesión a otra religión. Y verían en ello razones suficientes para prohibir y castigar tales conductas.

Sin embargo, por mucho desagrado o escándalo que provoquen las acciones de una persona en otras, y por más que puedan ser juzgadas como expresiones del mal sobre la base de motivaciones religiosas, en una sociedad libre nadie tiene el derecho a prohibirlas, a menos que puedan dañar físicamente a otras personas, o amenazarlas en ese sentido. Pero esto no impide a miembros de una religión criticar estas acciones y argumentar contra ellas, o excluir de la comunidad a quienes las practican, con la condición de que nada de esto suponga intimidaciones o daño real. Pero esto no autoriza a alguien, incluidos gobiernos, a restringir, censurar, arrestar, apresar, torturar, mutilar, exiliar o ejecutar a alguna persona o grupo por sus opiniones o acciones.

Los textos fundacionales de muchas de las religiones del mundo aceptan la tolerancia hacia los demás, aunque en algunos casos las autoridades los han interpretado de forma diferente para sus propios fines. Los poderes extranjeros que han ocupado un territorio también, frecuentemente, han ocupado su religión, desviando sus códigos morales y judiciales para justificar y servir a sus propias administraciones. Algunos gobiernos totalitarios, incluso, han intentado suprimir completamente la religión, al verla como rival de su propia ideología y poder. Pero en una sociedad libre no tiene importancia si el fundamentalismo en cuestión es religioso o ideológico. Sea cual sea, no da autoridad para coaccionar a otros cuyas acciones, moralidad, religión o ideología son diferentes.

Lo políticamente correcto (political correctness)

Existe una amenaza más sutil a la tolerancia: lo políticamente correcto. Se trata de la presión social y política que se ejerce sobre los individuos para que acepten las actitudes y opiniones de alguna élite dominante. Comúnmente, aquellos que no comparten la opinión prevaleciente son caricaturizados como dementes y perversos, para así calificar sus opiniones de la misma forma. Esto permite que tales opiniones sean descartadas en vez de debatidas. Y también sugiere que las de la élite son más sólidas de lo que realmente son.

Este proceso se sustenta en una sutil forma de coerción, que consiste en que aquellos con opiniones diferentes son tachados a tal punto que se les dificulta hacer su vida en la sociedad. Por ejemplo, a académicos que cuestionan la tesis de que el hombre ha ocasionado el cambio climático se les pueden negar trabajos y promociones en las universidades. En una sociedad libre, los empleadores no están obligados a contratar a personas con las que no comparten opiniones, por supuesto; tampoco los medios de comunicación están obligados a informar sobre teorías controversiales. Pero donde las instituciones educativas o los medios son monopolios o casi monopolios del gobierno, esta exclusión de las personas con visiones minoritarias se convierte en una verdadera forma de coerción.

La tolerancia y la búsqueda de la verdad

La tolerancia en una sociedad va mucho más allá de la tolerancia a las diferencias religiosas o ideológicas. Por ejemplo, incluye la libertad de expresión –para hablar, escribir, difundir en medios o cualquier otra forma–, lo cual a su vez implica la ausencia de censura.

Algunas personas podrían pensar que un mundo sin censura sería profundamente inquietante. Muchos podrían sentirse tremendamente escandalizados por las palabras, imágenes, argumentos e ideas que podrían expresarse con tanta libertad. Pero en una sociedad libre no tenemos derecho a impedir la libertad de expresión y las opiniones de las personas, incluso si casi todos desaprobamos lo que se dice, lo encontramos ofensivo o lo consideramos inmoral.

Hay, por supuesto, justificaciones para restringir la libertad de expresión si lo que se dice causa daño a otros –tal como gritar “¡Fuego!” en un teatro–. Castigaríamos legítimamente a alguien que imprudentemente pusiera en riesgo a otras personas de esta manera. Asimismo, protegemos a los niños contra palabras o imágenes que pensamos pueden corromperlos. No permitiríamos que anuncios explícitos a favor de las drogas, por ejemplo, aparecieran en carteles cerca de las escuelas. Y hay buenas razones para informar a las personas –como las clasificaciones de las películas–, de manera que no

se topen involuntariamente con cosas que les incomodarían.

Esto es muy diferente de la censura directa –impedir completamente la transmisión de palabras, imágenes, argumentos e ideas específicas–. No puede haber tal censura en una sociedad auténticamente libre, pues una sociedad libre está basada en la apertura y la elección. Las personas deben conocer las opciones disponibles si han de elegir racionalmente y probar nuevas ideas que podrían mejorar el futuro de todos. La censura bloquea estas opciones y elecciones y por eso nos niega el progreso.

Tampoco podemos confiar en los censores. Verdad y autoridad son cosas distintas. Quienes están en el poder pueden tener sus propias motivaciones –como la autopreservación– para prohibir la difusión de ciertas ideas. Pero aun si los censores tuvieran en mente el interés general, no son infalibles. No tienen el monopolio de la sabiduría ni un conocimiento especial de lo que es verdad y de lo que no. Solo el debate, los argumentos y la experiencia pueden determinar esto. Los censores pueden suprimir la verdad simplemente por error. Nunca pueden estar seguros de si están reprimiendo ideas que eventualmente podrían probar ser las correctas. Algunas ideas pueden ser erradas, pero aun así tener una parte de verdad que puede salir a luz gracias a la discusión. La verdad u otras ideas pueden hacerse evidentes solo con el tiempo.

La manera de asegurar que no estamos reprimiendo la verdad e ideas útiles es permitir que todas se transmitan, confiando en que sus méritos o deficiencias serán revelados por medio del debate. Esto implica permitir que las personas defiendan sus posturas, incluso en cuestiones que la mayoría considera resueltas. La verdad solo puede salir fortalecida por esta competencia. Fue por esta razón que, entre 1587 y 1983, la Iglesia Católica designaba a un “abogado del diablo” para actuar como fiscal acusador de las personas nominadas como candidatos a la santidad. Es beneficioso exponer nuestras convicciones al cuestionamiento. Si creemos que otros están equivocados, esas opiniones deben ser refutadas, no silenciadas.

De Sócrates en adelante, la historia está llena de ejemplos de per-

sonas que han sido perseguidas por sus opiniones. Estas persecuciones frecuentemente intimidan a las personas hasta hacerlas callar, aun cuando sus ideas son luego reivindicadas. Por temer a la ira de la Iglesia Católica, Nicolás Copérnico no publicó su teoría revolucionaria que sostiene que los planetas giran alrededor del sol hasta poco antes de su muerte en 1543. Su seguidor Galileo Galilei fue juzgado por la Inquisición y pasó sus últimos días bajo arresto domiciliario.

Esta intimidación suprime la verdad, el debate y el progreso. Hace daño a la sociedad tanto como a los herejes perseguidos.

Si simplemente aceptamos las ideas dominantes sin permitir discusión, estas permanecerán sobre bases muy inseguras. Se aceptan sin cuestionamiento. Se convierten en lugares comunes y no en verdades significativas. Y cuando eventualmente aparecen nuevas ideas rupturistas, puede ocurrir de manera violenta y disruptiva.

Puede ser inquietante cuando la gente dice cosas que en lo fundamental no compartimos, expresa ideas que creemos profundamente equivocadas, hace cosas que consideramos tremendamente escandalosas o, incluso, desprecia nuestras creencias morales y religiosas. Pero nuestra tolerancia hacia ello muestra nuestro compromiso con la libertad y nuestra convicción de que progresamos más y descubrimos nuevas verdades más rápido, permitiendo que las diferentes ideas sean debatidas en lugar de suprimidas.

Prohibiciones

Nos enfurecería que se prohibieran muchas de las cosas que disfrutamos en nuestra vida cotidiana. Lamentablemente, muchas de ellas ya lo están².

El principio de no agresión dice que no tenemos derecho a impedir acciones a menos que causen daño a otros o amenacen con hacerlo. Pero muchas actividades son prohibidas alegando que causan daño a

² | Para una excelente discusión sobre prohibiciones, ver John Meadowcroft (ed.), *Prohibitions*, Institute of Economic Affairs, Londres, 2008.

quienes las hacen. Este es el razonamiento detrás de la prohibición de drogas, cigarrillos, alcohol y muchas cosas más. El problema es que la justificación de salvar a personas de hacerse daño a sí mismas permitiría prohibir casi cualquier actividad. Es muy fácil argumentar que la gente se ve perjudicada o puesta en riesgo por tomar bebidas azucaradas, consumir comida grasosa, hacer deportes peligrosos, dedicarse a la prostitución o practicar la homosexualidad, adoptar una religión diferente o cuestionar la autoridad. Dado el número de personas que argumentan exactamente lo mismo, una vez que el principio se olvida, no tomará mucho tiempo suprimir la libertad.

Las prohibiciones frecuentemente tienen también consecuencias perjudiciales en la práctica. Satisfacer la demanda de ciertas cosas clandestinamente hace más difícil la supervisión y el control y los criminales pueden dedicarse a proveerlas. Estados Unidos, por ejemplo, aún sufre por la existencia de una mafia criminal cuyo poder creció en los años de la Prohibición de hace un siglo, cuando la provisión de alcohol era un delito. La continua ilegalidad del juego y la prostitución en muchos lugares de los Estados Unidos ha promovido a criminales que están felices de proveer estos servicios para satisfacer su demanda.

Las prohibiciones también hacen más difícil que las personas entiendan las consecuencias de su comportamiento. La gente sigue demandando drogas, pero si estas son ilegales se hace más difícil obtener buena información acerca de sus peligros. También es difícil que los consumidores verifiquen la calidad de lo que están comprando. Se hace más difícil para quienes han caído en la dependencia buscar ayuda médica o social, dado que hacerlo sería admitir su crimen. También quedan expuestas a otros riesgos, como contraer el sida a través de agujas no esterilizadas, dado que la ilegalidad de las drogas hace imposible usarlas en un ambiente seguro. El resultado es que mucho, si no la mayoría, del daño que causan las drogas se debe al hecho de que son ilegales³.

Prohibiciones como estas criminalizan a personas honestas que no ven peligro en consumir drogas recreacionales, jugar a las cartas o en tomar alcohol en casa con los amigos, actividades que no dañan en lo absoluto a otras personas. Y el haber burlado la ley con delitos triviales puede llevarlos a incurrir en otros más serios y potencialmente más dañinos.

PREGUNTA:

¿No debemos proteger a la gente de sí misma?

No. ¿Queremos que nos “protejan” de nosotros mismos? ¿O podemos tomar nuestras propias decisiones acerca de cómo vivir nuestra vida? Permitir que los gobiernos decidan qué es bueno y malo para nosotros es ineficiente: estamos en una mucho mejor posición que autoridades lejanas para juzgar los riesgos que tomamos. Y es peligroso: los gobiernos pueden comenzar prohibiendo cosas que todos acordamos son dañinas, pero una vez que se concede este principio, pueden prohibir todo lo demás.

¿Se nos debería impedir aspirar cocaína, fumar tabaco, tomar alcohol, consumir comida grasosa o ingerir bebidas azucaradas? ¿Deberíamos ser obligados por ley a hacer ejercicio, dejar de hacer deportes peligrosos o ir a la iglesia? ¿Se nos debería impedir leer libros “peligrosos” o criticar a nuestros gobernantes? La respuesta en una sociedad libre es negativa. Si otras personas ofenden nuestra moral o hacen algo peligroso, deberíamos decírselos. Pero mientras no hagan daño a otros, no tenemos el derecho a detenerlos.

Las prohibiciones casi nunca funcionan. La prohibición del alcohol en los Estados Unidos solo llevó el consumo a la clandestinidad, donde no podía ser controlado. Las leyes estrictas sobre las drogas y duras penas por su tráfico en el mundo no han impedido un comercio que se estima en muchos cientos de miles de millones de dólares.

³ | Cuestión plantada con énfasis en Milton Friedman y Rose Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago University Press, Chicago, IL, 1962.

Intentar erradicar ciertos comportamientos es un desperdicio y una amenaza a la libertad, porque se necesita de un control masivo y de un aparato para llevarlo a cabo para que tenga algún impacto. Esto simplemente desvía los recursos para hacer cumplir la ley de la investigación y la persecución de delitos realmente perjudiciales. Y también abre oportunidades para la corrupción en la policía y en los tribunales; aunque se cause poco o ningún daño a otros mediante el juego o el consumo de drogas, las penas pueden ser duras, facilitando a las autoridades obtener grandes sobornos de aquellos que están involucrados.

Comportamiento público y privado

Las reglas de una sociedad libre gobiernan el comportamiento *público* –cómo los individuos se comportan con respecto a otros–. Pero el comportamiento *privado* afecta solo al individuo involucrado –se mantiene en la esfera privada. Se convierte en un asunto legal solo si causa daño a otros–.

En una sociedad libre es necesario ser muy cuidadoso al diferenciar entre el daño real y el riesgo de causarlo. ¿Se debería permitir la venta de venenos? Dado que algunos venenos tienen muchos usos que no implican daños a los seres humanos, se podría causar más perjuicios prohibiendo su venta que permitiéndola. Puede haber una buena razón para llevar un registro de los nombres de quienes venden y compran venenos, de manera de que los envenenadores sepan que pueden ser detectados; pero no más que eso.⁴

¿Debería haber una norma contra la ebriedad pública? ¿O contra el funcionamiento de burdeles y casinos clandestinos? Sí, si causan violencia, que es la razón por la que muchos países optan por autorizarlas con permisos. Pero, en su mayoría, estas actividades solo afectan a las personas involucradas. Otras personas podrían sentirse ofendidas por esto, pero si permitimos que se prohíban por cual-

quier motivo que no sea el daño objetivo que se cause a otras personas, ninguna actividad humana estaría a salvo de los moralistas.

¿Se debería permitir que la gente trabaje en días feriados? ¿O que practique la poligamia? Es cosa de ellos, no nuestra; no le hace daño a nadie más. Las leyes en una sociedad libre existen para preservar y expandir la libertad de los individuos, no para imponer la moralidad de algunas personas a otros.

Sin embargo, en una sociedad libre a las personas se les permite establecer sus propias reglas en su propiedad, siempre que el principio de no agresión no sea quebrantado. En diversos países algunos espacios públicos (como los centros comerciales) son privados en lugar de controlados por las autoridades políticas. Por ejemplo, en 2005 el centro comercial Bluewater, en el sureste de Inglaterra, prohibió usar lenguaje obsceno, fumar, distribuir volantes y usar prendas que cubran el rostro (como las capuchas). En Bournville, en el centro de Inglaterra –la ciudad de la fábrica creada por el empresario chocolatero George Cadbury y administrada por un fideicomiso privado que se mantiene fiel a sus principios– no está permitida la venta abierta de alcohol. Dado que Bluewater y Bournville son propiedad privada, están en su completo derecho.

EL PROBLEMA DEL ALTRUISMO

Muchas personas se sienten perturbadas por la idea de que las sociedades y las economías libres operan sobre la base del propio interés de las personas. Preferirían un mundo orientado por el altruismo –la preocupación por el interés y el bienestar de otros–. Pero esto conduce a más problemas de los que resuelve.⁵

⁴ | Este y los siguientes puntos han sido bien tratados en John Stuart Mill, *On Liberty*, 1859, y en John Stuart Mill, *On Liberty and other Essays*, Oxford University Press, Oxford, 2008.

⁵ | Para una explicación más completa, ver Mao Yushi, 'The paradox of morality', en Tom G. Palmer, *The Morality of Capitalism*, Students for Liberty and Atlas Foundation, Arlington, VA, 2011.

No hay guía para ayudar a otros

¿Cómo, para comenzar, podemos siquiera saber qué es de interés para los demás? No tenemos acceso directo a sus mentes y valores. Si tratáramos de hacer lo que es de su interés, cometeríamos grandes errores. Cualquiera que alguna vez haya recibido un regalo de cumpleaños totalmente inadecuado sabe que incluso su familia y amigos pueden saber bastante poco de los gustos de una persona. La cultura de dar parece ser una base ineficiente para llevar una sociedad.

También es difícil criticar las cosas que nos regalan. Aceptamos los regalos con aparente gratitud, aun si los odiamos. Esto significa que la gente en una sociedad altruista nunca sabría exactamente lo que quieren los otros. Esto contrasta abiertamente con la economía basada en el interés propio, donde si los clientes no obtienen exactamente lo que quieren de los proveedores, lo expresan y amenazan con irse a otro lugar. El interés personal hace que los proveedores se enfoquen en darle a la gente exactamente los productos correctos de la manera menos costosa posible.

El altruismo genera conflicto

Si el tratar deliberadamente de ayudar a otros motivara los negocios, existiría la misma tensión entre compradores y vendedores que la que hay en el mundo del interés propio. Los compradores exigirían precios más altos para beneficiar a los vendedores; los vendedores bajarían los precios para maximizar el beneficio de los compradores. Sería simplemente la imagen invertida de lo que sucede hoy.

En una economía de mercado, las personas interesadas en sí mismas están en conflicto con los demás, pero esto puede resolverse por medio de la negociación. Si el único motivo fuera beneficiar a otros, no habría manera de resolver los conflictos. Cada altruista insistiría en favorecer al otro. Si ninguno quiere obtener ganancia del trato, la urgencia de sus propias necesidades no les ayudará a llegar a un acuerdo.

Interés propio y costo-beneficio

El interés personal hace que los proveedores –y también los clientes– se concentren en asegurarse de que los beneficios de una transacción superen los costos. Un proveedor altruista que no trabaje por una recompensa enviaría una señal equivocada a todos –la señal de que su tiempo y experticia no tienen costo–. Los clientes, quienes tomarían esta señal de forma literal, rápidamente abrumarían a los proveedores con su demanda. Estos últimos no tendrían forma de rehusarse a proveer el servicio, incluso si su beneficio fuese marginal o reducido por el costo.

Los dueños de reparadoras de cuero, por ejemplo, se encontrarían con filas interminables de personas con artículos para reparar. En una economía de mercado movida por el interés propio, dichos comerciantes dirían sin rodeos a sus clientes que no vale la pena reparar sus artículos o pondrían un precio tan alto que el cliente decidiría no hacerlo. El mercado maneja la demanda y enfoca los esfuerzos en aquello que realmente vale la pena.

En un mundo altruista, las personas se apresurarían a ayudar a sus vecinos con toda clase de tareas –construir una casa, por ejemplo–. Pero en términos prácticos y de eficiencia de costos, sería mejor que el vecino acudiera al mercado y contratara un constructor profesional, en lugar de dejar la tarea al trabajo inexperto de amigos. El problema se agrava si estos vecinos pudieran usar su talento de forma más efectiva en otros trabajos. El mercado incentiva a las personas a dedicar su tiempo y habilidades donde son más valoradas.

PREGUNTA:

¿No deberíamos controlar los precios para que la gente pobre pueda acceder a los bienes?

No. Los precios son señales de escasez. Nos dicen dónde hay excedentes y carencias. Les dicen a los productores que se necesita más cantidad de un producto y a los consumidores que deberían reducir su consumo o buscar alternativas. El control de precios

suprime estas señales, por lo que la demanda supera la oferta, produciendo escasez. Esto comúnmente conduce al racionamiento de productos escasos, lo que es aún menos eficiente.

Un ejemplo son los controles de los precios de arriendos, hechos para hacer la vivienda más accesible. Lo que realmente hacen es empeorarlas o generar falta de disponibilidad, dado que los propietarios deciden que el dinero que reciben no merece la pena y sacan su propiedad del mercado de arriendos. Si algunas personas no pueden costear lo esencial, la mejor solución es no interferir en el mecanismo del mercado, sino darles dinero –ya sea a través de organizaciones no gubernamentales o de un esquema de ingreso mínimo financiado con impuestos–. De este modo, podrán comprar estas cosas en el mismo mercado eficiente y competitivo, como todos los demás.

La moralidad del mercado

El hecho de que una economía de libre mercado esté basada en el interés propio, no la hace inmoral. En los mercados la gente puede prosperar solo si coopera con otros para proveer las cosas que quieren. La conducta antisocial es castigada: ¿por qué habría que tratar con un misántropo grosero cuando hay tantas personas más agradables que quieren hacer negocios?

También hay reglas para asegurar que los mercados trabajen bien sin coerción. Sin embargo, las reglas formales no pueden abarcar cada caso específico. Los mercados, de manera inevitable, dependen de la confianza y recompensan a aquellos que tienen una reputación de ser confiables. A pesar de que la fuerza rectora es el interés propio, los mercados promueven una moralidad recíprocamente beneficiosa.

Responsabilidad social corporativa

Muchas personas quieren que los negocios sean más morales y promueven “la responsabilidad social de la empresa”. Muchas grandes empresas internacionales hoy publican reportes anuales exponiendo que cumplen como buenos ciudadanos.

Pero solo los *individuos* pueden ser responsables o irresponsables, morales o inmorales. Los grupos no tienen una moralidad propia como tales. Un país, un pueblo, una raza, una tribu, un club o una compañía no pueden ser morales o inmorales, sino solo sus miembros individuales. Ciertamente, nos gustaría que los líderes empresariales construyeran una cultura moral en sus organizaciones. Pero la moralidad y la responsabilidad se reflejan en acciones y las acciones son hechas por individuos, no por grupos.

El movimiento de responsabilidad social corporativa es en realidad un intento de pasar el costo de programas de bienestar a las empresas. Estas tratan de mostrar cuán responsables son financiando escuelas locales o grupos comunitarios. Puede tener sentido para el negocio hacerlo: después de todo, deben reclutar su personal de las escuelas locales y una buena relación con ellos puede hacerlo más fácil. Pero esta debería ser una decisión de negocios tomada voluntariamente por ejecutivos y accionistas, no forzada en nombre de la ética.

Si los negocios fueran realmente competitivos, no habría en ningún caso dinero para gastar en apoyo a proyectos locales que no sirvieran a los propósitos comerciales del negocio. Si las empresas tienen dinero para gastar en tales proyectos, esto es una señal de que el mercado no está funcionando (por ejemplo, puede haber regulaciones gubernamentales que protejan de la competencia). En un mercado verdaderamente competitivo, estas compañías saldrían perdiendo, comparadas con las que optan por no entrar en el juego de patrocinar proyectos locales que mejoran la imagen y que en cambio retiran las utilidades resultantes.

Tampoco la gente de negocios es particularmente buena para asegurarse de que el dinero que comprometen en proyectos comunitarios esté de hecho bien invertido. Sería mejor que se concentraran en su función principal de obtener ganancias proveyendo los bienes y servicios que las personas realmente quieren, lo que a su vez produciría la riqueza general que hace posible la filantropía.

//////////



**PRIVATIZACIÓN
Y GLOBALIZACIÓN**

////////////////////////////////////

PRIVATIZACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

////////////////////////////////////

MIGRACIÓN Y TECNOLOGÍA

Un mundo que se abre

Los lugares otrora remotos del planeta ya no lo son. La televisión, la radio, la internet y otras formas de comunicación nos acercan a otras culturas, estilos de vida, razas, pueblos, países y sistemas de gobierno. Los viajes aéreos y los sistemas de transporte terrestre más rápidos hacen posible visitar personalmente más lugares.

Esto ha hecho más difícil para los gobiernos ocultar sus defectos. Ya no hay manera de que un gobierno construya un muro alrededor de su territorio con la esperanza de mantener a sus ciudadanos ignorantes de sus propios males. Gracias al contacto diario con el resto del mundo a través de las redes sociales o de la televisión extranjera, que llega gracias a las antenas parabólicas, los ciudadanos probablemente ya tienen conocimiento de las grandes oportunidades que hay en otros lugares.

Así, muchos países han renunciado a sus intentos de permanecer aislados del mundo. Ahora se están abriendo a los turistas y otros visitantes. En las últimas décadas, grandes países como Rusia, China, Vietnam, Birmania (Myanmar) y muchos otros se han convertido en miembros mucho más abiertos de la comunidad internacional. Hoy en día, un quinto de la población de Afganistán ha vivido en el extranjero durante algún período de su vida.

Intercambio de ideas

No son solo las *personas* las que viajan en este nuevo mundo –las ideas van con ellas–. Los turistas llegan con historias de mundos muy diferentes, en los que la gente tiene la libertad de actuar, pensar y hablar. Las personas locales van al extranjero y se sorprenden al encontrar que los relatos de los viajeros son ciertos. Y si la gente tiene acceso a internet o TV por satélite, confirman las historias que escuchan con lo que ven en pantalla.

El comercio tiene el mismo impacto. Una vez que un país se abre al comercio internacional, sus ciudadanos hacen negocios y se hacen amigos de quienes pertenecen a diferentes culturas, comprendiendo así otras maneras de vivir.

Esto refuerza la presión sobre los gobiernos para que se abran aún más. Las personas que realmente ven y experimentan la libertad de primera mano entienden su enorme poder para promover el progreso y extender la prosperidad. Quieren parte de ese progreso y prosperidad para sí mismos. La tecnología, el comercio, la migración, el turismo y los mercados globales son embajadores de la sociedad libre.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD LIBRE

No es capitalismo desde arriba

Crear una sociedad libre donde antes no ha existido no es tarea fácil. Los nuevos gobiernos y las agencias de ayuda internacionales suelen buscar cambios grandes y espectaculares, como la sustitución de toda la burocracia administrativa, o la privatización de las grandes industrias estatales.

A menudo, este enfoque es desastroso. Con la cultura de uso del poder para obtener beneficios personales aún vigente, y sin una comprensión local de los mercados y de la competencia, muchas iniciativas de privatización (como la de México a finales de 1980) simplemente han trasladado los monopolios estatales a las manos

de los amigos. Para el público general, este capitalismo de amigos no difiere del clientelismo estatal de antes. Y dado que la reforma del sistema de justicia puede tomar décadas, este fenómeno del amiguismo puede incluso no ser encarado por los tribunales. El resultado de esto es que la gente ha aprendido a considerar en forma igualmente cínica las supuestas soluciones que puede ofrecer la empresa privada y el problema de control por parte del Estado. Muchos pueden llegar a creer que solo los radicales y los revolucionarios –y no las élites– ofrecen un nuevo enfoque que podría beneficiar a la gente.

Motores de la libertad desde abajo

El enfoque del “capitalismo desde arriba” falla porque intenta cambiar la apariencia de las instituciones sociales sin cambiar las actitudes, acciones e incentivos fundamentales que las crean y sostienen.

La creatividad y el progreso de una sociedad libre emergen de un patrón de normas jurídicas y morales que determinan cómo viven y cooperan libremente las personas. Si somos capaces de introducir tal patrón de reglas de acción, y dejar a la gente libre para llevar sus propias vidas dentro de esas reglas, la energía natural y la ambición de todos impulsarán un cambio sistémico.

Supongamos, por ejemplo, que facilitamos a las personas el iniciar un nuevo negocio, tener y manejar uno con confianza, tener asegurada la propiedad de sus bienes, formar capital productivo y comerciar libremente. Al hacer esto, creamos reglas e incentivos que pronto producirán crecimiento económico y estimularán una sistemática reforma social. La gente iniciará pequeños negocios, aprenderá cómo se hacen y prosperará, logrando no solo un beneficio financiero, sino también una mayor autoconfianza. Una sociedad más segura de sí misma será más capaz de hacer frente a los grandes asuntos institucionales, como la reforma de la burocracia y de las industrias estatales.

Por consiguiente, no debemos comenzar en el nivel macro para

tratar de reformar todas las instituciones estatales. Debemos comenzar en el nivel micro, desatando los incentivos que impulsan el cambio sistemático a través de todo el tejido institucional¹.

LOS DERECHOS DE PROPIEDAD EN ACCIÓN

Los derechos de propiedad en Perú

Un ejemplo interesante es la *reforma a los derechos de propiedad* en Perú, en gran parte impulsada por el economista Hernando de Soto a principios de los años 90. De Soto criticaba que, como consecuencia de la burocracia y la corrupción en el Perú, podría tomar cerca de un año registrar un nuevo negocio. Era igualmente difícil la posesión de propiedad. El resultado fue que millones de pequeños empresarios no poseían legalmente sus granjas, pequeña empresa o su propia casa. Eso les dificultaba la obtención de crédito para expandir su empresa. No podían vender su casa o negocio. Y no podían recurrir a los tribunales para resolver sus disputas de propiedad o de negocios.

Había, en efecto, dos economías en Perú, una dentro de la ley, que podía disfrutar de todos los beneficios económicos de la legitimidad y de la protección jurídica, y otra que comprendía a millones de empresarios atrapados en la pobreza porque sus hogares y negocios no existían legalmente. El gobierno perdía ingresos debido a que no podía gravar o percibir impuestos de las pequeñas empresas que se encontraban fuera de la ley. Y, sin protección legal a su disposición, estos empresarios eran fácilmente abusados por delincuentes y por la guerrilla comunista del Sendero Luminoso.

La solución que De Soto y otros propusieron fue eliminar la mayor parte de la regulación burocrática necesaria para registrar un nuevo negocio y eliminar la mayoría de las licencias y permisos

¹ | Agradezco a Peter Young y Stephen J. Mastly, del Adam Smith International, por sus opiniones expertas sobre el tema.

requeridos. También hubo reformas para el campo, gracias a las cuales más de un millón de familias peruanas obtuvo por primera vez títulos de propiedad reconocidos. El resultado fue que la eficiencia de las pequeñas empresas creció, ya que los propietarios pudieron pedir prestado para ampliar y para comprar y vender propiedades. Como la gente se hizo de capital y ahorros, las condiciones de vivienda mejoraron y los padres comenzaron a invertir más en la educación de sus hijos.

Las reformas no pasaron sin críticas. Algunas personas dijeron que la titulación de tierras fue injusta porque era difícil establecer quién “era el propietario” informal de qué. Otros afirmaron que beneficiaba a ocupantes ilegales a gran escala en detrimento de los más pobres, estos últimos en pequeña escala; que la titulación tomó tierras comunes de las que los agricultores más pobres dependían; o que socavó los acuerdos de tenencia que –aunque informales– en realidad funcionaban bien. Otros argumentaron que la reforma no era una fórmula mágica y que los mayores obstáculos para el desarrollo económico eran las limitaciones que la cultura de la gente imponía a sus aspiraciones.

Nunca es fácil establecer un mercado que funcione correctamente cuando antes no ha habido ninguno. Es fácil hacer una sopa de pescado a partir de un acuario, pero no lo es hacer un acuario de una sopa de pescado. Sin embargo, otros países han tratado de replicar las reformas del Perú y el propio De Soto ha asesorado a muchos, tanto en América Latina como en África.

Apoyando las reformas

Aun cuando es fundamental que los derechos de propiedad funcionen correctamente, también son precisas otras reformas de apoyo. Por ejemplo, es necesario que haya un *mercado de crédito y microcrédito* que funcione, ya que lo pueden ahogar fácilmente las excesivas regulaciones y burocracia. (Un ejemplo interesante de microcrédito es el Banco Grameen en Bangladesh, que ofrece pequeños préstamos a las empresas rurales – incluyendo aquellos gracias a

los cuales las mujeres emprendedoras sin tierra pueden establecer servicios de teléfono público usando teléfonos inalámbricos–).

Es necesario también que haya un *sistema legal confiable y eficiente* para que la gente pueda resolver los conflictos de forma rápida y con confianza. No tenemos que esperar a que los legisladores reflexionen y aprueben reformas específicas. La *common law* (derecho consuetudinario), conformada a partir de casos individuales, es mucho más rápida y pueden haber sistemas jurídicos locales ya en funcionamiento con un conjunto de precedentes establecidos que concuerden con el sentido de justicia de la población local. Pero es necesario establecer las *normas básicas de funcionamiento de las empresas*, tales como las estructuras de propiedad, la responsabilidad personal, los derechos de los accionistas y los acuerdos de bancarrota.

También se deben *reducir las regulaciones* que impiden la entrada en los mercados, para que así las nuevas ideas puedan circular. Por ejemplo, los gobernantes de Nepal, un país mayormente cerrado al mundo exterior antes de la década de 1950, rechazó la venta directa de su sistema telefónico argumentando que la gente se horrorizaría ante la idea de que empresas privadas lo administraran. Pero accedieron a emitir nuevas licencias que permitieron nuevos actores. Tuvieron tanto éxito estos últimos, que Nepal tiene ahora un sistema de telefonía envidiable.

Mientras más ejemplos haya de pequeñas empresas y nuevos actores en el mercado, que van creciendo, creando puestos de trabajo, aumentando la prosperidad y mejorando el servicio al cliente, mejor podrán las personas entender el enorme potencial de la libertad para la creación de ingresos y riqueza. Mientras más apoyo logre esto, menos personas anhelarán alternativas radicales y coercitivas.

Reformas agrícolas

Un ejemplo del poder de los derechos de propiedad en acción es la reforma agraria en la Rusia soviética, China y Vietnam. Sus gobiernos comunistas construyeron la agricultura en torno a la propiedad comunal de la tierra y las empresas agrícolas. Las comunas

eran vastas, pesadas y burocráticas. Y como las personas debían compartir los frutos de sus esfuerzos con muchos otros, tenían poco incentivo para trabajar más y de forma más productiva.

Aunque reacios a renunciar al principio de propiedad comunal, China rompió con este desastroso modelo soviético a fines de 1970. Entró en funcionamiento un “sistema de responsabilidad doméstica”, en el cual las familias cultivaban su propio pedazo de tierra. Esto restableció el vínculo entre el esfuerzo y la recompensa. La agricultura de China creció. La producción en la década de 1980 aumentó rápidamente, con incrementos anuales de casi el 5 por ciento en cereales, del 8 por ciento para el algodón y del 14 por ciento para las semillas oleaginosas².

Pero este progreso inicial no duró mucho. El sistema todavía estaba viciado. Con la esperanza de igualar las diferencias en la calidad de la tierra, las autoridades habían entregado a las familias varias parcelas pequeñas en lugar de una grande. Con el esfuerzo de cada familia distribuido en cinco o seis parcelas, no era práctico implementar mejores métodos. Incluso los caminos entre las parcelas ocupaban una gran parte de la superficie cultivada y el sistema de distribución no consideraba las diferencias en productividad de las familias.

Por lo tanto, se decidió mantener sin cambios la propiedad técnica de la tierra, pero se introdujo un sistema de derechos de uso del suelo, dando a las familias derechos a largo plazo para trabajar la tierra, obtener cosechas e ingresos de ella y traspasar esos derechos a otros.

Este sistema no era perfecto desde la perspectiva del libre mercado o de los derechos de propiedad. El sistema de adquisiciones y de fijación de precios estatal socavó la capacidad de los agricultores para tomar sus propias decisiones y disfrutar de todos los

frutos de su trabajo. Sin un mercado real para la tierra, aún había muy poca consolidación de las pequeñas parcelas. Pero de manera gradual emergió algo similar a un mercado en el uso de la tierra.

En el condado de Meitan, al norte de Guizhou, por ejemplo, los aldeanos y funcionarios fijaron las tenencias de uso del suelo a veinte años, lo que ayudó a las familias a planificar a largo plazo. A los agricultores se les dio poder para legar e intercambiar sus tenencias y de juntar parcelas. Y hubo incentivos para explotar las tierras no cultivadas. El resultado fue que se cultivó más tierra, la calidad de esta mejoró porque las familias la cuidaban mejor y se introdujo equipamiento moderno. En 1995, el gobierno nacional instó a otros pueblos a seguir el ejemplo de Meitan y algo similar a un sistema de derechos de propiedad de la tierra comenzó a expandirse.

Los derechos de agua

El agua es otro recurso escaso que los derechos de propiedad pueden asignar mejor que los gobiernos. En el oeste de los Estados Unidos, la amenaza de sequía fue en un tiempo común, no por falta de agua, sino por el sistema para su asignación, que era altamente regulado. Quienes primero extraían agua de un arroyo, por ejemplo, tenían prioridad sobre cualquiera que llegara después; pero para mantener este derecho, debían seguir extrayendo, aun cuando su necesidad de agua fuera marginal.

A principios de la década de 1990, estados como Montana y Arizona comenzaron a permitir que las personas intercambiaran sus derechos de agua. Si bien aún quedan muchas regulaciones que inhiben este mercado, esto ayudó a asegurar que el agua se destinara a sus usos más valiosos. Cuando los derechos sobre los recursos hídricos pueden ser comprados y vendidos, los usuarios marginales (que pueden utilizar menos agua o agua reciclada) pueden traspasar sus derechos de extracción de agua dulce a quienes tienen necesidades más urgentes. Tales son los beneficios de este sistema, que el mercado de derechos de agua se extiende hoy en todo el oeste de los Estados Unidos.

2 | Para detalles, ver Wolfgang Kasper, “The Sichuan experiment”, *Australian Journal of Chinese Affairs*, 7 de febrero de 1981, pp. 163–72.

La mecánica de la privatización

Las industrias controladas por el Estado son a menudo monopolios que no dejan posibilidad de elección a los clientes. Por esta razón pueden (y lo hacen) cobrar precios más altos por bienes y servicios de calidad inferior. Incluso si no son manejadas directamente por el gobierno sino por alguna agencia, frecuentemente son controlados por las élites gobernantes o por sus amigos.

Los *bonyads* en Irán, por ejemplo, se supone que son los fideicomisos de beneficencia que controlan alrededor de un quinto de la economía iraní, en desarrollo inmobiliario, agricultura, manufactura y transporte marítimo. Fundados originalmente por el Sha, fueron muy criticados por no ser verdaderamente instituciones benéficas, sino vehículos para el clientelismo y los beneficios de la propia administración. Sin embargo, después de la revolución de 1979, el gobierno entrante los encontró demasiado lucrativos como para abandonarlos. Por lo tanto, pervivieron, disfrutando de exenciones especiales de impuestos y de subsidios del gobierno: de hecho, se les sumó la propiedad privada confiscada. Tienen el propósito de existir para beneficio de los pobres, pero sus principales beneficiarios parecen ser los que están en el poder.

La privatización de las empresas estatales *debe* introducir los efectos dinámicos de la propiedad privada y la competencia en los monopolios burocráticos y reemplazar la corrupción con la apertura comercial. También puede ayudar a devolver el capital de estas industrias al público. Pero para lograr todo ello se requiere de visión, de resistencia y de una cuidadosa formulación de políticas.

No hay un único mecanismo. La privatización de empresas estatales es un asunto político tanto como económico. Cada industria es diferente y requiere un enfoque diferente. Estas son de diversos tipos y tamaños, por lo que hay distintos grupos de interés que quieren bloquear las reformas. Por esto, el enfoque adoptado por un servicio como el agua o la electricidad, del cual toda la población depende, tendrá que ser muy diferente del que

se elija para una empresa manufacturera, donde relativamente pocas personas se ven afectadas.

En el caso de empresas más pequeñas, puede ser práctico venderlas a un operador comercial, particularmente a uno extranjero, que podría tener nuevas ideas y capital. Pero las ventas de compañías estatales a extranjeros pueden ser polémicas.

Para empresas más grandes, puede ser de utilidad esparcir la propiedad ampliamente en la ciudadanía mediante la venta de acciones. Esto puede requerir, sin embargo, un ejercicio de educación general, ya que puede ocurrir que solo exista un mercado de valores rudimentario y que la mayoría de la gente no sepa lo que son las acciones. Después de la caída del régimen soviético, Rusia emprendió la "privatización por *vouchers*", que efectivamente entregó iguales acciones de las empresas estatales a la ciudadanía. Pero muchas personas las vendieron a bajo precio y las acciones terminaron en manos de una nueva élite de "oligarcas" empresariales.

Introduciendo los principios del mercado

Es esencial terminar con los monopolios como parte del proceso de privatización. Los gobiernos pueden pensar que obtendrán más ingresos por la venta de empresas con sus privilegios monopolísticos intactos, pero ese poder monopolístico sigue siendo nocivo para el público en general. Si un monopolio estatal se divide en partes que compiten entre sí, tanto el gobierno como la ciudadanía ganarán en el largo plazo. Las nuevas empresas serán más robustas, dinámicas e innovadoras que el monopolio que las precedió.

La privatización del sistema telefónico de Guatemala en 1996 ilustra la importancia de la competencia. Allí, el mercado de las telecomunicaciones se abrió a la competencia antes de que el monopolio fuera privatizado. Las ondas de radio también se privatizaron, creando efectivamente derechos de propiedad en el espectro electromagnético, que las nuevas empresas de comunicaciones

podieron fácilmente comprar y usar. El resultado fue una enorme expansión de la competencia, que resultó en mayores posibilidades de elección y una cobertura más amplia. Los precios cayeron hasta estar entre los más bajos de América Latina y el número de usuarios de telefonía móvil aumentó varios cientos de veces en poco más de una década³.

Hacer las cosas bien

Hay mucha experiencia internacional –y experticia– que puede ayudar a los reformadores a llevar a cabo correctamente la política y la mecánica de la privatización.

La cuestión clave es que el proceso debe ser completamente abierto y que el público debe participar en él. De lo contrario, la reforma no contará con una aceptación generalizada. Por ejemplo, algunos gobiernos en África han privatizado las industrias de servicios como el agua y la banca, invitando a inversionistas extranjeros, pero sin abrir ninguna oportunidad de propiedad para la población local. Esto no solo es políticamente ingenuo, sino que también atenta contra el principio de igualdad de trato, propio de una sociedad libre.

Por otra parte, si la propiedad se mantiene limitada en lugar de extenderla ampliamente, sigue existiendo el peligro de que las industrias privatizadas caigan bajo control de los amigos de los gobernantes. Esto contaminaría la idea de sucesivas privatizaciones y haría retroceder la introducción de los principios del mercado en otros sectores administrados por el gobierno. La ciudadanía necesita tener la seguridad de que cualquier nueva estructura servirá a los clientes y no a las élites corruptas. Introducir tanta competencia como sea posible, lo antes posible, es una buena manera de garantizar esto.

SERVICIOS HUMANOS SIN EL ESTADO

Existe la creencia de que algunos servicios públicos solo pueden ser provistos por los gobiernos, en particular, los servicios “humanos” de salud, educación y bienestar.

Algunos dicen que estos servicios esenciales son demasiado importantes como para dejarlos en manos del mercado. De hecho, son demasiado importantes como para dejarlos en manos del gobierno. Cuando los proveedores de servicios son financiados con los impuestos, no tienen que complacer a los clientes para subsistir, tal como deben hacer los proveedores privados competitivos. La forma en que aumentan sus presupuestos es haciendo *lobby* ante los políticos o amenazando con la suspensión de los servicios si sus demandas no son satisfechas. Su atención se centra en el gobierno, no en la ciudadanía.

Las empresas privadas enfrentan mucha más competencia que la que enfrentan habitualmente los servicios administrados por el Estado. A menudo, competir con los servicios del gobierno es ilegal. De manera que los proveedores del sector estatal no tienen que innovar y ni siquiera mantener sus servicios actualizados, pues sus clientes no tienen dónde ir.

Pero por mucho que los gobiernos quieran administrar los servicios públicos, la gente siempre encontrará formas de eludir su monopolio. Hay muchos ejemplos de todo el mundo en los que proveedores no estatales e informales suministran estos servicios importantes de mejor manera.

Educación sin gobierno

Tomemos, por ejemplo, la educación. Muchas personas creen que la educación privada es solo para los ricos. Pero un estudio de dos años en la India, Ghana, Nigeria y Kenia, realizado por el experto en educación James Tooley, llegó a una conclusión opuesta. En las zonas más pobres de estos países, la mayoría de los niños asistía a escuelas no estatales. En las partes más

³ | Ver Wayne A. Leighton, “Getting privatisation right: a case study”, Institute of Economic Affairs blog, Londres, 2013.

pobres de Hyderabad, Accra y Lagos, solo un tercio o menos de las escuelas eran gubernamentales. Dos tercios o más alumnos acudían a escuelas privadas, muchas de ellas no oficiales y no reconocidas por el gobierno. Propietarios privados administraban la mayoría de estas escuelas no estatales. Muy pocas recibían ayuda de organizaciones sin fines de lucro y ninguna recibía financiamiento estatal. El único ingreso eran aportes de los padres, a menudo muy bajos⁴.

Aun así, Tooley encontró que el rendimiento era considerablemente mayor en las escuelas privadas. En Hyderabad, los puntajes promedio en matemáticas eran alrededor de un quinto más altos que los de escuelas del gobierno, pese a que los salarios del personal docente en el sector privado oscilaban entre un cuarto y la mitad de los correspondientes al sector gubernamental. Otros estándares eran superiores en similar medida. Tooley encontró, en las escuelas públicas, maestros dormidos en sus escritorios. Y el nivel de ausentismo de los profesores en las escuelas del gobierno era peor. Las escuelas privadas contaban con mejores pizarras, mesas, patios de juego, agua potable y servicios sanitarios. (Solo la mitad de las escuelas estatales tenía servicios sanitarios, en comparación con el 96 por ciento o más de las privadas). La relación de número de alumnos por maestro era de casi la mitad respecto a la de escuelas gubernamentales.

Los gobiernos parecen no darse cuenta de la enorme importancia de la educación privada en las zonas pobres. El gobierno chino registra solo 44 escuelas privadas en la provincia montañosa de Gansu, aunque los investigadores de Tooley encontraron 696 escuelas, 593 de las cuales atendían a 61.000 niños en las aldeas más remotas. La gran mayoría estaba en manos de padres y aldeanos. Prosperaron pese a que los ingresos promedio

en Gansu estaban en torno a solo 150 dólares por año. Incluso en Kibera, Kenia –el barrio marginal más grande del África subsahariana, con una población de alrededor de 750.000 personas–, Tooley encontró 76 escuelas privadas, con una matrícula de un total de 12.000 estudiantes.

Claramente, incluso en algunos de los lugares más pobres del mundo, la iniciativa privada puede, y de hecho entrega, una educación de nivel superior al estatal. Y su costo es lo suficientemente bajo como para que sea asequible a las familias pobres. El gobierno no parece ser en lo absoluto necesario en la educación.

No es de extrañar que los países ricos, que suelen tener extensos programas de escuelas estatales, estén dispuestos a llevar a la educación algo de esta competencia y de posibilidades de elección para los padres. En 1991, Suecia introdujo un nuevo sistema mediante el cual el gobierno continuó pagando los costos básicos de la educación, pero las agrupaciones con y sin fines de lucro podían establecer sus propias escuelas para captar ese financiamiento, sobre la base del número de alumnos que podrían atraer. Incluso los críticos, tales como los gremios de profesores, que se opusieron inicialmente a esta reforma, ahora lo apoyan debido al impacto en la eficiencia, la innovación y la calidad de las más de mil nuevas escuelas que se han puesto en funcionamiento, particularmente en las áreas más difíciles y pobres. Hoy, otros países están implementando el mismo modelo.

Salud sin gobierno

La salud es otro servicio importante que en muchos países está dominado por el Estado, muchas veces protegido de los competidores con privilegios legales, subsidios financiados por impuestos y regulaciones. Una vez más, hace que la atención de los proveedores estatales se enfoque en conseguir más dinero y mayores privilegios del gobierno en lugar de ofrecer un buen servicio a los pacientes.

A menudo se critica a Estados Unidos por el alto costo de su sistema de atención médica, supuestamente de “libre mercado”. Sin duda, es costoso, pero de hecho es uno de los más regulados del

⁴ | Ver James Tooley, *The Beautiful Tree: A Personal Journey into How the World's Poorest People Are Educating Themselves*, Cato Institute, Washington, DC, 2009.

mundo y su gasto estatal per cápita en asistencia sanitaria es el tercero más alto a nivel mundial (detrás de Noruega y Luxemburgo). Los impuestos y las regulaciones amarran el seguro de salud a los lugares de trabajo, lo cual deja a las personas sin seguro cuando están en transición entre empleos. Al mismo tiempo, los empleados (alentados por los médicos) exigen exámenes y tratamientos que en realidad no necesitan, porque el costo es asumido por los empleadores. Las regulaciones también dictan lo que debe incluirse en un contrato de seguro médico y cómo se puede vender (por ejemplo, limitando a las aseguradoras a operar solo en su estado de origen, lo cual les impide asegurar economías de escala). Del mismo modo, la práctica médica se rige exigiendo requisitos que los propios médicos han definido en gran parte, permitiendo la restricción de la oferta de médicos y manteniendo una alta remuneración. Toda esta regulación (y más) suma costos a la salud de Estados Unidos.

Por el contrario, Singapur –un país pequeño que en realidad es más rico que los Estados Unidos– emplea alrededor de una sexta parte del gasto per cápita de este país en los programas de salud patrocinados por el gobierno. Solo se requiere que las familias ahorren alrededor de un quinto de sus ingresos para futuros costos asociados a la salud, jubilación y vivienda (aunque existe un programa financiado por el gobierno para las situaciones médicas catastróficas). El hecho de que la gente ahorre su dinero en su propia cuenta de ahorros de salud los hace más interesados en obtener un buen servicio, haciendo que los médicos y clínicas privadas compitan.

En Suiza, no existe un seguro estatal: la gente compra seguros y servicios médicos de proveedores privados. El papel del gobierno se limita a dar subvenciones, no a los proveedores, sino a los pacientes que no pueden pagar por sí mismos la atención médica básica. Por lo tanto, una vez más, a diferencia de los estadounidenses, los ciudadanos suizos buscan obtener un mejor servicio por el dinero que gastan en asistencia médica. Muchos europeos consideran el sistema suizo, mayormente de libre mercado, como probablemente el mejor del mundo.

Bienestar sin gobierno

La mejor forma de bienestar para una persona pobre es tener un trabajo remunerado. Pero los planes de bienestar administrados por el gobierno destruyen puestos de trabajo. En gran parte de Europa, el “seguro social” es financiado por un impuesto específico a quienes trabajan, lo que eleva los costos para los empleadores y los hace más reacios a contratar. Eso supone que más personas perciben el seguro de desempleo, lo que a su vez requiere de nuevos aumentos de impuestos para financiarlo, conduciendo a una menor contratación. Es una espiral descendente.

Suecia fue un país libre, próspero y de impuestos bajos hasta mediados del siglo XX. Luego, durante dos décadas, desde 1970, comenzó a establecer impuestos muy altos para financiar sus programas de bienestar integral. (De hecho, en 1976 una autora sueca se quejaba de que su tasa marginal de impuestos alcanzaba un 102 por ciento.) Estos altos impuestos fueron un gran desincentivo al trabajo y al emprendimiento. Condenaron a Suecia a dos décadas de bajo crecimiento, hasta que la política comenzó a revertirse en la década de 1990.

Los países libres tienden a ser más ricos; y los países más ricos tienden a gastar más para beneficiar a los más necesitados. Esto es moralmente más saludable a que los gobiernos tomen el dinero de la gente por la vía de los impuestos para gastar en programas de asistencia social que ellos mismos diseñan, y no solo porque los gobiernos tienden a otorgar los beneficios a sus amigos y a imponer impuestos a sus enemigos. La auténtica beneficencia implica la transferencia voluntaria de una persona a otra, no una transferencia obligada.

Otro problema con los programas de asistencia social del gobierno es la forma en que crean una cultura de dependencia. Como son grandes, y dirigidos por funcionarios públicos, operan necesariamente sobre la base de reglas en lugar de hacerlo sobre una evaluación personal de las necesidades y potencial de los beneficiarios, como sí lo hace la verdadera asistencia de las organizaciones sin fines de lucro. Eso anima a la gente a asegurarse de “cumplir” con los requisitos para calificar. A veces, las familias pobres empeoran

deliberadamente la declaración de sus situaciones con el fin de calificar para obtener beneficios más altos, que es lo contrario a lo que queremos lograr. En los países con un estado de bienestar más grande y antiguo, como el Reino Unido, las autoridades ahora ven una dependencia de tercera generación –familias que viven de beneficios, tal como antes hicieron sus padres y abuelos–.

La autoayuda, respaldada por la caridad privada, es una alternativa más humana, motivante y efectiva. El Reino Unido tenía un sistema floreciente de asistencia para la clase trabajadora antes de la década de 1940, cuando el estado de bienestar barrió con él. Estas eran las sociedades de socorros mutuos, a las que los miembros hacían aportes semanales a cambio de beneficios tales como el subsidio de desempleo, seguro médico e, incluso, gastos funerarios. Por lo general, se centraban en determinadas ocupaciones para poder atender a las necesidades especiales de los trabajadores. Millones de familias, las más pobres en particular, eligieron ser miembros de uno de estos órganos. El bienestar para todos, sin gobierno, sin duda es alcanzable.

La reactivación del sector filantrópico

Muchas personas que viven en países con sistemas estatales de bienestar avanzados sostienen que la caridad y la filantropía privada no podrían sustituir la generosidad de las prestaciones y las pensiones sociales financiadas con impuestos. Es muy fácil para los gobiernos a ser “generosos” con el dinero de otras personas, por supuesto, y existen todos los incentivos para que los políticos prometan beneficios extravagantes ahora, sabiendo que las generaciones aún por nacer van a terminar pagando por ellos. Ya eso sería una buena razón para mantener a los políticos fuera del bienestar social. Pero, además, si los beneficios del Estado son altos, hay menos incentivos para que las familias cuiden de sí mismas y para que los individuos busquen trabajo en lugar de vivir de las prestaciones –más aún si los que trabajan deben pagar altos impuestos para financiar el sistema de bienestar–. Aunque esto es bienintencionado, el resultado final es que

se liquida la esperanza y la ambición de las personas y se las condena a una vida de dependencia.

Los países que quieran avanzar hacia la libertad deberían empezar por dismantelar sus enormes sistemas estatales de bienestar social y transformarlos en sistemas mucho más pequeños y locales. Incluso pueden ser “individualizados” en una especie de cuenta personal. Eso puede ayudar a las familias a percatarse de sus propias responsabilidades y a entender que están siendo sostenidos por contribuyentes reales, no por un “sistema” difuso. Y el descomponer el sistema de esta manera permite que sea administrado de forma más eficiente por proveedores del sector privado.

Un ejemplo es el sistema de pensiones chileno. En 1981, el país dividió su deficiente e injusto sistema estatal de pensiones en cuentas personales. Los trabajadores fueron obligados ahorrar para su jubilación, pero podían elegir entre varios proveedores privados para administrar sus fondos. El sistema promovió la responsabilidad personal en el ahorro, produjo mejores rendimientos para los trabajadores y, desde entonces, ha sido copiado en varios países de distintos continentes.

Otro ejemplo es el sistema de cuentas de ahorro para la salud (véase más arriba) de Singapur, que coloca una considerable responsabilidad en los individuos y las familias, alentando a la gente a hacerse cargo de su propio cuidado y de otras necesidades. Las viejas sociedades de socorros mutuos del Reino Unido son otro modelo que podría ser fácilmente replicado mediante el fraccionamiento de los beneficios estatales en cuentas personales y privadas.

Cuando el deficiente aparato de la asistencia estatal se reforma de tal manera, hay mayores incentivos para que los individuos busquen trabajo y dependan de su propio esfuerzo y del apoyo de sus familias y no del Estado. Se requerirá aún de la caridad privada y la filantropía, pero será en proporciones más manejables. Y, como hemos visto, la libertad y los bajos impuestos son una buena manera de dar a la gente la voluntad y la riqueza para ser generosos, una motivación que es reprimida por un Estado grande y altos impuestos.

GLOBALIZACIÓN Y COMERCIO

Los beneficios de la globalización

Al igual que Nepal, muchos países están preocupados por cómo les afectarán los mercados cada vez más globalizados. Pero gran parte de esta preocupación es injustificada y los beneficios de la globalización y el comercio son sustanciales.

Gracias al mecanismo de precios de mercado, ahora podemos comerciar directa e indirectamente con personas de todo el mundo. La ropa que usamos, los alimentos que comemos, los equipamientos de nuestros hogares, oficinas y fábricas, son todos productos de un número sorprendentemente grande de países lejanos.

Pero la globalización de los mercados funciona en ambos sentidos. No solo les permite a los países ricos comprar cosas de todo el mundo. También les permite a las personas en los países antes remotos mejorar sus propias perspectivas al conectarse con los mercados internacionales para colocar sus productos. ¿Qué siembras, por ejemplo, debería considerar un agricultor local? Anteriormente, las únicas fuentes de información sobre los precios de los cultivos eran los comerciantes locales o las agencias estatales, que por supuesto tienen sus propios intereses. Los precios locales podrían fluctuar mucho, dependiendo de factores tales como el clima. Y los mercados locales no siempre estaban bien organizados. Hoy en día, el agricultor puede sacar un teléfono móvil y revisar cualquier número de sitios web que listan los precios de mercado—incluyendo las futuras ofertas de precios—para casi cualquier cultivo, en un sinnúmero de mercados en todo el mundo. Los agricultores en cualquier lugar ya pueden vender en un mercado internacional organizado a precios mucho más predecibles.

La apertura de Nueva Zelanda

Nueva Zelanda es un ejemplo de país que dio un giro al abandonar las regulaciones comerciales. A principios de la década de 1980, se encontraba en una situación económica muy deprimida y difícil, debido en gran parte a dicha regulación. Pero, a partir de 1984,

abandonó el proteccionismo y liberalizó su comercio internacional, abriendo sus mercados a la competencia mundial. Los subsidios a la industria y la agricultura fueron eliminados. Los mercados internos se desregularon, incluyendo el altamente regulado mercado del trabajo: la afiliación sindical se hizo voluntaria y los contratos se dejaron para que fueran negociados entre trabajadores y patrones.

Las terribles predicciones de *lobbistas*, académicos, líderes religiosos y dirigentes sindicales —que esta desregulación crearía una “economía de fábricas de explotación”— terminaron siendo equivocadas. Los salarios promedio aumentaron. Los contratos salariales fueron resueltos más rápidamente. La huelga cayó a casi cero. El desempleo también cayó —y más rápido entre los maories, los inmigrantes y otros grupos pobres o desfavorecidos—. Nueva Zelanda se convirtió en uno de los países más libres y competitivos del mundo⁵.

La identidad cultural

A algunas personas les preocupa que la globalización de los mercados pueda robar a los países su identidad y su cultura únicas. En particular, la expansión de las marcas estadounidenses hace temer que los países otrora diferentes comiencen a lucir tristemente similares, que los bienes y las actitudes occidentales inunden los de otros lugares y que las más elevadas culturas del mundo se vean abrumadas por algún denominador común más bajo.

Ciertamente, las culturas económicas y sociales están cambiando. Los productos que antes eran exclusivos de un país en particular ahora se encuentran en las calles principales de todos. Eso no quiere decir que la elección y la variedad estén desapareciendo. Por el contrario, significa que la gente de todos los países tiene ahora mucho más opciones que nunca antes. Los ciudadanos del Reino Unido, por ejemplo, ya no tienen que soportar la comida sosa y recocida por la cual su país fue una vez famoso. Ahora pueden

⁵ | Para una reseña hecha por el arquitecto de estas reformas, ver Roger Douglas, *Toward Prosperity*, David Bateman, Auckland, NZ, 1987.

encontrar restaurantes, tiendas de comida para llevar y supermercados que venden comida india, vietnamita, latinoamericana, iraní, mongola, polaca, entre un sinnúmero de otras variedades. Y otros, en todo el mundo, disfrutaban hoy de la misma clase de opciones, que alguna vez estuvieron limitadas a los pocos afortunados que eran lo suficientemente ricos como para viajar. No es que las culturas se estén perdiendo; más bien, se están extendiendo de tal manera que todos pueden disfrutar de ellas.

Las culturas nunca permanecen estáticas e inmutables, como dan a entender quienes quieren defenderlas de la globalización. La cultura de un país cambia todo el tiempo y mientras más viva es una cultura, más nuevas ideas culturales genera y más cambia. El arte, la música, la literatura, los estilos de vida, los gustos y las modas de los países más vibrantes de hoy serían bastante extraños para quienes vivían en ellos hace apenas un siglo.

Las culturas ganan al exponerse a otras culturas, permitiendo que la gente tome los elementos que mejor se adaptan a sus propias vidas y tiempo. A través del comercio internacional podemos ver y comprender los elementos culturales foráneos cuya adaptación consideramos útil. Pero este proceso de cambio ya ocurría mucho antes de que se hablara de la globalización.

Gran parte del cambio que más lamentamos –la pérdida de los elementos más pintorescos de nuestra cultura– no se debe a ningún imperialismo cultural extranjero, sino a los simples efectos de la modernización. Antiguas ceremonias, costumbres y vestimentas nacionales desaparecen, no a causa de la globalización, sino porque la vida misma cambia. Los festivales que alguna vez marcaban las estaciones del año eran importantes para las comunidades agrícolas, pero ahora tienen muy poca resonancia en un mundo donde la mitad de la población vive en ciudades⁶.

⁶ | Para estos puntos, ver Mario Vargas Llosa, 'The culture of liberty', en Tom G. Palmer, *The Morality of Capitalism*, Students for Liberty and Atlas Foundation, Arlington, VA, 2011.

Tal vez se trata también, simplemente, de que las culturas cambian. Muchas de las culturas del mundo fueron impuestas por la fuerza a sus pueblos por las potencias ocupantes y gran parte de la cultura de los países menos libres es en realidad perjudicial. Deberíamos considerar positivo el hecho de que las facilidades para viajar y el amplio cuestionamiento han dificultado a algunos países mantener una cultura en la que a diario se abusa, suprime o discrimina a algunos grupos.

PREGUNTA:

¿No están los países ricos acaparando demasiado de la riqueza mundial?

No. La riqueza es algo que se crea gracias a la habilidad, el emprendimiento, la energía, el esfuerzo, la organización y la inversión. Los países ricos ciertamente consumen riqueza, pero también la crean. Y no solo para sí mismos: descubren y desarrollan productos y procesos vitales que mejoran la vida de todos, en particular la de algunos de los más pobres del planeta.

Los avances en la medicina, por ejemplo, están ayudando a erradicar algunas de las enfermedades más incapacitantes del mundo, tales como la tuberculosis y la malaria. La tecnología genética está ayudando a impulsar tanto los rendimientos como la resistencia a las plagas del arroz y otros cultivos básicos. Los nuevos materiales están haciendo edificios más baratos y seguros.

No existe una cantidad fija de riqueza, con países ricos que toman para sí, de manera injusta, una mayor parte. Por el contrario, el conocimiento de los países ricos está creando nuevas oportunidades para otros.

LA IMPORTANCIA DE LA PAZ

Adam Smith escribió una vez: “No se necesita mucho más para llevar a un país al más alto grado de opulencia, desde la más baja barbarie, que la paz, impuestos simples y una aceptable administración de justicia...”⁷

La paz, en el país y fuera de él, es sin duda requisito para una floreciente economía libre. La gente no va a invertir en emprendimientos ni va a aumentar el capital productivo si cree que milicias o ejércitos invasores pueden robar su riqueza. Y los países cuyos ciudadanos comercian con los de otros países son mucho menos propensos a buscar conflictos entre ellos. En palabras atribuidas al economista y político francés del siglo XIX Frédéric Bastiat, “Si las mercancías no cruzan las fronteras, los ejércitos lo harán”⁸.

Los beneficios de la paz son a la vez económicos y culturales. La paz permite que el esfuerzo y los recursos se concentren en actividades productivas en lugar de hacerlo en las destructivas. Provee las condiciones para la creación de capital y para una próspera economía libre. Permite a las personas proyectar un futuro para ellos y sus familias. Les da el tiempo, la riqueza y la confianza para participar en actividades culturales y educativas. Y la paz permite la libre circulación de personas, bienes e ideas –la difusión de conocimiento, la prosperidad y la innovación–.

Otra de las ideas de Adam Smith fue que no tenemos que empobrecer a otros países pobres con el fin de enriquecernos a nosotros mismos. Es mejor para nosotros si nuestros clientes son ricos y no pobres⁹. Del mismo modo, para ser fuertes, no tenemos que debilitar a los demás. Ambas partes se benefician de la paz.

De vez en cuando hay que luchar por la paz. Se debe defender la propiedad y las personas. Y organizar los recursos necesarios puede requerir la participación (limitada) del gobierno. Pero los gobiernos que crecen de tamaño a menudo también se hacen militaristas –quizás por tratar de ocultar la falta de prosperidad y de libertad sugiriendo que la seguridad de la nación requiere sacrificios, unidad de propósito y fuerza militar–. Los individuos en las sociedades libres no son menos leales a sus países; su compromiso es con una sociedad abierta y libre y con sus familias, amigos, clientes y asociaciones voluntarias, no con un dictador, una bandera o algún sueño nacionalista.

Algunos piensan que el camino a la paz es la creación de una especie de gobierno mundial supranacional. Si bien es útil disponer de foros internacionales en los que las diferencias puedan ser tratadas y los posibles conflictos mitigados, no debemos suponer que un gobierno mundial será mejor que los existentes en los países. Dada su vasta escala, y mayor distancia del público, su tendencia a expandirse y a abusar de su poder sería aún mayor. Tampoco podría alguien escapar de ese abuso mudándose a otra parte del mundo. No: la mejor manera de promover la paz es hacer que los gobiernos sean más pequeños, no más grandes, y confiar en la tendencia natural de los seres humanos a cooperar pacíficamente y mejorar sus condiciones recíprocamente.

//////////

7 | Conferencia del año 1755, citada en Duguld Stewart, *Account of the Life and Writings of Adam Smith LLD*, Sección IV, 25.

8 | No hay real evidencia de que Bastiat haya pronunciado estas palabras, pero resumen su punto de vista. Ver Frédéric Bastiat, Bastiat's “*The Law*”, Institute of Economic Affairs, Londres, 2001 [1850]

9 | “Probablemente un hombre rico será mejor cliente de los trabajadores de su barrio que uno pobre, lo mismo sucede con una nación rica.”, Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 1776, Tomo IV, cap. III, Parte II.



**EL ARGUMENTO
EN BREVE**

////////////////////

EL ARGUMENTO EN BREVE

////////////////////

EL ARGUMENTO POR LA LIBERTAD

La libertad genera prosperidad. Las sociedades que han abrazado la libertad se han enriquecido. Aquellas que no han seguido ese rumbo, han permanecido pobres.

Pero una sociedad libre también es superior en los aspectos inmateriales. Funciona sobre la base de la confianza mutua y la cooperación entre los individuos, no sobre la base del poder y la coerción. Sus ciudadanos comparten fuertes lazos culturales, personales y morales. Aceptan voluntariamente las reglas del comportamiento interpersonal para su mutuo beneficio, y no porque les sean impuestas. Sus gobiernos cuentan con el consentimiento de los gobernados, así como también ellos mismos están regidos por reglas que les impiden explotar su autoridad.

Una sociedad libre desata el talento, la inventiva y la innovación humanas. Eso permite crear riqueza donde antes no existía. Las personas en una sociedad libre no se enriquecen explotando a otras, como lo hacen las élites de los países menos libres. No pueden enriquecerse empobreciendo a los demás. Solo se enriquecen proporcionando a otros lo que desean y mejorando las vidas de otras personas.

GOBIERNO LIMITADO

La mayoría de las personas coincide en que el gobierno es necesario para fines tales como la administración de la justicia y la toma de decisiones sobre aquellas cosas que los individuos no pueden decidir por sí solos. Pero casi todos están de acuerdo en que el poder del gobierno debe ser limitado. El gobierno de una sociedad libre existe con el fin de prevenir daños a sus ciudadanos. Mantiene y aplica la justicia –las reglas naturales que permiten a los seres humanos cooperar juntos de manera pacífica–.

El gobierno de una sociedad libre está limitado por el estado de derecho. Sus leyes se aplican a todos por igual. Sus líderes no pueden saquear a los ciudadanos para su beneficio propio, para otorgar favores a sus amigos o para ejercer su poder contra sus enemigos. Sus poderes y su periodo de mandato están limitados para reducir la corrupción que acompaña a la autoridad. Las instituciones democráticas, como las elecciones libres y abiertas, el derecho a la libertad de expresión, los límites de tiempo a la gestión de los representantes y las reglas constitucionales, son, todas, límites sobre los poderes de los líderes políticos.

MAYOR IGUALDAD

Los principales beneficiarios del dinamismo económico que caracteriza a las sociedades libres son los pobres. Las sociedades libres son económicamente más iguales que las sociedades no libres. Los pobres en las sociedades más libres gozan de lujos que eran impensables hace apenas unos años atrás, lujos solo disponibles para las élites dirigentes de los países no libres.

Una sociedad libre no trata de imponer la igualdad material. Reconoce que el intento por igualar la riqueza o los ingresos es contraproducente. Destruye los incentivos para la superación personal, el esfuerzo y el emprendimiento. Desalienta a las personas

a aumentar el capital que impulsa la productividad de toda sociedad. Impide a los individuos crear nueva riqueza y nuevo valor.

Pero las sociedades libres gozan de aún más importantes igualdades que a menudo no existen en las sociedades no libres. La igualdad moral de las personas se reconoce: la vida de todo ser humano tiene valor y merece ser protegida. Hay igualdad ante la ley: los juicios dependen de los hechos del caso, no de quién se es. Los ciudadanos tienen igualdad política: todos tienen derecho al voto, a participar en elecciones y a manifestar sus opiniones políticas, sin que importe cuán incómodo sea ello para las autoridades. Y tienen igualdad de oportunidades: las personas no enfrentan discriminación en el trabajo o en la escuela y pueden superarse independientemente de su raza, religión, etnicidad o cualquier otra característica.

UNA ECONOMÍA LIBRE

Una sociedad libre da a las personas libertad para elegir sus propias opciones económicas, tal como las deja libres para escoger sus propias opciones sociales y personales. Las personas en una sociedad libre crean valor mediante el intercambio voluntario. El intercambio libre favorece a ambas partes: en caso contrario, no lo harían.

Los individuos prosperan a través de la cooperación mutua y el suministro de los productos que desean –y al obtener algo que quieren a cambio. La posibilidad de ganancia anima a los empresarios a investigar lo que los otros quieren y, al fin, a suministrarlo. Los precios comunican información acerca de la escasez y excedentes, comunicándoles a todos qué debe ser producido y qué debe ser conservado. De esta manera, el tiempo, la capacidad, el esfuerzo, el capital y otros recursos son automáticamente asignados donde la demanda es urgente y alejados de usos menos importantes. El gobierno no necesita decirle a la gente lo que debe hacer.

Para funcionar, una economía libre solo necesita un marco de reglas aceptado que estipule cómo las personas cooperarán conjuntamente. Este incluye reglas acerca de la propiedad y de su transferencia, así como reglas para los contratos bajo los cuales se cumplen los acuerdos. La propiedad privada es necesaria para que las personas establezcan negocios e intercambien bienes. Pero también es fundamental para que otras libertades sean respetadas. Si las autoridades controlan toda la propiedad, la acción política y el debate público se hacen imposibles.

LA JUSTICIA Y EL ESTADO DE DERECHO

La justicia no es algo que pueda ser dictado por legisladores. Las reglas de la justicia forman parte de la naturaleza humana –una parte vital de nosotros que ayuda a promover la cooperación pacífica entre los individuos–.

Las personas en una sociedad libre tienen derecho a esta justicia natural en virtud de su humanidad. La justicia natural sostiene que las leyes deben ser claras y precisas, que traten a las personas por igual, que no requieran lo imposible, que no sean retroactivas y las penas sean predecibles y proporcionales a la falta. Debe existir un debido proceso en todos los casos, con juicios justos y sin detenciones prolongadas sin juicio. Las personas acusadas de delitos deben ser consideradas inocentes hasta tanto no sea probada su culpabilidad. Y los individuos no deben ser acosados con repetidos procesos por la misma falta. Tales principios son aceptados por casi todos, independientemente de su país, cultura, raza o religión.

Para garantizar esta justicia natural y el estado de derecho se requiere de un poder judicial independiente que no pueda ser influido por líderes políticos. Del mismo modo, la policía debe ser independiente. Los sobornos y la corrupción no pueden tolerarse en la policía o el poder judicial si se quiere hacer prevalecer la libertad.

LA SOCIEDAD ESPONTÁNEA

Una sociedad libre es una sociedad espontánea. Está constituida por las acciones de individuos, siguiendo las reglas que promueven la cooperación pacífica. No es impuesta desde arriba por autoridades políticas.

Las personas no tienen que estar de acuerdo en todos los puntos para cooperar en beneficio mutuo. Aquellos que intercambian bienes solo necesitan estar de acuerdo en un precio. Pero para que esa cooperación sea más fructífera, los individuos deben tolerar las opiniones y acciones de los demás. Una sociedad libre permite que individuos o gobiernos interfieran en los asuntos de otros solo para impedir daños. Limitar la libertad de las personas porque encontramos su comportamiento desagradable u ofensivo elimina las barreras que evitan que la libertad de todos sea coartada por aquellos que se creen moralmente superiores.

Tolerar las ideas y estilos de vida de otras personas beneficia a la sociedad. La verdad no siempre resulta evidente; surge en la batalla de las ideas. No podemos confiar en que los censores solo supriman las ideas equivocadas. Es posible que puedan suprimir erróneamente ideas y formas de actuar que beneficiarían a la sociedad en el futuro.

UN MUNDO DE LIBERTAD

Se hace cada vez más difícil que los gobiernos autoritarios oculten sus acciones al resto del mundo. Como consecuencia, cada vez más países se abren al comercio y al turismo y las nuevas ideas se están difundiendo. Más personas ven los beneficios de la libertad económica y social y los están exigiendo.

Es difícil crear la moralidad e instituciones de una sociedad libre allí donde no existe la libertad. En lugar de tratar de imponerla masivamente, es mejor empezar en el nivel micro, creando

las condiciones que permitan a las personas actuar libremente y construir una sociedad libre a través de sus acciones. Un aspecto clave de esto es institucionalizar los derechos de propiedad para que las personas puedan establecer negocios y comerciar sin tener que preocuparse de que su propiedad sea confiscada.

Las reformas deberían proporcionar libertad económica auténtica, no capitalismo de amigos. Demasiados gobiernos que han reivindicado la privatización de industrias estatales, en la práctica solo han transferido su propiedad a amigos y parientes. Toda la población debe estar involucrada en el proceso de reforma económica para que haya un cambio real.

Los países no pierden al abrirse al comercio internacional. Proteger a los productores domésticos de la competencia se traduce simplemente en precios más altos y menor calidad para los consumidores. Ser parte de la comunidad comercial internacional ofrece a los empresarios locales nuevos mercados y oportunidades. La apertura del comercio durante las tres últimas décadas ha sacado a más de mil millones de personas de la pobreza extrema. La libertad es verdaderamente una de las más benignas y productivas fuerzas en la historia de la humanidad.

//////////

B

BIBLIOGRAFÍA

Ashford, N. (2003), *Principles for a Free Society*, Stockholm: Jarl Hjalmarson Foundation. Experta y breve exposición de los principios sobre los que se construyen una sociedad y una economía libres.

Bastiat, F. (2001 [1850]), *Bastiat's 'The Law'*, London: Institute of Economic Affairs. Presentación clásica de las ideas liberales del político y pensador político francés.

Benn, E. (1964), *Why Freedom Works*, London: Sir Ernest Benn Ltd. Defensa del libre mercado esclarecedora, pero pasada de moda, realizada por un destacado empresario del Reino Unido.

Butler, E. (2009), *The Best Book on the Market: How to Stop Worrying and Love the Free Economy*, Oxford: Capstone Books. Breve descripción de cómo funcionan realmente los mercados y el comercio.

Butler, E. (2012), *Public Choice – a Primer*, London: Institute of Economic Affairs. Explicación simple del fracaso del gobierno y los problemas de los intereses personales en los sistemas democráticos.

Butler, E. (2012), Friedrich Hayek: *The Ideas and Influence of the Libertarian Economist*, Petersfield: Harriman House. Introducción simple al cientista político liberal que desarrolló gran parte del pensamiento moderno sobre la sociedad espontánea.

Friedman, M. y R. Friedman (1962), *Capitalism and Freedom*, Chicago, IL: University of Chicago Press. Descripción clásica de una sociedad y economía libres por el premio nobel de Economía estadounidense.

Friedman, M. y R. Friedman (1980), *Free to Choose*, New York: Harcourt Brace Jovanovich. Atractivo argumento a favor de la sociedad libre, basado en la serie de televisión del mismo nombre.

Hayek, F. A. (1944), *The Road to Serfdom*, London: Routledge. Exposición clásica hecha en tiempos de guerra sobre los peligros de la planificación central y los gobiernos sin restricciones.

Hayek, F. A. (1960), *The Constitution of Liberty*, London: Routledge. Voluminoso libro sobre el origen de las ideas liberales y los principios sobre los que debe fundarse una sociedad libre.

Meadowcroft, J. (ed.) (2008), *Prohibitions*, London: Institute of Economic Affairs. Conjunto de poderosos argumentos en contra de los controles gubernamentales sobre estilos de vida diferentes.

Mill, J. S. (1859), *On Liberty*, en J. S. Mill (2008), *On Liberty and Other Essays*, Oxford: Oxford University Press. *On Liberty* es un texto clásico sobre la libertad, el principio de no causar daño, el gobierno limitado, la justicia natural y la tolerancia.

Norberg, J. (2003), *In Defense of Global Capitalism*, Washington, DC: Cato Institute. Investigación instructiva de los beneficios entregados a los pobres, en particular, por el capitalismo internacional.

Palmer, T. G. (ed.) (2011), *The Morality of Capitalism*, Arlington, VA: Students for Liberty and Atlas Foundation. Interesante colección de ensayos sobre moralidad, cooperación, igualdad, progreso, globalización y cultura.


Pirie, M. (2008), *Freedom 101*, London: Adam Smith Institute. Ciento un argumentos en contra de la libre economía derribados en una página cada uno.

Wellings, R. (ed.) (2009), *A Beginner's Guide to Liberty*, London: Adam Smith Research Trust. Explicaciones directas de los mercados, derechos de propiedad, la libertad, el fracaso del gobierno, prohibiciones y bienestar sin la participación del Estado.



FUNDAMENTOS DE LA SOCIEDAD LIBRE

Este trabajo de Eamonn Butler –director del Instituto Adam Smith, en el Reino Unido-, es un texto introductorio de gran utilidad para quienes buscan entender los principios básicos que sustentan una sociedad libre, siempre tan vigentes como esenciales. Al argumentar a favor de ideas como el libre mercado, el gobierno limitado o el estado de derecho, entre otras, el autor enfatiza la dimensión moral y profundamente humana de las instituciones necesarias para una sociedad basada en las libertades, alejándose así del frío –e insuficiente– enfoque economicista que a menudo parece prevalecer cuando se discuten estas materias. Un libro que busca difundir ideas, no predicar dogmas; y que apuesta a estimular la reflexión y el debate, no a ganar conversos.



fpp.

www.fppchile.cl

ISBN 978-956-9225-10-9



9 789569 225109